
CIRCULO DEL CRIMEN
JAMAS TE CRUCES CON UN VAMPIRO
STUART KAMINSKY
Nº4

Los japoneses han atacado Pearl Harbour. La segunda guerra mundial acaba de estallar. El mundo se ha vuelto loco y la famosa ciudad de Hollywood no es una excepción. William Faulkner, el conocido escritor, busca trabajo como guionista en uno de los grandes estudios cinematográficos, pero solo consigue ser acusado de asesinato de un agente literario. El actor Bela Lugosi recibe extrañas amenazas de alguien que no se resigna al declinar del actor y pretende defender el honor de todos los vampiros, pasados y presentes. En medio del embrollo, el detecttive Toby Peters se esfuerza por resolver el misterio entre capas negras, murciélagos muertos y estacas de madera.



Stuart Kaminsky

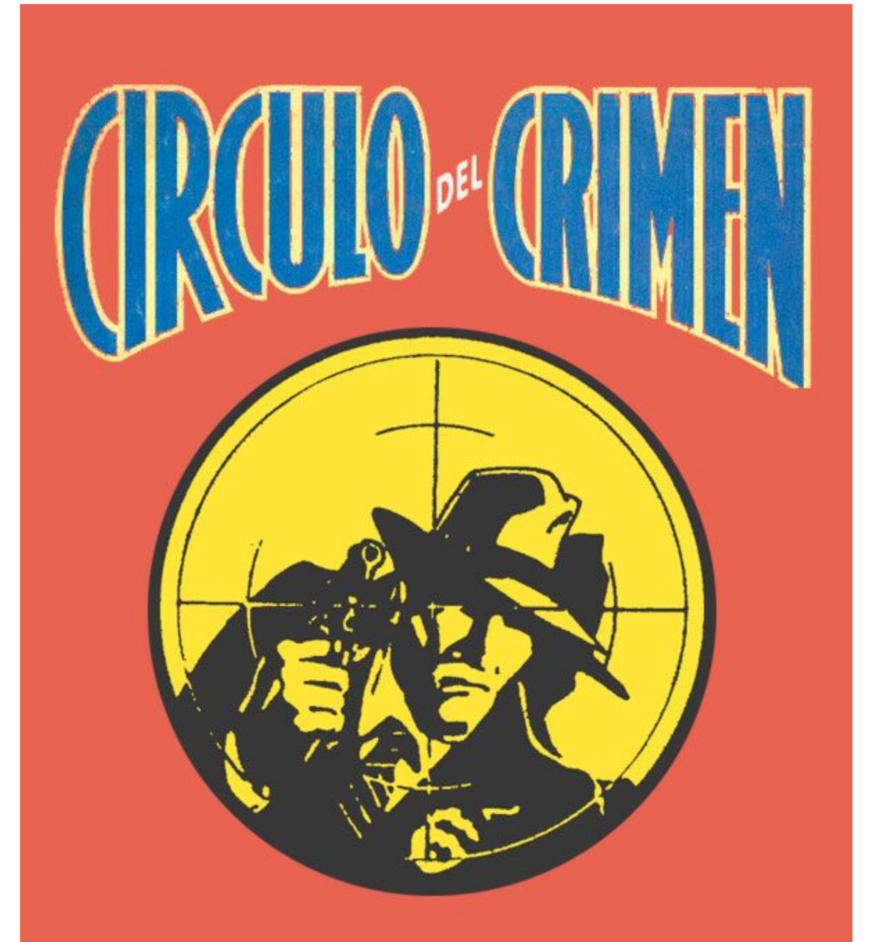
Jamás te cruces con un vampiro

Círculo del Crimen - 04

ePub r1.1
Titivillus 27.04.17

Título original: *Never Cross a Vampire*
Stuart Kaminsky, 1980
Traducción: Teresa Recio
Ilustraciones: F. Rubio

Editor digital: Titivillus.


CIRCULO DEL CRIMEN

Reparto

TOBY PETERS: Detective privado, protagonista de la novela.
BELA LUGOSI: Actor de cine de horror, amenazado.
BEDELIA SUE FRYE: Dueña de un salón de belleza.
BILLINGS: Propietario de un cine.
WILSON WONG: Propietario de un restaurante chino.
HILL: Bibliotecario.
SIMON DERRIDA: Artista de *cabaret*.
WILLIAM FAULKNER: Escritor acusado de asesinato.
JACQUES SHATZKIN: Agente literario asesinado.
CAMILE SHATZKIN: Esposa del anterior.
PHIL: Hermano de Toby Peters.
CAWELTI: Policía.
SEIDMAN: Policía.
VELDU: Policía.
RNZINI: Policía joven y recién incorporado.
THAYER NEWCOMB: Amigo de la señora Shatzkin.
JERRY VERNOFF: Guionista de cine.
HALIBURTON: Guardaespaldas de la señora Shatzkin.
GUNTHER: El enano, amigo de Toby Peters.
SHELLY MINCK: Dentista.
SRA. PLAUT: La casera.
JEREMY BUTLER: Conserje de la oficina de Peters.
RUTH: Cuñada de Peters.
NATE Y DAVE: Sobrinos de Peters.
CARMEN: Amiga de Toby Peters.
DR. HOGDON: Traumatólogo.
RICHARD MANN: Testigo que declara en el asesinato de Haliburton.
LEO ROUSE: Conserje.

—Oh, querido, si supieras cuán extraño es el tema por el que estoy aquí, serías tú quien se reiría. He aprendido a no despreciar las creencias de nadie, por muy raras que puedan ser. He intentado mantener la mente abierta y no serán las cosas normales de la vida las que la cerrarán, sino las cosas extrañas, las cosas extraordinarias, las cosas que le hacen a uno dudar si está loco o cuerdo.

Dr. Van Helsing, en *Drácula*,
de Bram Stoker

1

Un vampiro gordinflón, con una capa negra y sucia, estaba sentado frente a mí en un ataúd, dando sorbos de una botella de cerveza con una paja pegajosa. Los colmillos, que eran falsos y le estaban flojos, se le soltaban continuamente, y a cada sorbo que daba producía un ruido que parecía una mezcla de un ronquido asmático y una mortal pulmonía. Era fascinante, pero también lo eran los otros cuatro vampiros que con sus capas negras rodeaban a mi cliente en aquel húmedo sótano.

Vestido con un traje gris y mostrando una sonrisa incómoda y estática, mi cliente esgrimía un puro como para mantener a los vampiros a raya, pero no podía ignorarlos, especialmente a una mujer con la cara blanca y el pelo largo como el de un cuervo, peinado con raya en medio.

—Pero Sr. Lugosi —jadeó ella—. ¿Cuándo va a volver a interpretar el papel de vampiro?

Lugosi se encogió exageradamente de hombros, actuando ante tan fantástica audiencia. Tenía casi sesenta años y los representaba sobradamente, incluso más. Tenía el rostro hinchado y pálido, y su sonrisa parecía una gran V. No quería estar allí, pero puesto que lo estaba, no podía resistirse al deseo de actuar.

—Lu-go-shi —corrigió a la mujer—. Beilah Lu-go-shi, pero querida, esto no tiene importancia. En cuanto a cuándo voy a volver a actuar de vampiro, bueno, amigos míos —suspiró y le salió un «bueno» con su acento peculiar, como si estuviera comiendo un *goulash* mientras hablaba. Tardó más en pronunciar las tres últimas palabras que un médico cuando tiene que dar una mala noticia.

—Cada uno hace lo que puede para ganarse la vida —continuó, cerrando los ojos como para demostrar que la carga tan enorme que representa pagar al tendero y al lechero, le habían forzado a convertirse en actor.

—Me moriría por volver a hacer de Drácula otra vez… —señaló el techo gris cuarteado algunos metros sobre su cabeza—, pero para hacerlo bien. ¡Oh!, ahora sé mucho más, amigos míos, mucho más.

—¡Diablos! —dijo un vampiro chino bajito con una falta de acento y una ternura desalentadores—. Lo único que ha representado en los últimos cinco años, han sido médicos dementes que desaparecen en el último rollo de película.

—Para mí la muerte es una forma de ganarme la vida —dijo Lugosi, moviendo la cabeza.

Fue un golpe de efecto que, seguramente había empleado antes, pero que no provocó sonrisas en aquel grupo. Lugosi me dirigió una mirada de exasperación secreta. No apreciaban lo mejor de su representación, y él quería que lo rescataran de allí, pero yo no estaba preparado aún para irme. Di un sorbo de mi botella de Pepsi, me acomodé en el ataúd y me eché a la boca, con la mano que tenía libre, un puñado de galletas saladas.

Estábamos en la guarida de los Caballeros Negros de Transilvania, en los bajos de un cine de barrio, con una fachada de falso adobe, en la Ciudad de Los Ángeles, en enero de 1942. Tanto el cine como el vecindario se estaban deteriorando rápidamente, en torno a este quinteto, vestido de negro, que soñaba con el recuerdo de un cine de diez años atrás, tratando de saborear una fantástica inmortalidad diabólica, mientras tenía ante si la prueba del fracaso de esta ilusión, en la forma de la figura de un actor húngaro acabado que había conocido días más prósperos y mejores cigarros.

Si se hubieran preocupado de mirarme, cosa que no hicieron, los Caballeros Negros de Transilvania hubieran podido comprobar, con una evidencia aun mayor, la caducidad del cuerpo humano. Durante casi cuarenta y cinco años, en los que he sido incapaz de decidir qué quería ser cuando fuera mayor, sólo he conseguido tener la nariz completamente achatada, un rostro que ha recibido cortésmente demasiados puñetazos, dos heridas de bala (tres si se cuenta el orificio de salida de una de ellas) y un extenso, aunque todavía finito número de heridas producidas por culatazos, botellas rotas, astillas, un tarro cerrado de tónico capilar Jeris y otras armas mundialmente conocidas, como navajas y manoplas. Mi cerebro

está escasamente protegido con una piel llena de cicatrices y la espalda me da chasquidos más a menudo que saltan los tapones de las botellas de champaña en una boda. Estas cosas son más o menos evidentes para una mirada penetrante, aunque sea la de un vampiro novato. Lo que no resulta tan evidente es el hecho de que soy un detective privado que no tiene nada en el banco, salvo un saldo negativo, nada en el mundo excepto una mala reputación y en la mente nada más que malos recuerdos.

Fracasé como policía en el barrio de Glendale, y como guardia de seguridad en los estudios de la Warner Brothers, y todo mi efectivo consiste en cuarenta pavos y un recibo atrasado del alquiler de mi oficina por pagar; eso es todo lo que me queda después de casi una docena de años de trabajar como investigador privado. Miradme vampiros. Hay algunos cuerpos de los que no se puede sacar ni sangre.

En medio de aquella orgía de galletitas saladas, cervezas y Pepsi, estaba tratando de hacer el trabajo para el que me había contratado Lugosi. Alguien había estado jugando con él durante algo más de un mes, enviándole mensajes por correo, escritos con sangre de animal diciendo: «Aquel que se ríe de un vampiro, se juega su propio destino», y otro que decía «Respeta lo que representas o morirás por ello» o uno que nunca podré olvidar y que es mi favorito: «Dignidad o muerte». Es una vieja historia que sucede en Los Ángeles. La gente del cine a veces encuentra algún admirador del que podría pasarse muy bien. Cecil B de Mille tenía un admirador, un tipo que se coló, incluso, una vez en su comedor y le estropeó la sopa de nabos que estaba tomando. Los polis le encerraron, pero se escapó y de vez en cuando volvía a darle la lata a de Mille como cualquier crítico feroz.

La más sonada de las amenazas hechas a mi cliente fue una sombrerera que le entregaron a domicilio una mañana. Dentro había un precioso murciélago con una estaca atravesándole el corazón.

Lugosi lo recibió con indiferencia como si fuera una broma de mal gusto producida por una mente enferma, se habían burlado de él. Lugosi le había contado todo este cuento a su amigo húngaro mientras tomaban unas copas y el húngaro, que trabajaba como

extra en los estudios Universal, se lo contó a Boris Karloff y Karloff me había llamado a mí. Estaba preocupado por Lugosi. El mundo iba a estallar. Los japoneses acababan de bombardear Pearl Harbour. Los alemanes marchaban a través de Rusia y todo el mundo estaba horrorizado. Nadie más se iba a preocupar por Lugosi. Con el mundo deshaciéndose frente a nuestra ventana y las primeras páginas de los periódicos llenas de horribles historias, las películas ce monstruos habían perdido su razón de ser por una temporada. Lugosi se había topado con la depresión, según Karloff. Había perdido su casa y su coche y gran parte de su dignidad. Lugosi había intentado discretamente volver a su antiguo oficio de actor; pero su cuerpo y sus nervios habían recibido muchos golpes.

—Me temo señor Peters —susurró Karloff gravemente por el teléfono—, que Bela se considera ofendido con lo que considera mi mayor éxito. Le aseguro que sólo ha sido un éxito relativo, pero creo que yo me he adaptado mucho mejor a la inevitable vida de maldad que he tenido que representar y en la que he sido encasillado. Realmente me siento muy agradecido por estar encasillado en un personaje y por tener un trabajo estable. ¿Sería posible tener acceso a Bela sin mencionarme?

Como tenía mi agenda de trabajo vacía sin ningún cliente y el estómago que me pedía a gritos algún bocado, por ejemplo unos tacos mejicanos y una cerveza, le dije que lo intentaría. La oportunidad llegó al día siguiente cuando llamé a Lugosi y concertamos una cita, mostrándome lo más indefinido posible en cuanto al motivo de la misma. La casa de Lugosi era un edificio de un piso con un pequeño jardín con césped, en la parte delantera, donde él estaba jugando a los tejos con un niño del vecindario que tendría unos cuatro años.

—Soy Peters —le dije—. Toby Peters. Soy detective privado.

—¿Y va ofreciendo sus servicios, de puerta en puerta y por teléfono? —me preguntó elevando exageradamente las cejas.

—Creo que ha tenido algunos problemas, alguien le ha estado haciendo algunos trucos, que no han sido muy divertidos.

—Me voy a esconder, búscame —interrumpió el chiquillo.

—No —dijo Bela hoscamente, tapándose la cara con la manga de su chaqueta gris, como si fuera una capa. El niño ni se asustó ni se impresionó.

—Clara no pudo encontrarme —dijo el niño.

—Ahora no —dijo Lugosi con un burlesco tono de amenaza.

—Me voy a coger galletas del tarro —contestó el niño, y corrió hacia la casa de al lado.

—Tal vez —dijo Lugosi con una sonrisita—, voy a tener que pensar en cambiar de profesión, cuando veo que no asusto ni a un impresionable y timorato chaval.

Me lancé sin reservas, algo así como cuando en los anuncios de los insecticidas te dan un ultimátum diciéndote que si no los compras hoy, mañana estarás hasta el gorro de cucarachas que se multiplicarán sin fin. Hablé de los peligros de los bromistas y de los problemas que había visto. Le di mis referencias y le informé de cuál era mi tarifa más baja, quince al día, más gastos. Le dije todo lo que tenía que decir menos que si no me empleaba no podría ni siquiera pagar la gasolina para volver a mi despacho.

—Señor Peters —dijo, buscándose un puro en el bolsillo de la chaqueta—. El mundo está en guerra y yo no soy un hombre rico. Algún día la guerra terminará, y ese loco que me envía murciélagos muertos se cansará de hacerlo y se irá a asustar gatos por los tejados.

—¿Quién abrió la sombrerera que contenía el murciélago? —aventuré.

—Yo —dijo, encendiendo el puro—, pero ya veo lo que quiere hacer. —Su sonrisa se ensanchó mientras fumaba, produciendo una nube grisácea en el aire, sobre su cabeza—. Está tratando de asustarme. Pero ese es mi oficio, asustar a la gente. Tanto para mi amigo el del murciélago, como para usted sería más práctico que me contrataran a mí.

—¿Qué le ha dicho la policía?

—Creyeron que era un truco publicitario.

Asentí. Era lo más probable que ya tuviera a Lugosi en el anzuelo. Había invertido su tiempo escuchándome y hablando conmigo, y no había alegado ninguna razón para despedirme y hacer que me desvaneciera por la puerta. Podía decirme «no», pero parecía que un «tal vez» estaba a la vista, seguido por el «sí» a poca distancia.

Seguí insistiendo, necesitaba el trabajo. Los pocos cientos de dólares que había conseguido con un caso que llevé para Howard

Hughes, se me habían esfumado en hacerle unas mínimas reparaciones a mi Buick del 34 y en mi cuñada Ruth. El Buick aún necesitaba una mano de pintura. Era, o había sido alguna vez, verde oscuro, pero tenía algunos arañazos propios, que yo había tapado con pintura verde cinco tonos más clara, que había encontrado en el sótano de la casa en que tengo alquilado un apartamento. Ahora el coche parecía un anuncio de huevos de paloma rancios. Los niños lo señalaban con el dedo por la calle y ya no servía para perseguir a nadie. Un ciego podría encontrar el viejo cacharro en medio de un apagón. El dinero que le di a Ruth, había sido un secreto para mi hermano Phil, un policía, que no lo hubiera cogido a pesar de tener que amortizar su hipoteca, de sus tres chavales, y de un sueldo que no llegaba para nada. Si Phil se enterara de lo del dinero, probablemente me demostraría su agradecimiento haciéndome pedazos y metiéndolos en el cañón de la chimenea, de la misma forma que el simio de Lugosi había hecho con la vieja dama en los «Asesinatos de la calle Morgue».

Después de estar otros diez minutos charlando ininterrumpidamente y de observar cómo Lugosi polucionaba el valle de San Fernando con su puro, el niño de los vecinos salió otra vez anunciando que iba a sentarse en los hombros de Lugosi.

—Señor Peters —dijo Lugosi, agachándose y manteniéndose en equilibrio sobre una pierna para recibir el salto del chaval—. Está contratado por una semana.

El niño saltó sobre la espalda de Lugosi, y yo me acerqué para echarle una mano. Lugosi se levantó jadeando y habló con el puro entre los dientes.

—Meta la mano en mi bolsillo trasero —dijo—. Coja treinta dólares de adelanto.

Lo hice y le devolví la cartera.

—Llámeme mañana —dijo, dándose la vuelta con el niño colgando de él, a la espalda.

—¿Tienes un chicle? —dijo el niño cuando yo me volvía.

—Quizá —repuso Lugosi con su acento húngaro como respuesta al chiquillo y yo sabía con cuanta facilidad ese «quizá» se convertía en un «sí».

Al día siguiente, mientras estaba sentado en mi despacho, escuchando el torno del dentista de al lado e intentando decidir por

dónde iba a empezar y lo que iba a comer, llamó Lugosi para decir que había recibido otra carta escrita con sangre. Esta decía:

«No asista ha ninguna otra de las reuniones de Los Cavalleros Negros».

Aparte de la pésima ortografía, esto era un punto de partida. Lugosi dijo que, de hecho, había recibido una invitación en el mismo correo para asistir a un «Sabbath judío» ceremonia que los Caballeros Negros iban a celebrar la noche siguiente. La invitación venía en una tarjetita blanca con un murciélago negro estampado en la parte superior.

—¿Entonces? —dijo.

—Entonces, iremos al Sabbath y yo trataré de adivinar cual de los Caballeros Negros le ha estado enviando esas cartas.

Así fue como llegué a encontrarme sentado en un ataúd, intentando escuchar una conversación que tenía lugar a unos diez pasos de distancia, mientras que junto a mí había un vampiro gordinflón, que sorbía, mordía y roía encima de mi cara.

—¿Por qué no se quita los colmillos? —le sugerí.

El vampiro dejó de sorber y se puso un dedo de la mano derecha en la boca para evitar que se le cayeran los colmillos mientras hablaba.

—No parecería un vampiro si me los quitara —contestó razonablemente.

—Cierto —dije sin añadir que, como mucho, se parecía a Elmer Fudd, en su interpretación de un vampiro.

—Los colmillos me hacen morder hacia fuera —me confesó confidencialmente inclinándose hacia mí.

—Conozco a un dentista que le puede ayudar —dije—. Su nombre es Shelly Mink, compartimos un despacho en la ciudad, en el edificio Farraday en Hoover, cerca de la Novena Avenida.

Elmer Fudd dijo que creía que debía visitar a Shelly y demostró sus buenas intenciones buscando un lápiz bajo su capa, para apuntar las señas; a Shelly le gustaría esto. ¿Cuántos dentistas podían decir que habían tratado a un vampiro por tener problemas al morder con los colmillos?

—Mi nombre es Conde Sforzni —dijo Elmer Fudd, llevándose la

mano izquierda a la boca, para poder extender su mano gordinflona y estrechar la mía—. No nos vimos cuando llegó, porque yo estaba arriba preparando unas bebidas.

Señaló los refrescos que estaban al fondo de su ataúd.

Había una bandeja con galletitas saladas, una jarra de agua, unas cuantas botellas de gaseosa tibia y un cuarto de vino barato.

—Normalmente no solemos preparar muchas cosas —me confió —. La mayoría de los vampiros no comen ni beben mucho en las reuniones. Son vampiros puristas.

—Mi nombre es Peters, ¿Conde Sforzni es su nombre verdadero?

—Bueno —dijo, haciendo chascar los colmillos por encima del murmullo de la conversación cercana—. Aquí soy el Conde Sforzni, ya sabe, un título honorífico. Arriba, mi nombre es Sam Billings. Este cine es mío —dejó volar su mirada hacia arriba para indicar el espacio que había sobre nosotros.

Aunque cuando llegamos estaban apagadas las luces, había podido ver en las paredes anuncios de las tres películas que estaban proyectando *Huésped de un fantasma, La Revuelta de los Zombis* y *Asesinato en el Granero Rojo*.

—Es un cine bonito —dije recostándome con todo mi peso en el duro ataúd. Palpé con la mano por detrás, por si había alguna astilla e intenté oír algo más de la conversación de Lugosi.

—Son auténticos —musitó Billings-Sforzni con un tono que me pareció algo orgulloso.

—¿Los colmillos? —le musité a mi vez.

—No —dijo, señalando a mi espalda—. Los ataúdes, los compré en una funeraria. Lo leí en la sección de anuncios de la revista de los de las funerarias. Han sido una auténtica ganga. Dan más ambiente.

El ambiente en aquel sótano podría describirse como el de la entrada a un velatorio mezclado con piezas del vestíbulo de un viejo teatro. Además de los tres ataúdes, había una mesa cubierta con un paño negro y seis candelabros encendidos encima. Tres paredes eran grises y estaban desnudas con algunos anuncios de películas, *Drácula, El Zombi blanco* y *El Gato Negro*, puestos para tapar algunos agujeros y que parecían pegados por un borracho. La

cuarta pared, contra la cual tenían atrapado a Lugosi, estaba cubierta con pesadas colgaduras viejas y de color rojo sangre.

—Es un lugar agradable —le dije a Billings, que tenía la calva doblemente roja por la vergüenza o el color de la extraña luz, y el aire que estaba convirtiéndose en contaminación atmosférica gracias al puro de Lugosi.

Lugosi me miró, con una sonrisa amplia y falsa en su rostro, y señaló hacia la puerta de una forma que hacía evidente, incluso para el monstruo de Frankestein, que estaba deseando salir de allí.

—¿De cuántos miembros se compone la organización de los Caballeros Negros? —pregunté lo más inocentemente que pude, teniendo en cuenta que debía de tener el aspecto del tipo que aparece detrás de Edward G. Robinson, en las películas de gangsters de la Warner. Ya sabéis a qué tipo me refiero, al que no habla nunca, que parece un ex-boxeador y que estira el cuello de vez en cuando, para demostrar que se está ganando la vida.

—Somos una organización secreta, una organización muy selecta —dijo Billings poniéndose a la defensiva y estirando la mano para coger un puñado de galletitas.

—¿Quiere decir que sólo son ustedes cinco? —dije con una sonrisa amigable.

Mordisqueó algunas galletitas e hizo un pequeño gesto de asentimiento para indicarme que había calculado correctamente. Uno de los cuatro vampiros que estaban alrededor de Lugosi miró hacia mí. Era moreno y alto, el miembro del grupo con una apariencia más formidable. Le devolví una mirada inocente con mis ojos oscuros y con la boca llena de Pepsi. Se volvió despacio.

—¿Quiere usted unirse a nosotros? —dijo Billings ansiosamente.

—No sé —me apoyé en el ataúd para coger la última galleta. La mano de Billings pareció querer acercarse para quitarme las migajas que quedaban, pero detuvieron su mano regordeta la cortesía y la posibilidad de nueva sangre para el grupo.

—¿Estas personas son las únicas que están al corriente de estas reuniones?

Billings dejó la bolsa de patatas, que ya había terminado de comer, ahogó un eructo y dijo:

—Somos secretos y selectos.

Volví la cabeza hacia el grupo donde estaban los vampiros y

Lugosi, que paseó su mirada desde sus torturadores hacia mí y después hacia la puerta.

—¿Puede decirme quién es cada uno de ellos? —dije mirando con aire distraído a mi alrededor y tratando de no atragantarme con las galletas.

—Desde luego —dijo Billings—. Está la Baronesa Zendelia. Sir Malcom.

—No —insistí—. Los nombres verdaderos.

—No —respondió Billings, incorporándose por completo—. Esto es privado. Nuestra identidad humana debe permanecer en secreto.

—Entonces, ¿cómo reciben sus mensajes por correo? —arriesgué, pero Billings tenía otras cosas en la cabeza.

—Bueno… ¿Opina que estos ataúdes son incómodos? He pensado ponerles unos cojines, pero parecerían demasiado desaliñados.

—¿Y por qué no les pone terciopelo rojo? —le sugerí.

—Tal vez —suspiró Billings, sin convicción, mirando la bandeja de galletas vacía.

Lugosi estaba tratando de romper claramente aquel círculo humano, y yo pensé por un momento en seguir al sospechoso más probable del grupo, pero desistí de ello. Los motivos de mi sospecha eran demasiado tenues, la hora muy tardía y tenía demasiada poca gasolina. Lugosi se abrió paso a través del grupo y avanzó hacia mí. Me levanté y Billings se reunió conmigo, y casi se cae hacia atrás en su ataúd.

—¿De quién fue la idea de invitar al señor Lugosi esta noche? —le pregunté a Billings, lo suficientemente alto para que los demás me oyeran, intentando que pareciera el principio de un muchas-gracias-por-una-velada-tan-agradable. Lugosi estaba detrás de mí escuchando, acosado por el cuarteto de ondeantes capas.

—No recuerdo —dijo Billings, jugando con sus colmillos.

—Fue mía —murmuró la mujer morena, con un cierto acento extranjero y un poco somnolienta. Miró descaradamente el estropeado cuello de mi camisa y yo me levanté las solapas.

—No —interrumpió un vampiro flaco con la nariz torcida y una capa demasiado pequeña, y que hablaba produciendo un extraño ronquido entrecortado. Su acento era desde luego más propio de un judío de Nueva York que de Transilvania.

—No, no —intervino el vampiro chino, haciendo ondear su amplia capa, abriéndose paso a codazos hasta llegar al frente. La capa era tan larga, que tropezó y se cayó hacia delante, sobre Lugosi.

El vampiro alto y moreno fue el único que no quiso atribuirse ese mérito.

—¿Se opuso alguien a la invitación? —aventuré, sabiendo que nadie lo admitiría en presencia de Lugosi, sino con la intención de que se suscitara entre ellos una discusión.

—No, ¿por qué? —preguntó el chino.

—Porque —dijo Lugosi, esbozando una amplia sonrisa— me gusta ser bien recibido. He disfrutado de esta visita, a medias, pero la arena del tiempo cae implacablemente y se acerca la madrugada. —Lugosi señaló la dirección del levante por algún lugar indeterminado sobre el enmohecido techo. Nos dirigimos a las escaleras, seguidos por los vampiros. Podía sentir el cálido aliento de la mujer a mis espaldas, y me podía imaginar su mirada puesta en el cuello no demasiado limpio de mi camisa.

Nos escoltaron hasta arriba por la estrecha escalera, a través de la sala y hasta la salida, donde un montón de manos se extendieron para darnos a mí mi abrigo y a Lugosi su abrigo y su sombrero hongo. Antes de abrir la puerta intercambiamos frases de agradecimiento, buenos deseos, invitaciones, amor eterno y promesas de amistad.

—Buenas noches —dijo Lugosi, mirando por encima del hombro, y salió a la fría oscuridad de la calle, seguido por mí.

La semana anterior las temperaturas mínimas alcanzaron los tres grados bajo cero y la máxima llegó a los ocho grados. Tengo un abrigo que compré en Modas O'Brien en Hollywood. El abrigo fue una ganga. Me costó solamente tres pavos más de lo que yo se lo había vendido a O'Brien un mes antes.

No se veía el cielo y apenas había luz. Las restricciones eléctricas debido al estado de guerra prohibían que se encendieran las luces de las calles y muchos comercios no tenían iluminación nocturna. No querían que las primeras bombas de los japoneses les cayeran sobre el mostrador. Estuvimos unos segundos sin movernos tratando

de adaptarnos a la oscuridad, entonces yo me fui hacia el coche, pero como no oía pasos detrás de mí, me volví y descubrí la silueta de Lugosi unos metros más allá.

—Mi sombrero —musitó.

Al principio me pareció que había dicho «un murciélago», y pensé en la posibilidad de que se hubiera vuelto loco, pero repitió lo que había dicho y lo entendí perfectamente.

—Lo tiene en la mano —dije.

—Y hay algo dentro de él —me contestó.

Empezaba ya a distinguir las cosas pequeñas con claridad, por ejemplo podía ver perfectamente el temblor de sus manos. Rápidamente fui hacia él y le cogí el sombrero. Introduje en él mi mano y toqué algo que parecía una tela viscosa. Llevé en seguida a Lugosi al coche. Le introduje en él y di la vuelta para entrar por el otro lado. Puse el motor en marcha y encendí de un manotazo la luz del techo. Un coche solitario bajaba por la calle desierta y esperamos a que pasara antes de mirar aquel trozo de tela negra que yo había sacado del sombrero. Llevaba un letrero escrito con sangre o con algo que la imitaba muy bien.

—Dice, «Estás advertido» —le dije a Lugosi, que se estaba recobrando del susto. Apagué la luz. Tenía la cara escondida, pero me pareció escuchar una especie de risa y luego escuché su voz que ya me resultaba familiar.

—Es digno de un serial radiofónico —dijo.

—Bueno —repuse poniendo el coche en marcha. Hemos reducido la lista de sospechosos a cinco. Vamos progresando.

Llevé a Lugosi de vuelta a su casa, en el trayecto le hice que me hablara de su vida, de su trabajo, de cualquier cosa, en fin, con tal de que todo pareciera volver a la normalidad.

—Una vez —dijo— tuve ambición. —Le eché una mirada y vi cómo las luces de los coches que pasaban lanzaban oscuras sombras sobre su rostro—. Era miembro del Teatro Nacional de Hungría. Representé a Shakespeare. ¿Puede imaginárselo? Hacía el papel de Romeo; era muy famoso, sí. En la guerra fui oficial en el Regimiento 43 de la Real Infantería Húngara. Me hirieron y vi la muerte muy de cerca. Y ahora, aquí, un truco estúpido, me hace temblar.

—Yo también he conocido tiempos mejores —arriesgué.

—No, señor Peters, vivo de esperanzas. He ganado menos dinero

de lo que la gente piensa, gasté más de lo que debía en vanidades y en locuras.

Iba a tratar de consolarle un poco más, cuando se echó a reír y me cogió amistosamente por el codo.

—No —dijo—. Ya lo había intentado pero no me veo como un personaje trágico. Vamos a pararnos a tomar un trago. Tengo que estar en los estudios a las ocho de la mañana, pero esta noche, mi nuevo amigo, vamos a compartir una botella, a contarnos nuestras vidas y llenarlas de mentiras, verdades y poesía.

Fuimos a un pequeño bar que yo conocía, en Sprina. Lugosi mezcló cerveza con whisky escocés y yo me entretuve con dos cervezas durante una hora. Invitó a todos a beber y el camarero nos contó que había oído que habían herido a Mac Arthur y que había caído Manila. Otro tipo que llevaba una peluca negra inclinada hacia un lado, añadió que él había oído que el gobierno iba a incautar los coches de los civiles, porque había escasez de vehículos.

Lugosi escuchaba sonriendo con paciencia el cotilleo sobre la guerra y la música de la maquinita que interpretaba «Este amor es mío» en versión de Tommy Dorsey.

Creía que el pensamiento de mi cliente se había alejado de los mensajes sangrientos; pero, mirando las últimas gotas de whisky en su jarra de cerveza, dijo suavemente:

«Pero primero en la tierra, enviado como un vampiro,
su cuerpo será sacado de su tumba, como prestado.
Entonces será horriblemente embrujado el lugar donde nació,
al igual que la sangre de toda su raza…».

Arrastraba las palabras, y cuando el disco acabó, volvió a la realidad. La voz de Lugosi se elevó ligeramente y el camarero y media docena de tipos que estaban en el bar quedaron en silencio.

«El rechinar de sus dientes, el labio desfigurado,
caminando majestuoso hacia su tumba sombría,
acompañado por cuervos, Afrits y vampiros

que se desvanecían con horror ante un espectro más perverso que ellos».

Aquello se cargó la fiesta. Me llevé a Lugosi a casa sin más conversación, le prometí vigilar a los Caballeros Negros y le dejé a la puerta de su casa. No me atreví a pedirle la paga de otro día por adelantado.

2

Gunter Whertman medía menos de un metro, era un auténtico enano. A las ocho de la mañana del día 3 de enero de 1942 estaba sentado frente a mí tomándose lentamente un huevo pasado por agua. Sabía la hora que era, no por mi reloj, que siempre iba una o dos horas atrasado, sino por el reloj de la pared. Había obtenido el reloj como pago por devolverle a un tipo, que tenía una tienda de empeño en Main Street, a su abuela que se le había escapado de casa. El trabajo sólo me llevó diez minutos. La abuela estaba escondida en el armario de su habitación.

Gunter llevaba un traje azul sin una sola arruga, y una corbata azul con unas discretas rayas azul claro atravesadas en una de las puntas. Olía a jabón de tocador y parecía estar dispuesto para ir al trabajo, como así era. Sin embargo, el trabajo lo tenía en el apartamento alquilado, vecino al mío, en el que vivía.

Había pocas posibilidades de que Gunter, que vivía modestamente gracias a su trabajo de traductor de alemán, francés, holandés, flamenco, español y vasco, fuera a encontrarse con nadie durante el día excepto conmigo y con nuestra patrona, que ni le importaba ni se fijaría en lo que llevaba puesto.

Gunter me había convencido para que me instalara en los apartamentos Heliotropo en Hollywood, después de que le saqué, libre de cargos, de una acusación de asesinato, un año antes. Habían asesinado a un tipo que actuaba de Munkin en el *Mago de Oz*. Gunter había trabajado en el cine, como la mayoría de los personajes que viven en el mundo occidental y que miden menos de un metro. De hecho, había ganado algunos dólares de vez en cuando interpretando pequeños papeles en las películas en las que necesitaban gente bajita.

Una de sus actuaciones favoritas en una película consistía simplemente en caminar arriba y abajo por un pasillo cruzándose

con otro enano. El director pensaba que nadie se daría cuenta de que los dos hombres eran enanos, vistos de lejos, y sin embargo daría la sensación de que el pasillo era el doble de largo. Gunter nunca se preocupó de ver aquella película.

Era un sábado por la mañana y tenía pensado ponerme a trabajar. Primero me tomé un gran tazón de cereales con azúcar morena y me bebí dos tazas de café Shilling, recién hecho, que había comprado en Ralph's por veintinueve centavos el medio kilo.

Descubrí que Roosevelt quería retirar las fábricas de armamento de la costa porque eran vulnerables y que los rusos mantenían a los alemanes a cien kilómetros de Moscú en un sitio llamado Maloyaroslavets. Corregidor se estaba preparando para un ataque a gran escala de los japoneses. Tony Martin se había alistado en la Marina y Hank Greenberg se había reenganchado. Encontré una fotografía de una puesta en escena de un ataque aéreo de la Warner Brothers. Un montón de sacos de tierra rodeaban a Mike Curtiz, Dennis Morgan, Bette Davis, «George el puños», Irene Manning y Chet, un obrero al que conocía, de cuando yo trabajaba en los estudios. Le enseñé la fotografía a Gunther, que dejando la cuchara, la examinó tranquilamente y asintió.

—¿Y es importante este caso? —dijo Gunter con interés, cuando tuvo la boca vacía.

—Bueno —contesté—, podré pagar algunas facturas, pero creo que durará poco tiempo, que es lo que me gusta. Es un caso muy corriente de un imbécil que escribe unas cuantas cartas y gasta algunas bromas. Probablemente le descubriré en unos días, le asustaré y me ganaré algo de pasta.

Gunter no quiso preguntarme más detalles. Se limpió la boca con una servilleta y se levantó de un salto para limpiar la mesa, mientras me servía otro tazón de cereales, anotaba mentalmente lo que tenía que comprar, algunas cajas de trigo tostado, que estaban en oferta por cien centavos y pensaba en lo fácil que podía ser la vida.

Hacía algunas semanas que no me había dolido la espalda. Tenía controlada la sinusitis, causada por mi nariz aplastada desde hacía años y, aparte de algunos dolores de cabeza, no tenía problemas. El

hueso astillado del dedo meñique de la mano izquierda se me había desviado, pero un poco de aspirina me ayudaba a olvidarme de ello. Desde el mes de noviembre no había tenido jaquecas. El mundo estaba lleno de promesas y de esperanza, si no teníamos en cuenta la guerra, claro.

Había estado desayunando en camiseta, no con intención de ofender a Gunter, sino para preservar la ligera apariencia de respetabilidad que se desprendía de mi camisa, mi corbata y mi chaqueta. Con mi escaso presupuesto, no me podía permitir el lujo de llevarlos a la tintorería, y estaba más que seguro de que no le podría pedir una camisa prestada a Gunter.

Le di una patada al colchón en el que dormía, arrojándolo hacia un rincón, me vestí, y le prometí a Gunter que le compraría leche malteada en Rinso y Horlick; salí y bajé las escaleras lo más silenciosamente posible para evitar que me oyera nuestra patrona, la señora Plaut, que era sorda, y cuyas conversaciones reducirían a un agente del FBI a crema de espinacas.

Los periódicos habían dejado de dar información del tiempo porque esto podía ayudar a los planes de invasión de los japoneses. Suponía que el día no sería más cálido que el anterior y no me equivoqué. Lo que significaba tener que llevarme el abrigo. Sólo tenía un traje más ligero para cambiarme y estaba aún más sucio que el que llevaba puesto.

Después de comprar algo de comida, gasolina y pasar por la bombonería de Old Nick, sólo me quedaban veinte pavos de los treinta que me dio Lugosi. Bajé con el coche a la ciudad, pensando en si llamaba o no a Carmen para ver si quería venir conmigo al cine esa noche después de que terminara su trabajo como cajera en Levy's Grill. Ponían una versión completa de *Bola de Fuego* a la 1'30 para los trabajadores de la defensa y los insomnes. Iba aún pensando en la posibilidad de llamar a Carmen, cuando llegué al Edificio Farraday y aparqué en un sitio que conocía en un callejón detrás del basurero. Siempre había el peligro de que alguien confundiera mi coche con un montón de chatarra, pero tenía que arriesgarme.

El vestíbulo del Farraday estaba desierto salvo por Jeremy

Butler, antiguo luchador, que ahora era poeta y propietario y que en la actualidad empleaba sus músculos y una lata de limpiador Old Dutch para quitar los garabatos de la pared gris junto a la lista de ocupantes del edificio. Las pintadas eran bastante obscenas, pero algunos opinaban que la lista lo era más aún. Teníamos un corredor de apuestas que se hacía pasar por estanquero, un médico medio loco que estaba especializado en casos de los que no daba parte, un fotógrafo de niños que era aún más feo que yo y que no llevaba nunca cámara, un estafador llamado Albertini que le cambiaba el nombre a su empresa todas las semanas (esta semana se llamaba Federal Newsprint, Ltd) y muchas otras empresas más como Sheldon Mink, DDS y Toby Peters, lo menos parecido a una agencia de detectives.

—¿Cómo va el negocio, Toby? —dijo Butler. Tenía las mangas recogidas para realizar su trabajo y los brazos escondidos bajo un bosque de pelos negros.

—Tengo un cliente —dije deteniéndome para poder leer lo que estaba borrando pero sin lograrlo—. Es Bela Lugosi. Di, tú que eres poeta, ¿conoces un poema que empieza «Pero primero en la tierra, enviado como un vampiro»?

—Ese no es el principio —dijo Butler, atacando lo que parecían restos de un dibujo anatómico—. Es de Lord Byron. Estaba loco por los vampiros. —Retrocedió unos pasos para contemplar el resultado de sus esfuerzos, no le gustó lo que vio y se fue otra vez hacia la pared con fría decisión.

—Se publicó en la revista Little Bay el año pasado —dijo.

—Estupendo —contesté y empecé a moverme en la oscuridad hacia las escaleras, pero su voz, gruñendo a cada golpe de estropajo, llegó hasta mí recitando el poema. Me paré respetuoso a escuchar.

«¿Qué es lo que le pasó al amarillo?
que sangró convirtiéndose en
verde y blando,
casi blanco por el suave mordisco
de un vampiro.
Se ve el amarillo
como la falta de verde

por aquellos que no han conocido nunca
el lamento de la muerte
de un motor
o del fluido de la vida de un escarabajo

«El amarillo gira dentro del hombre
hueco no vacío
sin peso aunque pesado.
Yo me batí entre cuatro cuerdas;
pero sólo puedo oír dos instrumentos de miedo
en tiempo presente,
amarillo que retumba».

Y después, sin detenerse, añadió:

—Si le pongo las manos encima al hijo de perra que le ha hecho esto a mi pared, se lo voy a hacer pagar.

—Estoy seguro de que lo harás —dije y me fui hacia las escaleras cuyo olor a linóleo me resultaba familiar. Jeremy dedicaba su vida a la poesía, e intentaba sacarle ventaja a la porquería que inevitablemente invadía el edificio Farraday. Solamente un monstruo o un poeta hubiera asumido esto, y Jeremy era ambas cosas. No entendí nada de su poema pero esto no me preocupó. Todo aquello era demasiado literario para mí.

Estaba seguro cuando llegué a la puerta de mi despacho que Shelly Minck estaba dentro y que no había muchas probabilidades de que conociera algún poema sobre vampiros.

Crucé la minúscula sala de espera, intentando no molestar al polvo, y entré en la consulta de Shelly. Estaba trabajando con una mujer gorda que estaba sentada en el sillón, y que no paraba de decir por lo bajo «argghh» todo el rato, aunque Shelly no le estuviera haciendo nada. Sus dedos rechonchos bailaban sobre la mesa limpiando cada cosa con la bata, que un día había sido blanca, antes de introducírselos en la boca. Como estaba bastante grueso, el sudor le caía por el cuello, como siempre que estaba trabajando, y mientras buscaba instrumentos, probaba aparatos o tomaba medidas, se paraba para darle una chupadita al cigarro que tenía

apoyado en la bandeja del instrumental.

—Qué hay, Shelly —dije, echando un vistazo por encima de su hombro a la boca llena de caries de la mujer gorda. Ella me miró con ojos asustados, y yo intenté no hacer ningún gesto de asco.

—Toby —dijo— estaba esperando a que vinieras. ¿Quieres comprar a medias conmigo un refugio antiaéreo, como los de Londres? Puedo conseguirlo por doscientos ochenta y cinco dólares, e instalarlo en mi jardín.

Sacó algo pequeño y sanguinolento de la boca de la gorda, y su gemido subió algunos decibelios.

—Está Vd. bien, señora Lee —dijo, examinando cuidadosamente el objeto—. Era solamente un trozo de algo.

—¿De qué me puede servir tener un refugio antiaéreo en tu jardín? —dije—. No creo que los japoneses vayan a avisarnos si van a atacar, con tiempo suficiente para que me dé tiempo a llegar desde Hollywood hasta Van Nuyes.

—Señora Lee —dijo volviendo detrás de las gafas sus ojos miopes hacia la paciente—. ¿Cree que les interesaría a usted y al señor Lee, si es que hay un señor Lee, ir a medias conmigo en lo del refugio? Una bomba pesada podría acabar en un minuto con todo el trabajo que le estoy haciendo en la boca.

—Arrgghh —dijo la señora Lee, con el terror reflejado en sus ojos saltones.

—Ha dicho que sí —dijo Shelly, buscando un instrumento que parecía escapársele, mientras cogía el cigarro.

—Yo creo que ha dicho que no —dije.

Shelly se encogió de hombros, cogió un instrumento cortante, lo probó en su dedo y se volvió hacia la señora Lee, que se encogió en su asiento todo lo que pudo.

—Relájese —gruñó Shelly—, está limpio.

No quise ver más. Me fui a mi oficina y cerré la puerta. El sonido de los «ayes» de la señora Lee me ponía los pelos de punta, traté de ignorarlos mirando una fotografía que tenía en la pared que representaba a mi padre, a mi hermano y a mí, con Káiser Guillermo, nuestro perro. Era una fotografía muy antigua que siempre me servía como sedante pero que al mismo tiempo

provocaba en mí nuevas oleadas de aversión hacia mi hermano, contra el que había estado luchando siempre desde el día en que nací.

El correo no tenía mucho que ofrecerme, aparte de un anuncio del Florentine Gardens para comer y escuchar a Paul Whiteman sólo por un dólar setenta y cinco. O sea, que si iba con Carmen serían cuatro pavos, más la gasolina y una propina. El Pantages costaba cincuenta centavos y podríamos tomarnos un par de tacos mejicanos cada uno, por diez centavos más, podríamos añadir, incluso, un par de cervezas, si Lugosi me pagaba otro día. Estos eran los planes de vuestro famoso hombre de mundo.

Encontré clavado en mi mesa un mensaje interesante. La letra de Shelly era inconfundible y el número que había escrito no se podía leer, pero creí reconocer el nombre que ponía.

—Shelly —grité a través de la puerta en un momento en el que el tormento que estaba padeciendo la señora Lee pareció remitir algo—. Este mensaje es de Martin Leib, ¿verdad?

—Sí —me contestó gritando.

Leib era un abogado mayor, de otra época, con cuello almidonado y aspecto severo que estaba contratado como asesor en los principales estudios. Trabajé con él una vez, y sabía que si me había llamado, no sería por razones nostálgicas, ni tampoco para salir a tomar unas copas y contarme algunas historias. Busqué su teléfono en la guía y le llamé. Me contestó a la segunda intentona.

—Peters —dijo—. Tu llamada llega justamente en el momento en que iba a llamar a otro para que llevara este caso. Tengo un trabajo para ti, parecido al último que hiciste. Mi cliente está acusado de asesinato. La Warners quiere mantenerlo en secreto, hasta que todo se aclare. Por mi parte, puedo controlar la publicidad algunos días más. Necesito una investigación rápida y quiero información seria sobre lo que la policía ha hecho y está haciendo. ¿Puedes manejarlo tú?

Si le hubiera dicho a Leib que tenía un empleo y un cliente me hubiera dicho simplemente «vale» y hubiera colgado. Además ¿por qué no puede un investigador privado tener dos clientes al mismo tiempo? La verdad es que esto no me había pasado nunca antes, pero había llegado un momento en el que tenía que aprovechar todas las fuentes de ayuda económica que pudiera encontrar. La

chifladura de Bela Lugosi era intrigante, pero el caso de asesinato de la Warner Brothers podía significar mucho dinero.

—Cincuenta pavos diarios más gastos —dije—, y dos días por adelantado.

—Treinta y cinco —repuso Leib—. El trabajo es para Jack Warner no para Louis Mayer. Tendrás el dinero esperándote en la comisaría de Wilshire donde está detenido nuestro cliente. Lo mejor sería que te pusieras en contacto con él, inmediatamente. Yo ya he empezado mi parte del trabajo.

—¿Y? —dije, pensando en los Florentine Gardens.

—No parece muy prometedor. —Esto era todo lo que tenía para empezar, así que acabé con los preliminares.

—¿Nombre del cliente?

—Faulkner. William Faulkner.

—¿El escritor?

—El presunto homicida —dijo Leib y colgó.

El negocio iba viento en popa. Un año entero así y podría desafiar a Pinkerton. Cogí mi abrigo y volví a entrar en la consulta de Shelly. Estaba demostrando a la señora Lee cómo tenía que enjuagarse la boca. Ella, que ya no se podía controlar, imitaba torpemente los gestos de Shelly. Sus quejas y lamentos anteriores se habían reducido a un gemido sordo.

—Voy a trabajar en otra cosa —le dije a Shelly que estaba de espaldas. Él sacudió el cigarro para hacerme entender que me había oído.

—Casi se me olvida —añadí, yendo hacia la puerta—. Un tipo llamado Billings puede ponerse en contacto contigo. Tiene un problema para morder con los colmillos.

Esto sorprendió a Shelly, que se dio la vuelta y miró furtivamente en dirección a mí, a través de los cristales a prueba de bala de sus gafas.

—Es un vampiro —expliqué.

Al parecer la señora Lee escuchó la palabra «vampiro» a través de su azorada torpeza y miró vagamente hacia mí.

—Los vampiros son imposibles para los dentistas —dijo Shelly con firmeza—. Por lo menos los vampiros con colmillos; no hay

forma de que las encías humanas puedan soportar esos colmillos. —Metió el dedo en la boca de la señora Lee como para demostrar lo que decía—. Echan toda la boca para fuera. Un tipo así parecería Andy Gump o Mortimer Snerd, y sus encías… no conseguiría dormir nada en toda la noche, ni podría comer.

—Pero los vampiros no comen y duermen durante el día, como los muertos —dije.

La señora Lee asintió como queriendo decir que yo tenía razón, y Shelly la miró con desaprobación.

—Aquí la señora Van Helsing —dijo en tono de burla, señalando con el dedo a la mujer.

—No es un vampiro de verdad —le expliqué, abriendo la puerta. Solamente es un tipo que lleva colmillos postizos y al que le gusta disfrazarse. Pertenece a una clase algo más selecta que algunos de tus pacientes.

—Si me llama, le recibiré —dijo Shelly en plan profesional, volviendo con la señora Lee. Se le escurrieron las gafas y llegó a tiempo de cogerlas con el dedo que tenía libre, antes de que cayeran en el regazo de la paciente.

El edificio Farraday tenía un ascensor y Jeremy Butler se ocupaba de que subiera y bajara, pero no podía hacer nada para que subiera y bajara a una velocidad razonable para la mayoría de los mortales. Bajé las escaleras, poniéndome el abrigo al salir y escuchando el eco de mis propios pasos alrededor. En el piso de abajo el corredor de apuestas intentaba abrir la puerta a tientas. Dentro, el teléfono estaba sonando y quería entrar para no perderse una apuesta, pero tenía la vista nublada y cuanto más insistía más se le resistía la cerradura. No me molesté en saludarle.

Butler estaba todavía limpiando la pared con la segunda lata de Old Dutch.

—¿Crees que debería pintar la pared entera? —preguntó.

—Así está bien —repuse. La decoración interior no era mi fuerte, pero sin embargo el manchón blanco e irregular que le había puesto a la pared gris hacía que el recibidor pareciera el escenario de una película alemana de horror.

Un tipejo estaba mirando el interior de mi coche con la nariz

pegada a la ventanilla cuando llegué corriendo al callejón. Apartó su cara desvergonzada y de tono grisáceo cuando me vio, se metió las manos hasta el fondo de los bolsillos, pretendiendo simular que estaba admirando el paisaje del callejón, los montones de basura, y las cajas de cartón vacías. Quería dar la impresión de que estaba esperando el tranvía y demostró claramente que le había pillado con las manos en la masa.

Le di una moneda de veinticinco centavos, le dije que hacía buen día y arranqué, subiendo por Hoover y pasando Wilshire. La oficina de Leib estaba en Westwood, más cerca aún de la comisaría que la mía.

En mi avaricia, no me había enterado de a quién había matado Faulkner y por qué.

Al pasar entre las cimbreantes palmeras y las gentes que habían llegado accidentalmente a Los Ángeles, buscando lo que no podían encontrar allá en el Este, y se habían encontrado con lo que no buscaban, recordé las dos únicas veces que había visto a Faulkner. Él estaba trabajando en un proyecto de la Warners, hace muchos años, y yo le distinguí a través de la ventana del despacho del productor para el que yo estaba trabajando. Faulkner me pareció serio y triste. Su mecanógrafa no le divertía. Hoy seguramente estaría aún menos divertido.

Encontré un sitio para aparcar, algunas manzanas más allá de la comisaría y volví a paso ligero. Un policía joven y calvo que se llamaba Rashkow y al que ya conocía, casi me tira escaleras abajo.

—Hola —dijo muy serio.

—Qué hay. ¿Está mi hermano aquí?

—Sí está —dijo Rashkow, ajustándose el abrigo—. Acabo de verle. Hoy es mi último día de trabajo.

—¿Te vas de vacaciones? —le pregunté.

—A la guerra —dijo—. Me alisté hace una semana. Los periódicos dicen que todo va bien, pero no sé.

—Yo tampoco lo sé —dije—. Buena suerte. Gana pronto la guerra.

—Lo intentaré —dijo Rashkow, ajustándose la gorra azul y bajando pesadamente las escaleras.

La maldita guerra seguía metiéndose en mi profesión y en mi vida. Resultaba difícil que uno se pudiera concentrar en su trabajo cuando todo el mundo que te rodeaba estaba perdiendo la cabeza y echaba la culpa a los demás.

El sargento de guardia, un tipo viejo llamado Coronet, me hizo pasar y me tendió un sobre.

—Acaba de llegar para ti —dijo, sin quitar la mirada de un par de chavales japoneses silenciosos, que estaban esposados juntos en un banco, en uno de los rincones.

—¿Qué han hecho estos? —le pregunté a Coronet, que mostraba su hostilidad hacia los dos chavales dejando caer su labio inferior y cerrando los puños.

—Una mujer que estaba sentada detrás de ellos en Loew les ha oído aplaudir cuando nombraron Pearl Harbour durante las noticias y silbar a Roosevelt —me explicó Coronet.

Los dos muchachos, delgaduchos ambos, que no sabían si parecer asustados o mostrarse desafiantes, miraban a Coronet y después a mí.

—¿Es eso un delito?

—Desde luego que es un delito —dijo Coronet sin levantar su mirada acusadora de la pareja—. Estamos en guerra.

Aquello no contestaba a mi pregunta, pero vi que no podría sacarle nada más razonable a Coronet; cogí el sobre con el dinero que Leib me había dejado, y subí los veinte escalones de madera crujiente, pasé a través de la puerta de madera de arriba, que tenía claras señales de ser pateada muy a menudo, y entré en la sala de los oficiales de la brigada.

La habitación olía, como siempre, como todas las salas semejantes a comida, comida fría, comida caliente, comida reciente, comida rancia. El olor a comida impregnaba incluso el olor a humanidad y a humo añejo.

El día estaba tranquilo, pero había varios detectives en sus mesas. Algunos hablaban por teléfono. Un detective gordo que se llamaba Veldu estaba sentado en una esquina de la mesa de un tipo nuevo al que no reconocí. Veldu tenía un bocadillo en una mano, un café en la otra y un montón de filosofía en la boca, que estaba

tratando de inculcar en el novato, de pelo negro y engomado, peinado con raya en medio como si estuviera dispuesto a ponerse en manos de un cuarteto de barberos.

—¿Así que han clasificado a Lem Franklin como el número dos? —estaba diciendo Veldu—. El número dos, ¿qué te parece? Buddy Baer, ese tipo le podría derribar en un minuto. Hay por lo menos seis tíos que podrían pillar a Franklin en un mal día. —Le dio un mordisco al emparedado y dejó la taza de café sobre la mesa, para poder levantar las manos y contar los seis tipos con los dedos— Bob Pastor, Melio Bettina, Abe Simon, Lou Nova, Roscoe Toles, incluso Tamy Mauriello. De hecho, Pastor debía ser el número uno y Conn debía bajar al último puesto. No tiene fuerza. Louis no tiene sentimientos. Merece ser aporreado hasta la muerte. —Al decir esto, Veldu demostraba, golpeando con su puño en la mesa, cómo había que aporrear a Joe Louis. La mesa se movió y se derramó el café.

—Mierda —rugió Veldu dando un mordisco al emparedado—. Voy a por otro café. —Salió echando chispas dejando todo el asunto al tipo nuevo, que buscó un Kleenex por los cajones para limpiar la mancha y que no se ensuciara todo lo demás. Entonces el nuevo se fijó en mí.

—¿Qué puedo hacer por ti? —dijo impaciente, lo cual no era buena señal para un detective nuevo, por lo menos no era buena para mí, ni para ningún criminal en potencia que se cruzara en su camino.

—Me llamo Peters —dije, tendiéndole la mano—. Soy investigador privado y estoy haciendo un trabajo de investigación para un abogado llamado Leib, en relación con un cliente que tenéis aquí encerrado, Faulkner. Me gustaría ver a nuestro cliente.

El nuevo policía me miró la mano y siguió limpiando la mesa. El tipo no dijo nada. Simplemente siguió limpiando. Vi que había una mujer dos mesas más allá hablando con otro detective. Tenía buena pinta, llevaba un sombrerito con una pluma en lo alto, y un traje de chaqueta que le llegaba hasta las rodillas. Llevaba hombreras y parecía como si la acabaran de vestir en I. Magnin.

—… mis oídos —le oí decir e intenté captar algo más, pero el tipo nuevo me estaba mirando con cara de pocos amigos y un montón de Kleenex sucios con los que no sabía qué hacer.

—Miraré a ver —dijo, y se dirigió al minúsculo cubículo que el

teniente Philips Pevsner tenía en un rincón. Tiró los Kleenex a una papelera, y un muchacho negro de unos quince años, que estaba esperando para ser interrogado se retiró rápidamente al verle pasar.

Intenté pescar algo más de la conversación de la mujer bien vestida. Creo que la oí decir «Sally Rand» al policía, que la escuchaba pacientemente, pero no estaba seguro. No tuve tiempo de oír nada más. El nuevo policía me llamó desde la puerta del despacho de Pevsner y fui hasta allí atravesando el conjunto de cuerpos y mesas puestas sin orden ni concierto, pisando algún pie que otro y algunos secretos pasados.

El policía nuevo se echó para atrás con amarga expresión y yo entré en el despacho, diciéndole un «gracias» seco por encima del hombro.

—Un muchacho muy amable —le dije a Pevsner cuando cerré la puerta.

—Su nombre es Cawelti —dijo Pevsner, sin dejar de mirar los documentos que tenía sobre la mesa—. Ha estado patrullando cinco años por las calles; tuvo problemas pero cumplió con su trabajo. Me gusta la gente que cumple. —Entonces levantó la vista y me miró. Conocía la mirada de moderado desdén que me echaría, pero iba mezclada con un nuevo toque de tolerancia, que era por lo menos un signo de paz temporal. Phil era un poco más alto que yo, más ancho de espaldas, unos años más viejo y mucho más pesado. Su pelo acerado y bastante corto era como un imán para sus dedos anchos y fuertes. Se rascaba constantemente, no sé si porque tenía caspa, por costumbre o por perplejidad, nunca lo supe, y le había visto hacerlo durante más de treinta años. Era mi hermano.

Suspiró. Eso era lo más amable que podía estar conmigo. Respondí no gastándole bromas pesadas. La guerra nos había traído una tregua. Había perdido incluso la posibilidad de fastidiarle preguntándole por Ruth, su mujer, y por los chavales. La perdí realmente cuando les visité un 7 de diciembre jugándole una mala pasada al ocultarle la ternura que me inspiraba su nuevo bebé. Lucy, que me dejaba incapaz de reaccionar, sonriendo estúpidamente. Phil tenía casi cincuenta años y era demasiado viejo para tener hijos, como Lugosi, pero como yo no tenía ninguno mantuve la boca cerrada.

Phil no era muy diestro tratando a los adultos. Su primer impulso era emplear los puños. Aprendí esto cuando era un niño y tengo la nariz aplastada para poder probarlo. Como policía tampoco era más tranquilo. El crimen era para él algo personal. Los delincuentes comían cuando él tenía su tiempo libre, cometían delitos sólo para hacerle la vida más difícil, asesinaban, violaban, y organizaban alborotos solamente para enfadarle y tenerle ocupado. Ser un policía no era el trabajo apropiado para Phil; era como una *vendetta*, una venganza que él nunca podría conseguir. Había muchos más de los *otros* que de gente como él, y él me asociaba normalmente con los delincuentes, pensaba que trabajaba para criminales potenciales y convictos. Incluso, aunque mis clientes demostraran que eran inocentes algunas veces, Phil opinaba que no merecía la pena tomarse el esfuerzo de probarlo.

—¿Estás trabajando en el caso Faulkner? —me preguntó mirando sus papeles.

—Exacto —dije.

—No hay nada que hacer —dijo, levantándose y aflojándose la corbata que ya llevaba bastante floja. Golpeó las delgadas hojas que tenía sobre la mesa—. Él lo hizo. Hay dos testigos, la esposa de la víctima y la misma víctima antes de morir.

—¿William Faulkner mató a alguien? —pregunté.

El rostro de Phil enrojeció, empezando por el cuello y subiéndole hacia arriba.

—Estoy ocupado, pero no soy un inculto —dijo—. Me importa un rábano si ha sido el mismísimo Papa —Phil me señaló con el dedo—. Mató a un ciudadano y va a pagar por ello. Leib puede tocar sus cuerdas en la ciudad, y tú puedes poner en juego tus trucos, y esto puede durar unos cuantos días, pero al final estallará, y todo saldrá a la luz.

El odio que se concentraba bajo la apariencia agitada de Phil, hervía a veces en el aire y amenazaba a la persona que tuviera más próxima, que muchas veces era yo.

—Tranquilo, Phil —dije en tono apaciguador—, sólo estoy haciendo mi trabajo.

—Lee el informe —añadió con un gruñido—, pero no te sientes en mi mesa. Voy a salir a tomar un café. Cawelti traerá aquí a Faulkner.

—Gracias —le dije, cuando cerró la puerta. Había sido la conversación más civilizada que había tenido con mi hermano durante muchos años.

Cogí los papeles y estudié el informe. En el expediente había algunas declaraciones hechas por los testigos, el forense y un informe del detective encargado del caso, que era Cawelti. Me senté en la silla frente a la mesa de Phil y empecé a subir los pies, entonces me acordé de lo que pasó la última vez que Phil me pilló con los pies sobre su mesa. A poco me deja cinco centímetros más bajito, cosa que yo no podía permitirme.

El informe era bueno, y era evidente que Faulkner estaba metido en un lío.

> «Informe - Oficial detective John Cawelti, Wilshire».
>
> «A las 9’20 de la noche del día 3 de enero de 1942 me llamaron del 3.443 de Benedict Canyon en Beverly Hills. Llegué justo después que la ambulancia. El Doctor Bengt Lidstron de County, dijo que la víctima, Jacques Shatzkin que vivía allí, estaba muerto. Había recibido tres balas en el pecho. El oficial Steven Bowles estaba de servicio y dijo que le habían llamado. Bowles (cuyo informe se adjunta), llegó antes de que Shatzkin muriera. Shatzkin identificó a William Faulkner como su asaltante. Camile Shatzkin, esposa del fallecido, también identificó a Faulkner. La identificación de Shatzkin fue positiva. Shatzkin era el representante de Faulkner y le había visto anteriormente. Había invitado a Faulkner a cenar, para hablar de negocios. Este llegó tarde, según la declaración del muerto y de su mujer, disparó a bocajarro contra Shatzkin y se fue. Aunque el fallecido no pudo hacer otra cosa, más que identificar a su asaltante, su esposa declaró que no sabía que hubiera algún problema entre ellos, aunque su esposo le había dicho que Faulkner se había mostrado irritable durante la única comida que habían hecho juntos. Faulkner fue detenido en el hotel Hollywood a las 10'10 de la noche. Negó tener conocimiento de la muerte de Shatzkin, ni de la invitación para cenar y se mostró

extraordinariamente opuesto a colaborar. Admitió haber comido con Shatzkin dos días antes (miércoles). Esto fue confirmado en la oficina de Shatzkin. El registro de la habitación de Faulkner fue llevado a cabo a las 4'30 del sábado 4 de enero, en presencia del sargento Veldu, y de dos oficiales de seguridad de la Warners, Lovell y Hillier. Fue hallado un revólver calibre 38 que había sido disparado recientemente. En balística confirmaron que era la misma arma empleada en la muerte de Shatzkin. Faulkner fue acusado de asesinato a las 7 de la tarde del sábado 4 de enero de 1942. Pidió que se avisara a un abogado, Martin R. Leib de Westwood. No hizo más declaraciones».

Acababa de terminar de leer el informe, cuando se abrió la puerta, y Cawelti, el del pelo moreno y liso, hizo entrar a Faulkner en el pequeño despacho.

3

Faulkner era un tipo delgado, que tenía más o menos mi edad y mi estatura, llevaba un pequeño bigote y tenía un aspecto agresivo. Tenía una nariz enérgica con un gran caballete, casi como la de un indio, y sus ojos eran oscuros y profundos con los párpados pesados. Tenía la cara tostada por el sol y sostenía en los labios una pipa ennegrecida. No podía saber qué estaría pensando, pero se adivinaba que le desagradaba la habitación, la situación en que estaba, yo mismo y la vida en general. Sus ojos reflejaban melancolía y eran calculadores, pero al mismo tiempo dejaban entrever cierto sentido del humor muy particular, como si se considerara a sí mismo como un personaje trágico que ha aceptado su papel, y que, incluso, lo asume con agrado. No puedo decir que me cayera bien desde el primer momento. Pensé si conocería algún poema de vampiros.

—Su cliente —dijo Cawelti, llevando a Faulkner hacía la silla que había al otro lado de la mesa de Phil y retirándose con fingido respeto. Faulkner no se sentó, se quitó la pipa de la boca y me examinó, sin ofrecerme la mano.

—Perdone mi falta de comportamiento social en este ambiente, señor…

—Peters —dije—, Toby Peters. Investigador privado al servicio de Martin Leib y supongo que de la Warner Brothers, para actuar en su nombre.

La voz de Faulkner era más profunda de lo que yo esperaba, con marcado acento sureño. Yo intentaba parecer lo más formal posible y me estaba haciendo un lío con las palabras y además notaba que no me comportaba con normalidad. Él se daba cuenta de ello. Faulkner permaneció de pie, detrás de la silla, jugando con la pipa y yo me acerqué a la ventana que había detrás de la mesa de Phil simulando admirar el paisaje. Como la ventana daba a una pared de

ladrillo que estaba a poco más de un metro de distancia y no la habían limpiado por lo menos en dos generaciones, no podía ver nada.

—No creo que nos dejen estar mucho tiempo aquí —dije—. Por lo tanto, me gustaría que me contara en seguida todo lo sucedido.

Saqué mi bloc con la espiral destrozada. Le quedaban solamente unas cuantas hojas arrugadas. Si se me terminaban podría seguir escribiendo en el sobre de una carta que llevaba en el bolsillo y que me habían mandado de un hotel de Fresno, y en la que me reclamaban el importe de mi estancia allí durante una noche, hacía un montón de tiempo. Me volví hacia Faulkner, y vi que me estaba mirando como si estuviera pensando si mandarme o no al infierno. Un movimiento casi imperceptible de sus hombros me hizo pensar que había elegido la salvación en lugar de la dignidad. Casi me pongo a anotarlo, pero no tenía suficiente papel y la punta de mi lápiz no me iba a durar mucho. También pensé que le había robado la frase de la única novela que había leído de él.

—Me hace una proposición algo irónica —dijo Faulkner, examinando su pipa y observando las cenizas—. Acabo de entregarle una colección de cuentos a mi editor, y ninguno de ellos es tan fantástico como éste. Iba a empezar diciendo, como hice con la policía, que yo no he matado a nadie.

—Comprendo perfectamente lo que siente —dije rascando con el pulgar sucio la mina para poder ponerme a escribir.

—Desgraciadamente —continuó suavemente—. No necesito compasión, lo que necesito es ayuda profesional. Tengo cierta inclinación a la irritabilidad y necesito relajarme, pero al parecer alguien se ha propuesto con gran interés hacérmelo imposible.

—¿Quiere decir que cree que le han tendido una trampa? —dije, para no salirme de la conversación.

—Sólo hay una alternativa —continuó—. O es así o me estoy volviendo loco, lo cual también es una posibilidad, dado el estado en que se halla el mundo, aunque dudo mucho que mi locura se expresara matando a un agente publicitario. Antes hubiera preferido matar a un editor. ¿Puedo preguntar por qué no nos sentamos?

Asentí y él se sentó en la silla frente a la mesa y me dejó a mí la silla de Phil, en la que éste me había prohibido sentarme so pena de

guillotinarme. Me senté. Esto contribuía a establecer un clima cliente-abogado en aquella habitación con olor a rancio, y me procuraba un motivo más de preocupación. Faulkner cruzó las piernas y se examinó el dorso de la mano derecha. Empecé a levantar los pies para ponerlos sobre la mesa, pero me contuve y los puse en el suelo entarimado.

Mi historia es sencilla —empezó Faulkner con evidente contrariedad—. Sólo estuve con Shatzkin una vez, estuve comiendo con él en ese restaurante que tiene un acuario en el escaparate, en la calle Sexta.

—El Berstein's Fish Grotto —le aclaré—. ¿Por qué se reunieron?

Faulkner sacudió con el dedo las cenizas de la pipa, se limpió el dedo en un pañuelo que se sacó del bolsillo de la chaqueta, se aseguró de que llevaba la corbata bien puesta, y habló lentamente.

—Me llamó y me dijo que quería tratar conmigo unos asuntos de negocios que serían especialmente lucrativos para mí. Tengo un representante, pero el señor Shatzkin tiene… bueno, tenía, buena reputación y en cierto modo yo necesito dinero.

—Puedo… —empecé a decir, pero me detuve cuando le miré a la cara. Se había puesto ligeramente colorado.

—No presumo de falta de humildad —dijo— o por lo menos yo no me engaño. El año pasado gané menos de tres mil doscientos dólares. Tengo una casa y una familia, y tengo que asumir el peso de que parte del público me considere solvente financieramente como resultado de una fortuna familiar y de unos derechos de autor muy elevados que nunca han existido. Sólo he tenido un éxito económico.

—*Pylon* —sugerí. Recordaba el libro con agrado. Una vez escondí una fotografía pornográfica en él.

—*Santuario* —me corrigió Faulkner—. Y ese dinero lo gasté hace mucho. Estoy aquí en Los Ángeles para ver si me dan un trabajo en la Warner Brothers con la ayuda de mi representante y del señor Howard Hawks. Hasta ahora, al señor Warner no le había parecido bien hacerme una generosa oferta, o cualquier otra oferta en firme. Estoy decidido a aceptar cualquier cosa que me ofrezcan. Por eso, cuando me llamó el señor Shatzkin…

—¿A dónde le llamó? —pregunté.

—A mi hotel, el Hollywood —dijo Faulkner, buscando una cerilla y encendiendo su pipa.

—¿Le llamó y se citaron en un restaurante?

—Nos encontramos en el edificio de la oficina de Shatzkin —repuso Faulkner— y entonces fuimos al restaurante. Yo tomé langosta, y él tomó una gran ensalada de gambas. ¿Lo ha apuntado?

Yo iba apuntando todo. Tal vez, a pesar del sarcasmo de Faulkner, podría resultar interesante o tal vez no; probablemente no lo sería, pero hay que coger lo que se puede y cargar con ello. Me entró la tentación de decirle a Faulkner que él siguiera con sus novelas y que me dejara a mí seguir con mi trabajo.

—El señor Shatzkin me ofreció los anillos de Saturno, la Luna y Biloxi —continuó Faulkner—. Le dije que llamaría a mi representante y después volvería con él. Nos despedimos amistosamente a la salida del restaurante, y me prometió llamarme. Nunca lo hizo y no volví a verle más.

—¿Y no conoció nunca a la señora Shatzkin?

—Nunca tuve ese placer —dijo sarcásticamente.

—¿Cómo parecía Shatzkin? —continué.

—Parecía —repitió Faulkner, haciéndome ver claramente que había elegido la palabra equivocada— demasiado atento, demasiado adulador, demasiado falso, exactamente lo que yo esperaba encontrar en Hollywood.

—¿Tiene usted un revólver?

—Sí tengo varios, están todos en Oxford, Mississippi, en mi estudio de Rowan Oak. Están perfectamente guardados. Tengo una hija de ocho años. No he traído ninguno conmigo, no esperaba que me atacaran, ni iba a cometer un robo o un asesinato.

Aquello era el colmo. Dejé el sobre en el que estaba escribiendo y le miré. Me di cuenta que había puesto los pies sobre la mesa sin enterarme. ¡Al infierno con ellos!

—Mire, señor Faulkner. Yo tengo que hacer mi trabajo y usted quiere seguir vivo y fuera de las rejas y de los periódicos, al menos eso es lo que yo creo que quiere. Estamos en el mismo barco y yo necesito el dinero que me vaya a proporcionar este caso. Creo que hago mi trabajo bastante bien, pero soy también muy humano. Si me hace cosquillas sin rozarme ninguna cicatriz, me río. Si me

tortura y abre una vieja herida, grito.

—Acepto la insinuación —dijo Faulkner— y le comprendo. Intentaré portarme mejor, pero las circunstancias influyen en mi comportamiento. No es sólo mi vida, es el mundo el que está ahora echado a perder, ¿no es cierto? Me gustaría ser un dictador. Cogería a todos los congresistas que no quieren ordenar las confiscaciones militares y los mandaría a Filipinas. Tal día como hoy, dentro de un año, no creo que quede ni un solo subteniente vivo de los que hay ahora. Y nosotros estamos aquí jugando con un asesinato sin sentido, y yo estoy aquí sentado indefenso… perdóneme, señor Peters, tal vez usted pueda entender mejor mis sentimientos.

—Disculpa aceptada —dije. No es que ahora me gustara él más, pero por lo menos me parecía un ser humano y no una imitación sudista de George Sanders—. Los disparos tuvieron lugar anoche, aproximadamente a las nueve. ¿Dónde estaba usted?

—Como le dije al oficial que me trajo aquí —repuso, haciendo girar su pipa, para recobrar la calma— estaba trabajando con un escritor llamado Jerry Vemoff. Estábamos en mi habitación del hotel. Me había puesto de acuerdo con mi representante para intentar elaborar un tema para la Warner como primer paso para un posible empleo. El señor Vernoff ha trabajado extensamente en estos temas para varios estudios y tiene fama de trabajar rápido y de ser muy comercial. Creo que alguien de la Warner sugirió que podríamos colaborar. Cenamos en el hotel.

—Lo que hace imposible que tuviera una cita para cenar con Shatzkin —concluí. Asintió para darme la razón. Yo no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero tenía algunos nombres, con los que podría trabajar. Me guardé el cuaderno y el sobre en el bolsillo y estaba a punto de ordenar a mis pies que se quitaran de la mesa, cuando se abrió la puerta. Si hubiera estado atento a las oleadas de voces y ruidos de la habitación donde estaban todos los policías, en lugar de estar completamente absorto en mi trabajo, hubiera podido oír las pisadas de Frankestein que daba Phil, pero no fue así.

Phil miró a Faulkner y luego a mí, y luego se puso tan rojo como la mancha de tomate que llevaba en la camisa. Detrás de él, estaba Cawelti como expectante ante algo que veía surgir hinchándose

dentro de mi hermano, como un globo enfurecido, algo que tenía que salir a explotar. Se me había dormido el pie derecho, de lo contrario lo hubiera podido bajar de la mesa, su enorme mano fue bajando lentamente. Yo le observaba fascinado cuando me golpeó la rodilla derecha, lanzándome fuera de la silla, contra la pared. Caí al suelo mientras Phil daba otro paso hacia mí, entonces la voz de Faulkner sonó a sus espaldas.

—Perdóneme, teniente —dijo—. Creo que se ha equivocado de escenario, yo creía que en la policía se golpeaba a los sospechosos, pero no a los representantes de los abogados.

Phil se detuvo y se volvió hacia Faulkner, que le miró a los ojos sosteniendo la mirada. Esto me dio tiempo suficiente para levantarme, pero tenía la rodilla hinchada y casi me falló. Cawelti estaba en la puerta con un aire de desprecio en la mirada. Phil le observó con el rabillo del ojo, y pude advertir que estaba rodeado de adversarios; normalmente, se habría lanzado sobre nosotros, arrasándonos, habría partido a Faulkner como una ramita, pateado a Cawelti y a mí me habría reservado algo especial, pero el tiempo había ido suavizando a Phil y se limitó a decir:

—Salid de aquí todos vosotros, rápido.

Cojeé hacia la puerta, mientras Phil chocó conmigo, al pasar a mi lado, se sentó en su silla, ahora contaminada, y hundió la cabeza en el informe de Faulkner. Este me siguió lentamente, y Cawelti cerró la puerta tras nosotros.

—Es mi hermano —le expliqué a Faulkner.

Faulkner asintió comprensivamente y replicó:

—Sí, yo también he tenido hermanos.

Me sorprendió su forma de expresar las cosas, pero no quise seguir el tema. De repente, me di cuenta de que toda la brigada estaba callada y que todos los rostros miraban en nuestra dirección. Al principio creí que reconocían a Faulkner. Entonces me di cuenta de que Phil había hecho un montón de ruido cuando me tiró contra la pared. El silencio duró un par de latidos, y después todo el mundo volvió a su mundo propio.

—Me pondré en contacto con el señor Leib, en cuanto tenga algo —le dije a Faulkner. No hacía al caso decirle que no se preocupara o que todo iba a salir bien, que me ocuparía de sus problemas y de los de Bela Lugosi y que salvaría la isla de Corregidor en menos de

dos días. Ni siquiera estaba seguro de que podría llegar al coche con la pierna herida.

Cawelti le indicó el camino a Faulkner, y los dos desaparecieron entre el caos de mesas. Intenté ocultar mi cojera, cuando tropecé con un rostro que me resultaba familiar, el del sargento Seidman que me miraba mientras se dirigía a su mesa. Era un policía delgado con la cara blanca, el pelo rojizo, que parecía un cadáver vestido con un traje gris, el único traje que le había visto. A lo mejor tenía un armario lleno de trajes idénticos. Seidman era para mi hermano lo más parecido que pueda haber a un amigo. La fuerza de Seidman residía en que era imperturbable. Su idiosincrasia consistía en que sentía auténtico respeto por Phil.

—¿Cómo va eso Toby? —dijo cuando me apoyé en su mesa, intentando ocultar un gesto de dolor o hacerlo parecer una sonrisa. Un policía de uniforme pasó junto a mí con un hombre esposado a su muñeca. El viejo me dirigió una sonrisa desdentada. Sobre la mesa de Seidman había un trozo de metal parecido a una porra. Seidman vio que lo miraba.

—Se lo cogí a un estudiante de medicina —me explicó—. Un chico intentó atracarle a él y a su novia. El estudiante de medicina cogió esta pieza, tan útil y manejable, y le abrió la cabeza. En pleno día. Un policía que estaba al otro lado de la calle, en un bar, vio el final y salió disparado, no sin antes tomarse de un trago el café. Si hubiera salido antes, le hubiera evitado al delincuente un montón de cirugía y a mí un montón de trabajo.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Phil tiene muchos casos en la mente —dijo.

—Phil tiene cincuenta años y nunca pasará de teniente —contesté—. Para él la rudeza es su modo de vida. Él está en guerra y el mundo está lleno de enemigos, incluyéndome a mí.

—Tal vez —repuso Seidman. Le miré a los ojos de su rostro hundido. Eran tan negros y estaban tan lejos de allí, como el cielo en la noche. No se podía distinguir entre el iris y la pupila. Eran solamente un círculo ancho y profundo en el infinito.

—Faulkner —dije, elevando la voz por encima de una discusión que estaba iniciándose en un rincón. El sujeto que estaba maniatado

le había dado al policía un puñetazo en el hígado, el policía se contuvo de forma admirable, limitando su cólera a darle solamente un codazo en el estómago y unos cuantos gritos. Seidman miró hacia el alboroto, sin emoción ninguna y me dijo.

—Cawelti se ocupa de ese caso. Es algo difícil. Un testigo vivo. Un hombre muerto que identificó al asesino. En la habitación de Faulkner fue hallado un revólver. ¿Se puede pedir más?

—Yo podría —dije.

La voz de Seidman bajó tanto que apenas pude oírle.

—Cawelti también podría —dijo—. No está buscando tres pies al gato. Quiere resolver el caso perfectamente y aparecer en los periódicos; quiere que Phil le felicite y le ponga una nota positiva en su expediente.

—¿Y la coartada de Faulkner? —arriesgué, buscando con la mirada a la mujer bien vestida, pero ya no estaba.

—Vernoff, el escritor, dice que Faulkner salió solo a tomar una copa, justamente antes de las nueve —dijo Seidman—. Le dio tiempo de sobra para beber unas cuantas copas y darle a Shatzkin una ración de algo más mortal y volver corriendo al hotel.

—Hay algo que no cuadra ¿no te parece?

Seidman se encogió de hombros.

—Vaya una manera más complicada de cometer un crimen. No tenía motivos.

Seidman alzó la vista y miró hacia la puerta del despacho de Phil que estaba tras de mí. Salí del despacho de Seidman y fui cojeando hacia la sala. Pude dar solamente cuatro pasos antes de que Phil me agarrara por el hombro. Me volví, preguntándome qué me tendría reservado esta vez.

—He tenido una semana infernal —dijo lo más tranquilamente que pudo, que no era mucho. Para él, esto era lo más parecido a una disculpa que jamás me había ofrecido.

—Todas lo son —dije.

—Sí, todas lo son —acordó conmigo y se volvió para regresar con paso firme a su despacho.

Los dos japoneses estaban allí, esperando a que alguien se los llevara y los fusilara por traición. Coronet, el sargento de guardia

los observaba con tanta fijeza que no se habría enterado si algún dedos largos le hubiera quitado el revólver, o incluso el uniforme y los hierros oxidados de la portada de la Comisaría de Wilshire. La rodilla me latía, pero caminé sobre el suelo enlosado y salí a la calle; hacía frío. Llevaba en el bolsillo un adelanto bastante sustancioso de Martin Leib y algunos apuntes. Me fui a la cafetería de la esquina y me tomé un café y un segundo desayuno de cereales y me puse a pensar en lo que iba a hacer a continuación.

La camarera me reconoció, debido a las veces que había estado allí anteriormente; debía de pensar que era un policía de la comisaría de la calle y me sirvió calladamente, pero la radio vociferaba noticias a sus espaldas. Corregidor estaba haciendo retroceder a los japoneses y el avance de los nazis en Rusia se había visto interrumpido a causa del mal tiempo y el mal genio de los rusos. Dorothy Thompson había conseguido el divorcio de Sinclair Lewis y el combate de revancha entre Joe Louis y Buddy Baer iba a ser finalmente retransmitido por radio. Me costaba mucho pensar, pero tenía muchas cosas en que hacerlo. Necesitaba un bloc de notas nuevo y pasta de dientes. Cogí un tubo de Pepsoden que costaba treinta y nueve centavos y por otros treinta y nueve, el libro de Bob Hope *Me tienen vigilado* de propina. Decidí que me iría a casa, metería la rodilla en el baño, y dejaría que Hope me animara mientras decidía lo que iba a hacer a continuación.

Me subí a mi Buick de lunares, lo puse en marcha y me dirigí a Wilshire, abandonando la idea de ir al Florentine Room con Carmen. Cambié de planes. Al día siguiente era domingo, a lo mejor cogía a mis dos sobrinos, Nate y Davey y me los llevaba a ver *Dumbo*. Por lo menos eso sería lo que les diría a Phil y a Ruth. La verdad es que los llevaría al cine de adobe de Billings a ver *Huésped de un vampiro* y *La revuelta de los Zombis*. Sabía que podía confiar en que los chicos se prestarían a decir una mentira por su querido tío Toby.

De vuelta a casa la rodilla se me fue quedando paralizada y no podía pisar el acelerador, giré suavemente hacia el Hospital Central; entré quejándome en la sala de urgencias, pasé entre una larga fila de ciudadanos heridos, hasta llegar donde estaba una mujer vestida de blanco, dentro de la zona de recepción, que era una especie de estructura acristalada. Sólo se le veía la cabeza. Era bajita y parecía

que estaba decapitada.

—Quiero ver al doctor Parry —le dije a aquella cabeza rojiza que no tenía cuerpo—. Es mi sobrino.

—Ya no está en este hospital —repuso. Esperaba que se levantara para librarme de aquella imagen decapitada—. Se ha alistado.

Parry no era mi sobrino. Era un joven médico residente, al que yo había nombrado mi médico particular. Estaba terriblemente deprimido y necesitaba urgentemente un baño caliente y a Bob Hope.

—Si quiere sentarse —dijo la cabeza—, algún otro médico puede verle.

Miré a mi alrededor calculando cuánto tendría que esperar, para recibir atención médica; podía ir desde unas cuatro semanas hasta diez años. Podía montar un número y colarme, pero estaba demasiado deprimido.

—¿Qué le pasa? —preguntó, sin interés, la cabeza.

—La muerte —dije arrastrando la pierna tras de mí, hacia la puerta como si fuera la Momia de Universal.

De nuevo en la pensión me arrastré por las escaleras, tratando de evitar a la señora Plaut, que me pilló antes de que llegara arriba. Era todo lo sorda que se podía ser, sin estar muerto, pero había oído mis torpes pasos.

—Ha tenido una llamada, señor Peters —dijo—. No me acuerdo quien era, creo que dijo Charlie Mc Carthy, pero no puede ser, ¿verdad? —Dio media vuelta con su vieja osamenta—. Y no hay agua caliente, se me ha vuelto a olvidar pagar el recibo del gas. Lo haré el lunes a primera hora.

—Gracias —dije, terminando mi ascenso por los catorce escalones, y apretando mi bolsa Walgreen contra el pecho.

Gunther entró en el vestíbulo y me miró la pierna con preocupación.

—Phil —expliqué.

Gunther se había encontrado con Phil y no necesitaba más explicaciones.

—No hay agua caliente —dijo.

—Ya lo sé —le contesté.

—Herviré un poco de agua en tu hornillo eléctrico —me ofreció, y se metió en mi habitación. Le seguí, tiré mi abrigo en la única silla un poco confortable que había en la habitación y me quité la ropa. Gunther se fue a su habitación a buscar un cacharro enorme. Me quité toda la ropa, quedándome en calzoncillos, y observándole luchar con el cacharro que pesaba casi tanto como él, pero no me ofrecí a ayudarle. Hay que mantener el orgullo.

Fui hacia el baño, lo encontré vacío y entré. Me limpié los dientes y solté el grifo del agua fría.

Leí algunas líneas del libro de Hope «… había un gran alboroto en la casita vecina a la de los Barrets, en la calle Whimpole. Mi mejor amigo iba a tener un niño, yo».

Solamente llegué hasta allí. Gunther, como si fuera un diminuto Gunga Din, entró callado con el agua hirviendo y la echó en el baño. Me metí en el agua y lancé un gemido. Gunther se subió a la tapa del inodoro y esperó pacientemente.

—¿Quieres tener compañía, o no? —preguntó. Le expliqué el caso de Faulkner y le pedí a Gunther que intentara encontrar a alguien en el Berstein's Fish Grotto que hubiera visto o recordara a Faulkner o a Shatzkin y que descubriera si Shatzkin había hecho alguna reserva el día que se encontró con Faulkner. Yo iría a ver a la señora Shatzkin y a Vernoff, el escritor. Sentía cierto remordimiento respecto a Lugosi, y seguía considerando la posibilidad de llevar a Dave y Nate, a última hora de la tarde, al cine, donde podría tener unos minutos de charla con Billings.

—La vida se pone pesada, ¿verdad?

—¿Es un refrán? —preguntó Gunther muy serio, subido en el *water*.

—Es una estrofa de una canción de un tipo llamado Bert Williams —repuse saliendo del baño—. Ahora, a trabajar.

4

Con la ayuda de Gunther, me vendé la pierna fuertemente, me tomé un par de píldoras para el dolor, de las que me había dado Shelly Minck unos meses antes, y de esa forma estuve dispuesto para irme a trabajar, siempre que no tuviera que correr y que nadie me diera una patada en la rodilla. Hice algunas llamadas telefónicas, y busqué en la guía el teléfono de Jerry Vernoff, el escritor, que había trabajado con Faulkner la noche anterior.

Dando el nombre de Martin Leib en la Warner Brothers, me dieron la dirección de Shatzkin en Bel Air. Las señas de su oficina las encontré en la guía.

Llamé a Vernoff, le dije quién era, y me contestó que estaría en su casa para recibirme, dentro de unas horas. Una llamada a la oficina de Shatzkin me hizo saber que su secretaria estaba allí, ayudando a los miembros más jóvenes de la firma a mantener el orden que se había visto alterado con tan trágico suceso. Se llamaba señorita Summerland, y me comunicó con expresión cansada que pensaba estar aún muchas horas allí. No llamé a la señora Shatzkin. Podría no querer verme. Sencillamente me subí a mi huevo verde motorizado y me dirigí a Bel Air, observando con admiración que la poca gente que iba por la calle estaba casi congelada. Incluso Westwood estaba casi vacío de estudiantes de UCLA.

Bel Air era una urbanización de lo más privado y ostentosa que se podía imaginar, no demasiado lejos de los estudios cinematográficos. Tenía su propia policía y su propia intimidad. Me franqueé la entrada diciéndole al guarda que era de la funeraria y venía a «organizar las cosas» para la familia Shatzkin. Era muy profesional y comprensivo. Me dio a entender que no le importaba demasiado; mi coche le hizo sospechar un poco, pero le dije que lo había pedido prestado mientras me arreglaban el Rolls, pero la tarjeta que le enseñé de «Simon Jennings Brentwood Funeral

Services» era auténtica. Tenía un montón de tarjetas de todas clases que un impresor me había dado, en pago por haber cogido a su cuñada que le había robado un Ford de 1932.

Encontré la casa en Chalon Road, era un edificio de ladrillo de dos pisos, metido en la zona boscosa de una colina. Era impresionante. En un garaje abierto había un chófer que limpiaba un verdadero Rolls y que tiritaba de frío. Llamé a la puerta, y casi inmediatamente me abrió una muchacha mejicana vestida de negro, que aparentaba tanta tristeza que me hizo dudar si sería verdadera.

—Soy Peters —dije muy serio, abriendo la cartera para enseñarle mi identificación, pues sabía que no la miraría detenidamente—. Estoy investigando el crimen y quisiera hablar con la señora Shatzkin.

La muchacha retrocedió, yo avancé y ella dijo que iría a avisar a la señora.

Con el sombrero en la mano y el abrigo puesto tenía el aspecto lo más serio y oficial que podía. Me miré en el espejo del vestíbulo con cierto recelo y seguía haciéndolo cuando oí pisadas detrás de mí y vi a Camile Shatzkin en el espejo. Me volví para mirarla.

—¿Oficial? —comenzó. Era una mujer morena y hermosa, iba vestida de negro, llevaba uno de esos complicados peinados con el pelo estirado hacia arriba. Era un poco regordeta, pero no era bajita. Me recordaba, en cierto modo, a Ana, mi primera mujer, aunque no en algunas cosas. Camile Shatzkin con el ceño fruncido y retorciéndose las manos, con un pañuelo entre los dedos, me recordaba a Kay Francis actuando en un melodrama, y Kay Francis siempre estaba dispuesta para hacer alguna travesura.

—Soy Peters —dije, y antes de que ella pudiera pensar en hacer alguna pregunta, añadí—, Cawelti de la Comisaría ya ha hablado con usted, pero han surgido algunas cosas desde anoche, que necesitan ser confirmadas.

—No estoy segura… —comenzó, volviendo la mirada hacia atrás y buscando a alguien que no aparecía—. Ha sido horrible… horrible… estoy segura de que usted me comprende.

—Completamente —dije compasivo—, pero sólo la molestaré unos minutos.

—Muy bien —repuso, con dolorosa sonrisa, pero no se ofreció a llevarme a otra habitación, ni me invitó a que me sentara.

Hablamos en el vestíbulo decorado al estilo mejicano. Saqué mi cuaderno nuevo e hice como si leyera unas preguntas.

—¿Quién invitó ayer al señor Faulkner a venir aquí? —dije, tan amablemente como pude—. Usted no le había visto antes.

—Bueno, no —repuso, un poco nerviosa—, pero le había visto en las cubiertas de los libros y en los periódicos y Jacques me dijo que iba a venir. Le reconocí en cuanto le vi entrar por la puerta…

Estaba a punto de venirse abajo, entonces salí en su ayuda.

—Comprendo, señora Shatzkin. Tenemos que estar seguros. ¿Puede identificar esta fotografía como la del señor Faulkner? —Saqué mi cartera, y le enseñé una pequeña fotografía.

—Este es el hombre —dijo con un sollozo, devolviéndome la fotografía.

—¿Está segura? —pregunté, cogiéndola y volviéndola a guardar.

—Nunca olvidaré esta cara —repuso, tapándose los ojos.

Bueno, esto era un paso en la defensa de Faulkner. La fotografía que ella había identificado era una de Harry James que venía en la cartera cuando la compré en unos grandes almacenes. Decidí apremiarla un poco más.

—Vamos a necesitar una fotografía del señor Shatzkin —añadí, guardando el cuaderno.

—No tengo ninguna fotografía de Jacques —dijo tristemente—, me gustaría tenerla, bien lo sabe Dios. A él no le gustaban las fotografías.

—Todo el mundo tiene una fotografía suya en algún sitio —dije—. Especialmente un hombre tan importante como el señor Shatzkin.

Los ojos de Camile Shatzkin brillaron con recelo.

—¿Tiene usted alguna fotografía o alguna tarjeta de identificación, señor Peters? —dijo—. Quisiera asegurarme de que no es un periodista que intenta obtener un buen reportaje a costa de mi dolor.

—La única fotografía mía que tengo es de cuando tenía diez años —dije buscando en mi cartera, sabiendo que no tenía ninguna identificación que pudiera convencerla.

—Bueno a lo mejor podemos encontrar alguna fotografía de Jacques de cuando tenía también diez años —repuso ella. El dolor de la viuda había dejado paso a la firmeza. Kay Francis estaba

dirigiendo la compañía y ahora el asunto iba en serio—. Su identificación.

Saqué mi carnet de investigador privado y se lo enseñé.

—Dijo que era oficial de policía —susurró entre dientes, por cierto blancos y perfectos.

—No, no lo dije —respondí—, eso lo han supuesto usted y su criado. Estoy trabajando para el abogado del señor Faulkner y…

—¡Haliburton! —gritó, su pecho se levantó como el de una tiple.

Una figura enorme, con un jersey negro y con una cara tan granítica que parecía esculpida, irrumpió en el vestíbulo desde el interior de la casa. Miró a Camile Shatzkin y a mí, esperando órdenes.

—Un momento —dije, levantando las manos, sabiendo que no tendría oportunidad de salir corriendo según tenía la pierna—. Tenemos derecho legal para interrogar a los testigos, podía haberlo hecho a través de la oficina del fiscal, pero…

—Haliburton —dijo firmemente, y abandonó la habitación.

Era evidente que Haliburton había estado toda su vida levantando coches y colocándolos por orden en estanterías. Avanzó hacia mí sin ruido y sin inmutarse.

—Haliburton —dije—. Sé muy bien cuando me van a dar una buena tunda, me voy…

Me agarró con una mano por el cogote y me lanzó contra la puerta. Sin detenerme a pensarlo, di un codazo hacia atrás levantando el brazo izquierdo en dirección a su rostro a una altura de pocos centímetros. Le alcancé en el gaznate, y me soltó. Luché por llegar a la puerta, arrastrando la pierna, sin mirar hacia atrás. Lo que hice podría considerarse como una huida pero probablemente parecería una carrera de minusválidos del día de la fiesta nacional, el 4 de julio. Oí que la puerta se abría detrás de mí, según me dirigía hacia el coche. El chófer se detuvo, se limpió las manos y me observó desde el garaje abrir la puerta de mi auto y cerrarla justo en el momento en que Haliburton agarraba la portezuela. Estaba terriblemente enfadado.

—No me guardes rencor —le dije, poniendo el coche en marcha, mientras él intentaba romperme el techo del coche a puñetazos. Pude ver cómo lo abollaba. Retrocedí velozmente por la calle, rompiendo un par de arbustos, bien podados. Haliburton debía de

ser el jardinero porque mi ataque contra las plantas le enfureció aún más. Bajó vociferando por el camino y al pasar cogió una piedra. Al llegar a Chalon Road aceleré y conseguí evitar atropellarle. La piedra golpeó el capó, lo arañó al pasar y se estrelló contra el parabrisas, saliendo despedida hacia Urano. Salí de Bel Air, observando por el retrovisor la figura de Haliburton que se desvanecía en la oscuridad.

Otro día, otra amistad conseguida. Dale Carnegie podría haberme contratado por poco dinero, como ejemplo negativo de lo que no se debe hacer. Pero había aprendido algo. Tal vez.

Aunque saliera luego con una identificación más seria por el momento, Camile Shatzkin, que había identificado a Faulkner como el asesino de su marido, no podía distinguir a Faulkner de un trompetista cualquiera.

Me puse a canturrear «Me haces quererte» para no pensar en mi rodilla y me dirigí a la oficina de Jacques Shatzkin en Sunset Boulevard.

La Agencia de Jacques Shatzkin estaba en el último piso de un edificio de dos alturas en Sunset, no muy lejos de Bel Air. En el primer piso del edificio había algunas tiendas muy elegantes, una *boutique* de señoras a un lado y una tienda de productos de importación en el otro. Las escaleras de madera estaban perfectamente barnizadas y limpias. Había veintidós escalones y cada uno de ellos me enviaba un mensaje doloroso a la pierna vendada. El truco sería evitar las escaleras y mantener la pierna estirada.

El área de recepción, tras la pesada puerta de madera, estaba limpia, reluciente y era acogedora. Era tan grande como la oficina de Shelley y la mía juntas y además sobraba sitio para alojar a la Union Station.

No había recepcionista, pero podía oír voces a la derecha, a través de la puerta abierta. Ahora tenía una idea clara de la decoración de las oficinas de Jacques Shatzkin, eran elegantes y acogedoras. Las alfombras eran oscuras y gruesas, las sillas bajas y muy cómodas. Las mesas eran antiguas y brillaban debido a lo bien barnizadas que estaban; las paredes eran de un color marrón claro.

Las luces fluorescentes parpadeaban en el techo. Me recordaba la sala de una funeraria, a no ser por los cuadros que había en las paredes, que representaban a clientes o a allegados y amigos del difunto. Algunas dedicatorias rezaban «Para un hombre bueno.

—Frank Fay», «Para mi amigo Jacques.

—Edward Everett Horton», «No veo en esto nada divertido. —Robert Benchley», «Para un tipo en el que se puede confiar.

—Preston Foster».

Mientras estaba leyendo, una voz me interrumpió. Me volví y me encontré con una mujer esbelta como un junco, seca y de unos cincuenta años, con el pelo moreno y corto y que sonreía francamente. No era ni bella ni vulgar. Era simplemente un rostro más en la multitud, pero se adivinaba su eficiencia en su figura firme, su traje azul impecable y en el modo en que cruzaba las manos ante sí.

—¿Señorita Summerland? —dije.

—Señora Summerland —me corrigió—. Las dedicatorias son sinceras. Esas fotografías no están sólo de adorno, señor Peters… Es usted el señor Peters, ¿verdad?

—Sí, lo soy —confesé.

—El señor Shatzkin era un hombre muy agradable —dijo con afecto, mostrando demasiado dominio.

—No la entretendré mucho tiempo —dije.

—Está bien —repuso, adelantándose y cruzando la puerta donde se había quedado parada—. Por favor, pase a mi despacho. Hay algunos miembros de la agencia que están en la sala de conferencias tratando de solucionar el futuro. Yo prefiero seguir en el pasado, aunque sólo sea por unos días más.

Pasé por delante de ella y entré en el despacho, que era pequeño y estaba decorado de la misma forma acogedora que el área de recepción. Ella pasó detrás de la mesa pero no se sentó. Yo me senté y estiré la pierna, aunque sabía que tendría que mirar hacia arriba para hablar con ella. Podía darme cuenta de que la mujer se encontraba así más a gusto y no quería cometer la misma equivocación que con la señora Shatzkin.

—La Policía cree que William Faulkner mató al señor Shatzkin —dije.

—Lo sé —me contestó simplemente.

—Yo represento al señor Faulkner. Él dice que no lo hizo. No tenía ninguna razón para hacerlo, apenas conocía al señor Shatzkin. —Me callé y la miré, esperando una respuesta.

—Por lo que yo sé —repuso—, y como le dije anteriormente al oficial de policía, sólo se vieron una vez en un almuerzo.

Saqué mi cuaderno y comencé a escribir.

—¿Sabe si discutieron durante la reunión?

—¿Cómo podría saberlo? —dijo—. Yo no estaba allí, y no vinieron por la oficina, por lo menos el señor Faulkner no vino. Simplemente llamó por teléfono, pidió que le pusieran con el señor Shatzkin y entre ellos dos arreglaron la cita. Esta está anotada en la agenda del señor Shatzkin si quiere comprobarlo. Almuerzo con el señor Faulkner el jueves a la una.

—La creo —dije—. ¿Sabe dónde comieron?

—No.

—¿Tenía Shatzkin preferencia por el restaurante Berstein's Fish Grotto?

Pareció extrañada y negó con la cabeza.

—Nunca lo mencionó, dudo que él hubiera ido allí a almorzar, a menos que el señor Faulkner se empeñara en ello. Está demasiado lejos, y al señor Shatzkin no le gustaba demasiado el pescado.

—Un par de preguntas más y termino —dije con una sonrisa.

—¿Sabe de lo que iban a hablar en la reunión?

—¿Por qué no se lo pregunta al señor Faulkner, señor Peters?

—Porque hay algunas cosas que no cuadran. No sé exactamente lo que es, pero hay algo que no me convence.

—Yo no sé lo que querría hablar el señor Faulkner, pero creo que era algo que tenía que ver con su deseo de que el señor Shatzkin le representara.

—Está bien —dije levantándome—. ¿Tiene por casualidad alguna fotografía del señor Shatzkin?

—No —repuso ella con énfasis—. Había una en su despacho, pero la señora Shatzkin mandó a su criado Haliburton a recoger sus cosas, incluida la fotografía de boda que tenía sobre la mesa del despacho.

Había algo raro en la forma en que lo dijo y esto me hizo proseguir. Había hecho hincapié tanto en la palabra «señor» como en «criado». También parecía dar a entender que la viuda podía

haber esperado hasta que el cuerpo se enfriara para quitar todos sus recuerdos.

—La señora Shatzkin identificó a William Faulkner como el hombre que disparó contra su marido —dije.

La señora Summerland se encogió de hombros.

—Creo que estaba mintiendo o que se equivocó —añadí.

—Las dos cosas son posibles —repuso la señora Summerland, mirándome directamente a los ojos—. Pero lo que no es posible es que el señor Shatzkin mintiera, muerto o no. Si dijo que Faulkner le había disparado, es que era cierto. El señor Shatzkin era un hombre tranquilo, un hombre honesto. No era el tipo lanzado y charlatán que algunos… —La compostura de la señora Summerland estaba a punto de deshacerse en lágrimas, desde luego en contra de su voluntad, ya que ella no quería llorar y mucho menos delante de mí.

—Me ha ayudado mucho —dije, cerrando la puerta detrás de mí, justo en el momento en que ella bajaba la cabeza.

El sol ya casi se había ocultado, cuando yo salí a la calle cojeando; hacía un poco menos de frío, pero el tiempo no era lo suficientemente cálido como para que pudiera volver a venderle mi abrigo a Hy O'Brien. Las cosas estaban empezando a amontonarse, y el montón que formaban podía resultar explosivo, especialmente si yo le prendía fuego.

Mi próxima parada era el apartamento de Jerry Vernoff en La Brea, en Inglewood. Era un chalecito de un piso con una pequeña piscina en el centro del jardín y unas cuantas palmeras que pugnaban por crecer ocultando el sol. Llamé a la puerta, sabiendo por experiencia que en semejantes sitios las personas que están dentro notan como si las paredes vibraran con cada timbrazo.

—Ya voy —dijo una voz.

—Soy Peters —dije.

—Muy bien —contestó la voz. Esperé algunos segundos y la puerta se abrió, apareciendo un tipo grande, con bastante buena pinta, con el pelo rubio y liso y esbozando una sonrisa. Sus dientes eran muy blancos. Estaba muy moreno y llevaba la camisa abierta.

—Pase —dijo—. Busque un sitio y siéntese, tengo que limpiarme

las manos, estaba liado con una lata de chiles.

Desapareció, y busqué un asiento. Había un sofá y dos sillas. También había una mesa de juego, que hacía las veces de despacho con una silla. En todos estos muebles había montones de papeles y tarjetas de archivo completamente escritos.

—Quite uno de esos montones, tírelos y siéntese —gritó—. Pero cuide que queden en orden.

Elegí una de las sillas. Quité dos montones de folios mecanografiados, los puse en el suelo y me senté.

—¿Quiere beber algo? —gritó Vernoff, haciéndose oír por encima del ruido del grifo—. ¿Cerveza o Coca?

—Coca mejor —dije.

Volvió con una botella para mí y otra para él.

—No sé ni siquiera cocinar una lata de chiles —comentó con una mueca.

—Ya conozco esa sensación.

—Es horrible —dijo echándose una tercera parte de la Coca.

—¿Trabaja usted con Faulkner? —pregunté.

—Bueno, ahora tengo este encargo. Yo trabajo por libre. Mire todo esto —dijo alargando la mano izquierda, para mostrar las páginas y la pared llena de libros—. El armario del rincón está lleno de carpetas con argumentos. Tengo cientos de ellos. Cielos, tengo miles. Si tenemos en cuenta las posibilidades de mezcla y de unión entre sí, probablemente habrá un millón. Los productores y los escritores me contratan para darles ideas y temas para sus películas. A veces les lanzo temas y variaciones de los mismos para ver si saben usar su imaginación. Me pagan bastante bien. He tenido bastante trabajo estos últimos años.

—¿Y le gusta?

Se encogió de hombros y se bebió otro tercio de la botella antes de mirarme y hacer un gesto.

—No está mal, me valdrá hasta que consiga vender uno de mis propios guiones. Bueno, hablando del viernes, le dije a los polis que había estado con Faulkner en la habitación de su hotel.

—Pero usted dijo que salió de allí sobre las nueve.

—Cierto —dijo Vernoff—. Pero fue para ir a tomarse unas cuantas copas. Ya se sabe que Faulkner bebe bastante. Eso es lo que le perdió la última vez que trabajó aquí.

—¿Por qué no fue con él?

Vernoff se echó a reír, y yo me tomé otro trago de Coca.

—No me invitó. Nuestro Faulkner es un hombre muy suyo y, si le digo la verdad, no creo que a él le gustara trabajar conmigo. Me muevo demasiado de prisa y pienso muy rápido. Se ponía nervioso, pero para eso me pagan, para estimularle y para hacerle pensar y moverse.

—¿Le agrada Faulkner?

—Reconozco que mucho no, ¿y a usted?

—Creo que no —admití—, pero no creo que matara a Shatzkin.

—Ni siquiera sabía que conociera a Shatzkin —suspiró Vernoff —. Shatzkin es mi representante, bueno lo era. No puedo decir que me ayudara mucho, pero era un buen hombre. Todo este asunto no tiene mucho sentido. Creo que ni siquiera escribiré un guión basándome en este caso.

—Tal vez podría inventarse un guión para decirme quién mató a Shatzkin y por qué —dije acabando mi Coca y levantándome.

—Seguro —dijo mientras me acompañaba a la puerta—. Puedo pensar en un montón de ellos. Está todo ahí —dijo señalando al archivo—. Están todos numerados y ordenados para poder buscar lo que se quiera. Oiga, es la hora de comer, ¿quiere compartir conmigo una lata de chiles y un poco de lechuga?

Acepté y nos fuimos a la cocina, que era como una ampliación del cuarto de estar; estaba llena de papeles, recortes de periódicos, libros y apuntes. Despejó dos sitios para que pudiéramos sentarnos y sirvió los chiles en dos tazones, directamente de un sucio cacharro, que vi que estaba quemado por el fondo. Vernoff me contó sus aventuras con varios escritores, incluyendo un trabajo que hizo con F. Scott Fitzgerald, que había estado en su apartamento y que cuando vio todo aquel jaleo, tuvo que tomarse una semana de vacaciones. Yo a mi vez le conté a Vernoff algunos de mis casos más notables, concluyendo con el de Bela Lugosi.

—Tengo aproximadamente unos doscientos argumentos sobre el tema de los vampiros —dijo manchando de chiles una copia del *American Mercury*—. Puedo hacer un guión sobre vampiros en cinco días… bueno, no, en tres días, pero nadie quiere guiones sobre vampiros. Quieren temas de la guerra. Era lo que estaba intentando inculcarle a Faulkner, pero la guerra le ha producido una gran

melancolía y también algo que le pasó a un hermano suyo que murió en un accidente de aviación. La verdad es que me gané mi dinero trabajando con él.

Terminé, nos dimos la mano, y me preguntó si podría ponerse en comunicación conmigo para elaborar algún guión basándose en mis casos. Le dije que de acuerdo y le dejé fregando los platos y buscando la máquina de escribir que tenía momentáneamente perdida.

Me fui hacia casa, porque era más fácil aparecer allí que en mi oficina y quería coger a Gunther. Me crucé al entrar con la señora Plaut y dije:

—Buenas tardes.

Me devolvió la sonrisa y contestó con más afabilidad de la que acostumbraba.

—No se moleste.

Gunther estaba en su habitación, que parecía un anuncio de una revista de decoración. Siempre estaba todo limpio y en su sitio. Los libros de la estantería estaban perfectamente colocados por orden, y rara vez había en su mesa más de uno o dos libros y algún manuscrito.

—Bueno Gunther. ¿Cómo te ha ido?

Sacó su cuaderno y me leyó:

—Ni Shatzkin ni Faulkner reservaron mesa para comer en Berstein's. Fueron allí simplemente a probar suerte y ver si encontraban mesa. Nadie les reconoció ni les recuerda. Los dos platos que pidieron, langosta natural y ensalada de gambas, están en el menú.

Dejó el cuaderno y me miró. Después de pedirle un par de monedas prestadas, bajé al vestíbulo y llamé desde el teléfono público a la comisaría de Wilshire. Pregunté por mi hermano.

—Pevsner —gruñó.

—Soy hermano de Pevsner, hijo de Pevsner y nieto de Pevsner —contesté.

—¿Qué demonios quieres? —replicó, y luego dijo hablando con alguien en la oficina—. Entonces no le registres y llévale arriba y hazle unas pocas preguntas, luego déjale marchar… Está bien,

Toby, ¿qué quieres?

—Escucha —dije—. Tengo algunas cosas sobre el caso Shatzkin que seguramente os gustaría investigar.

—Trátalo con Cawelti —dijo.

—¿No puedes escuchar un momento? —grité—. Me tienes dando vueltas por toda la ciudad; lo menos que puedes hacer es escucharme.

—Habla de prisa —dijo. No sé si sería la guerra, o tal vez el hecho de que se iba haciendo viejo, pero Phil se había ablandado ante una súplica emocional. No me gustaba.

—He visto a la señora Shatzkin, quiere hacer ver que está destrozada, pero no es cierto. No había visto a Faulkner en su vida…

—Solamente cuando entró por la puerta y disparó contra su marido —añadió Phil.

—¿Pero cómo supo que era Faulkner? Cuando le enseñé una fotografía de Harry James, juró que era Faulkner.

—Es una mujer destrozada con muchas preocupaciones —repuso Phil, impaciente.

—Es una mujer destrozada que ha dedicado el primer día de su dolor de viuda a desembarazarse de todas las fotografías de su marido. ¿Por qué hace esto?

—No querrá que le recuerden su dolor —dijo—. ¿Eso es todo lo que has conseguido?

—¿Por qué Shatzkin llevó a Faulkner a comer a la Sexta Avenida? Ni estaba cerca de su oficina, ni a él le gustaba el pescado. Parece como si hubiera querido llevarle donde no le conocieran.

—Eso es lo que a ti te parece —dijo Phil—, para un jurado y para mí, no significa nada más que que fueron a Berstein. ¿Qué tiene eso que ver con lo demás?

—Faulkner dice que Shatzkin le llamó para concertar la cita —seguí—. La secretaria de Shatzkin dice que la idea partió de Faulkner.

—No hemos acusado a Faulkner por una pérdida de memoria o por hablar de sus negocios —gruñó Phil una vez más.

—Está bien —volví a intentarlo—. Faulkner dice que en la cena Shatzkin se comportó como un charlatán vociferante. La secretaria de Shatzkin dice que el muerto era como un gatito.

—¿Dónde te lleva todo eso? —preguntó Phil—. Tenemos todavía la declaración del muerto. La tengo aquí mismo. Le oí revolver algunos papeles y leer. —«Oficial Bowles: “No se preocupe, señor”. Shatzkin: “Faulkner me disparó, William Faulkner; ¿por qué lo hizo?” Oficial Bowles: “Descanse señor Shatzkin”. Señora Shatzkin: “Oficial, fue Faulkner. Entró directamente, y disparó sobre Jacques, sin motivo alguno, sin ninguna razón”». Además encontramos también el revólver en la habitación de Faulkner.

—Alguien está intentando inculparle.

—Un argumento muy original —dijo.

—Y no tenía ningún motivo —añadí.

—Vete a contarle esa historia a Dick Tracy —dijo y colgó el teléfono.

Me gasté unas monedas más y llamé a Vernoff.

—Se me ha olvidado preguntarle algo —dije—. ¿Por qué se fue Faulkner anoche, justo antes de las nueve? ¿Por qué no antes o después? ¿Fue pura coincidencia?

—No recuerdo —dijo Vernoff—. Creo que dijo simplemente que necesitaba un descanso y que volvería al cabo de una hora.

—Gracias. —Colgué el teléfono. Necesitaba hablar otra vez con Faulkner y le debía a Bela Lugosi un día de trabajo. Me tomé unas pastillas de las que me dio Shelly para la espalda y esto me ayudó a volver a la comisaría. Esta vez me llevaron al recinto donde Faulkner estaba sentado en una celda.

—El señor Leib cree que hay posibilidades de que pueda salir bajo fianza a pesar de los cargos —dijo, dejando a un lado el libro que estaba leyendo. El carcelero rondaba impaciente a mi lado.

—Sólo un segundo o dos —dije—. Necesito que me dé algunas respuestas. ¿De quién fue la idea de ir a comer a Berstein’s?

—Ya le dije que fue de Shatzkin —repuso nervioso.

—¿Por qué no subió a la oficina de Shatzkin?

—Porque él bajaba ya cuando yo llegué. No alcanzo a comprender la importancia de estas preguntas.

—Yo tampoco estoy muy seguro —dije. Y estaba claro que el carcelero, gordo y vestido de azul, tampoco lo comprendía.

—Shatzkin le llamó para concertar la cita.

—Exacto.

—El viernes por la noche, cuando estaba trabajando con

Vernoff, ¿de quién fue la idea de tomarse un descanso justamente antes de las nueve?

—Creo que fue mía. Ese tipo me resultaba bastante inaguantable y de momento ya le había soportado todo lo que podía. El hecho de trabajar con él no fue idea mía, sino una imposición del estudio. Llegó a decirme que podría convertir mi obra *Mientras agonizo* en ciento cincuenta guiones. Ese hombre es un peligro para la creatividad.

Me despedí de Faulkner, contuve el impulso de darle un golpe al carcelero debajo de sus cinco papadas y salí cojeando con la impresión de que en todo esto había algo, pero no sabía qué demonios podía ser.

5

De regreso a Hollywood, me detuve en un sitio donde lavaban los coches al minuto; estuve observando cómo unos tipos vestidos de azul fracasaban en el intento de convertir mi Buick jaspeado en una hermosa calabaza; pagué mis cuarenta y nueve centavos y decidí seguir con el caso Faulkner. Le haría a Lugosi una rebaja, o algo parecido, por cada día que no trabajara. Yo necesitaba el dinero, pero no tenía muchas fuerzas y las que me quedaban eran quebradizas.

Me dirigía hacia Van Ness cuando observé que me seguía un Ford oscuro de dos puertas, aproximadamente a una manzana de distancia. El cielo se había nublado rápidamente y la lluvia prometía darle a mi coche un segundo lavado del que ahora podría prescindir. La oscuridad, repentina, me impedía ver quién conducía el Ford. Giré a la derecha en Santa Mónica y luego a la izquierda en Western, conduciendo despacio. Como había previsto, el Ford apareció al cabo de una manzana de casas, ocultándose detrás de un camión de Rainer Beer. Bajé por Fountain y di una vuelta a la manzana, girando sobre dos ruedas, y rezando para que ningún patriota me viera quemando caucho. Había grandes anuncios en los periódicos y revistas diciéndonos que mientras la guerra durara «cada gramo de caucho era un tesoro sagrado». Incluso llevaba en el bolsillo una copia del folleto «Cuatro puntos vitales» sobre cómo hacer durar lo más posible los neumáticos, pero consideré que me encontraba en una potencial emergencia. Arnie, el mecánico rechoncho de la calle Once, podría recauchutarme los neumáticos, si las cosas se ponían feas.

Con el guardabarros derecho haciendo un ruido hubiera asustado a cualquier anciano que estuviera paseando a su perro, di la vuelta a la manzana en unos diez segundos. Teniendo en cuenta a la velocidad que iba, debía de haberme plantado justamente detrás

de él, pero no fue así. Se había ido. Estuve dando vueltas por el vecindario, durante un rato, y después me dirigí a mi pensión en Heliotrope.

Dando por sentado que el Ford oscuro no era un fantasma del pasado lo cual no era una suposición demasiado razonable, entonces lo más seguro es que tuviera algo que ver con el caso de Faulkner. Aquel sábado tan movido había tocado sin duda alguna cuerda sensible. Pero, ¿por qué me seguían? ¿Para ver dónde iba? ¿O con quien hablaba? Seguramente. En aquel momento no era muy probable que me hubieran incluido en alguna lista de víctimas en potencia, pero nunca se sabe. Cuando aparqué una manzana más allá de mi casa, cogí mi revolver del calibre 38 de la guantera, tratando de convencerme de que aún funcionaba; me lo metí en el bolsillo y salí. La lluvia me alcanzó cuando estaba a diez pasos del coche. Era una lluvia fría, que me calaba el abrigo haciéndolo sumamente pesado. La rodilla me aconsejaba que no corriera; anduve despacio y penosamente, desechando los nuevos planes que se me estaban ocurriendo para asaltar a Carmen aquella noche.

Cuando llegué al porche, parecía una enorme esponja. La señora Plaut estaba allí, recostada en la pared, observándome desde arriba mientras yo subía renqueando por las escaleras.

—La lluvia anuncia flores para mayo —dijo alegremente.

—Estamos en enero, no en abril —le contesté.

Me quité el abrigo para librarme del peso, al llegar arriba.

—Ha tenido otra llamada señor Peters.

—¿Otra vez Charlie MacCarthy? —pregunté.

—No, Beylah Lugoshi —dijo con cuidado, pronunciando correctamente—. Esa mujer tenía un acento muy raro.

—Ese hombre, señora Plaut —le corregí—. Es un hombre.

—Creí que era noruega —aventuró.

—¿Es que los noruegos tienen un acento diferente al de los suecos? —Le dije casi sin poder evitarlo.

—Desde luego, era noruego —insistió, volviéndose para mirar, sonriente, a la lluvia.

Las escaleras estaban solitarias, eran altas y empinadas, pero yo tenía que mantener mi promesa; así que subí, con el abrigo en la

mano, el corazón en la boca y el cerebro en marcha.

Rebusqué en mi cartera empapada el teléfono de la casa de Lugosi y le llamé desde el teléfono del vestíbulo. Contestó un niño.

—Por favor. ¿Está el señor Lugosi? —pregunté.

—Diga —repitió claramente.

—¿Está él ahí? —insinué—. ¿O hay alguien que mida más de un metro de altura?

—Está trabajando en una película. Hace de médico.

Alguien le quitó el teléfono.

—Oiga —grité.

—Señor Peters —contestó una voz de mujer.

—Exacto —dije.

—El señor Lugosi está en el estudio Monogram, rodando. Quería saber si usted podría ponerse en contacto con él. Dijo que era muy importante.

—¿Sabe de qué se trataba? —le pregunté, quitándome la chaqueta y observando cómo el reguero que habían dejado mis ropas goteaba escaleras abajo.

—No dijo nada —contestó la mujer. Su voz era agradable, fuerte y eficiente, y pude darme cuenta de que intentaba ignorar al crío que le pedía gritando algo semejante a «Skpupsk» desde el fondo de la habitación. Me dijo dónde estaban los estudios Monogram, aunque yo no necesitaba esa información. Necesitaba otro baño y una toalla grande. Le di las gracias, colgué y me fui a mi habitación, dejando un rastro de ropas húmedas en mi camino hasta el colchón colocado en el suelo. Dos días antes había pensado en ponerme a trabajar en una estación de servicio llenando los coches de gasolina. Ahora nadaba en clientes y en agua.

Diez minutos después me forcé a levantarme y volví a vendarme la pierna, me tragué unas cuantas pastillas más para el dolor de las de Shelly y me puse mi segundo traje, que era muy ligero para el tiempo que hacía y estaba demasiado sucio para presentarme en público. Intenté no pensar en la lluvia que ya estaba avisando a mi espalda para que estuviera preparado. A lo mejor tenía éxito. Era posible que mi vieja teoría de que el cuerpo sólo puede aguantar un único dolor tremendo cada vez, fuera cierta. Pensándolo bien, esta teoría no era mía. La había escuchado una vez en la radio, en un programa en el que había un científico loco que torturaba a una

chica a la que quería convertir en gorila. Creo que tendría que contarle a Phil mi teoría sobre el dolor la próxima vez que tratara de atacarme.

Esperé aún un rato mirando cómo caía la lluvia por la ventana, sabiendo que me separaba del coche un bloque de casas y sabiendo también que el abrigo no me serviría para nada. Me ayudó el tazón de pasas mezclado con arroz inflado y mucho azúcar que me tomé. Me sentí más animado, pero mis pensamientos no mejoraron. Parecía que la lluvia se iba a detener, o por lo menos que se tomaría un descanso para cenar. Dándome explicaciones a mí mismo sobre la responsabilidad y la seguridad financiera, desafié a los elementos escudriñando la calle para ver el Ford oscuro. Había unos pocos coches estacionados en la calle, pero ya estaban allí cuando yo llegué. Casi todos los coches del mundo tienen un color oscuro uniforme, menos el mío. Gran parte de esos coches eran Ford. Me paré en una gasolinera de North Broadway y seguí conduciendo, pasando por el viaducto del río Los Ángeles. Recordé que una vez, en el Instituto de Segunda Enseñanza allá en Glendale nos hablaron de una historia antigua en la que se decía que esto había sido en tiempos el centro de un poblado indio, habitado por los indios gabrielinos. Eran una rama de la gran familia uto-azteca, que se extendió a través de Norteamérica, desde Idaho hacia abajo, a Centro América. Hubo un momento en que había veintiocho poblados indios en lo que hoy es el distrito de Los Ángeles.

Estos indios, según me habían contado, eran de los más pacíficos de Norteamérica. Raras veces combatían. No conocían el robo, y castigaban el asesinato y el incesto con la muerte. Adoraban solamente una divinidad, Gua-o-ar cuyo nombre no se atrevían nunca a pronunciar, a excepción de las grandes solemnidades, y entonces solamente lo susurraban. Los hombres raras veces iban vestidos y las mujeres sólo llevaban pieles de ciervo alrededor de la cintura. Cuando el tiempo era muy duro, los indios se envolvían en pieles de nutrias marinas. Las viviendas estaban hechas de paja trenzada y parecían colmenas. No conocían la agricultura, ni sabían domesticar animales, vivían de raíces, bellotas, salvia silvestre y fresas y, cuando podían cazarlos, de serpientes, roedores, y escarabajos. Sus armas eran palos y garrotes. No sabían hacer arcos. La ciudad de Los Ángeles ha recorrido un largo camino en unos

pocos cientos de años.

En 1942, los estudios Monogram constituían un negocio boyante, con un poco de sitio para el estudio, pero no mucho, y mucho rodaje en los jardines para ahorrar unos cuantos dólares. No tenían una hermosa verja ni un regimiento de guardas uniformados, pero hacían lo que podían para guardar las apariencias. Un viejo que llevaba una chaqueta gris y una gorra y que parecía que había estado montando a caballo durante todo un siglo, corrió hacia mi coche cuando me bajé.

—¿Sí? —dijo.

—Está bien —respondí—. Estoy aquí para ver a Bela Lugosi. Trabajo para él.

—¿Es usted Peters?

—Exacto.

—Dijo que a lo mejor venía. Creí que me estaba tomando el pelo. A veces tiene un sentido un poco retorcido de lo que es divertido.

El viejo me saludó y puso los brazos en jarras. Me sonrió cuando pasé. No necesitaba que me dijera donde podía encontrar a Lugosi. El lugar no era tan grande como para eso. Simplemente seguí la dirección del ruido y pasé por unos edificios bajos, hasta llegar a un estudio de sonido, cuyo tamaño sería aproximadamente la mitad de cualquiera de los de la Warner Brothers. Aparqué en un espacio reservado para Sam Katzman, detrás de un camión cuya puerta trasera estaba completamente oxidada, y me dirigí a la entrada, lo más rápidamente que me permitía mi pierna dolorida. Este intento de velocidad respondía al deseo de estar calentito sin llevar abrigo, no por ningún celo especial por el trabajo que tenía entre manos.

La luz que había sobre la puerta estaba apagada, lo cual quería decir que no estaban rodando. Había dos tipos, un oriental y otro que era enorme, hablando frente a la puerta; estaban comentando el partido entre los Chicago Bears y los Pro-All-Stars que se jugaría al día siguiente. El tipo oriental estaba diciendo algo sobre Sammy Baugh cuando yo entré por la puerta.

El escenario estaba bien iluminado, la puesta en escena consistía en una jungla, muy divertida, con una cabaña pequeña. Había tres

tipos agrupados en torno a una cámara, y por su aspecto parecía que estaban teniendo algún problema. Lugosi vestido de oscuro y con un maquillaje muy espeso, estaba sentado en una canasta fuera del alcance de los focos, fumándose un puro. Cuando me vio, se levantó y vino hacia mí entre las sombras, alejándose de los demás.

—Ah, Peters, qué bien que haya venido. No pude dar con usted y no quería dejarle ningún recado en su casa por razones que sin duda entenderá.

Estaba nervioso y esto afectaba a su acento extranjero, que se hacía más evidente. La palabra duda le salió como «dada», pero no costaba ningún esfuerzo adivinar la inquietud que sentía.

—Esta mañana, antes de salir para el estudio —dijo, moviendo el puro—, recibí una llamada telefónica, era un hombre, una voz que no conocía, con un cierto acento, si me quiere creer, aún más acusado que el mío. Este hombre me dijo: «Vamos a cogerle ahora, sólo le quedan unos días de vida». Luego dijo que yo sabía quien era.

—O tenemos otro jugador —dije—, lo cual no es muy probable, o nuestro amigo ha dado otro paso y cambiado su sistema: ahora amenaza directamente por teléfono.

—¿Cree que debo dar parte a la policía, y solicitar protección? —preguntó.

—Puede intentarlo, pero no creo que saque nada en limpio y la policía no va a estarle protegiendo siempre. Ni siquiera yo puedo hacerlo. Lo que hay que hacer es encontrar a nuestro amigo lo antes posible. Me pondré a ello.

—Gracias —dijo Lugosi muy serio, estrechándome la mano.

—Preparado en unos minutos, Bela —dijo una voz de los del grupo que rodeaba la cámara. Lugosi agitó la mano para darles a entender que estaba dispuesto, y una mujer joven, con un guión en la mano, entró por la puerta del escenario y llamó a los dos hombres que estaban afuera.

—Perdóneme —dijo Lugosi—. Tenemos que trabajar rápidamente. El tiempo es oro, soy el actor más caro de la película, y el presupuesto es modesto.

Le acompañé hasta el decorado mientras que el oriental que había mencionado a Sammy Baugh, se puso delante de los focos esperando a Lugosi.

—¿De qué trata la película? —pregunté.

—Se trata de una epopeya muy oportuna escrita la semana pasada y aún no se ha terminado. Se llama *El Dragón negro*. Yo hago el papel de un cirujano plástico que transforma japoneses en occidentales para que puedan hacer espionaje en América. Al final tengo que sufrir una justicia poética por mis delitos. Continuará. Me miro por la mañana en el espejo y me digo a mí mismo: ¿Cómo puede ser que hayas representado alguna vez a Cirano y a Romeo? Siempre pasa lo mismo. Cuando una empresa cinematográfica está en números rojos vienen a mí y me dicen: «Venga, vamos a hacer una película de terror». Y eso es lo que siempre hacemos, lo que yo hago siempre. Y me esmero. Ese es el truco. —Se ajustó la corbata y dio una última chupada al puro—. Siempre hay que actuar en serio, no importa cual sea el material y hay que hablar despacio, para permanecer más tiempo en escena.

Lugosi se irguió transformando su rostro con una sonrisa diabólica y se metió bajo los focos.

—Me pondré en contacto en cuanto consiga algo —dije. Asintió comprensivamente—. Y pondré a alguien para que vigile la casa, por si acaso…

Dicho esto, se dio media vuelta, abandonó su cinematográfica sonrisa, y me dedicó una verdadera que le devolví. Entonces una voz gritó: —Silencio en la escena— y yo salí por la puerta.

Entré en un bar donde daban tacos mejicanos y me senté en un rincón junto a una ventana desde donde podía observar el Ford oscuro que me había vuelto a seguir, y me puse a pensar. Pensé que estaba comiendo demasiado, como hacía siempre que tenía un trabajo; ahora, con dos trabajos estaba comiendo aún más. Pensé que el tipo que iba en el Ford oscuro a lo mejor no tenía nada que ver con el caso de Faulkner. También con suerte podría ser el amigo de Lugosi. Pensé que los Ángeles era un extraño lugar para trabajar, y que aquí la gente buscaba la forma más complicada para morirse.

Pensé en Billie Ritchie, el imitador de Charles Chaplin, que había muerto por las heridas internas que le habían producido el ataque de unos avestruces cuando rodaba una película. Seguí pensando hasta que la mente me dolió casi tanto como la rodilla, y

supe que estaba dispuesto. Dispuesto para tomarme otra Pepsi más y un último taco antes de ponerme a jugar otra vez a las persecuciones con el Ford.

Ya había oscurecido, cuando le perdí de vista. Era fácil perderle porque no quería ir muy pegado a mí. Estuve haciendo planes para poder echarle una buena mirada al día siguiente si seguía con el juego. Sería la mejor pista que jamás había tenido en uno de mis casos.

De nuevo en casa, traté de evitar a la señora Plaut y le pedí prestadas a Gunther un puñado de monedas. Al día siguiente era domingo. Gunther se ofreció a ir a Bel Air y vigilar a Camile Shatzkin, e incluso a seguirla si salía de casa. No tenía muchas esperanzas de que pasara nada, pero por lo menos, a través de Gunther, seguiría en el caso. El coche de Gunther era un Oldsmobile del 38, con el asiento más alto de lo normal y pedales especiales más largos, arreglos que le había hecho Arnie, el mecánico, por un precio razonable. El coche no era muy llamativo, pero para un trabajo de vigilancia, no era un enano la persona más idónea. Pero no tenía elección. Llamé a Jeremy Butler, el casero poeta de mi oficina y le pedí que se pasara el domingo vigilando la casa de Lugosi, por si acaso la amenaza fuera real. Butler escuchó la historia que le conté y me dijo que aparcaría discretamente, enfrente de la casa, con un libro en la mano y con los ojos abiertos, observando la casa. Un tipo que es casi un gigante no es menos llamativo que un enano, pero como ya he dicho, no tenía mucho para elegir y como guardaespaldas Jeremy Butler no tenía igual. No podía decir lo mismo de su talante poético. Las últimas monedas que me quedaban las empleé para llamar a North Hollywood, donde mi cuñada Ruth contestó al teléfono.

—Ruth, hola, soy Toby. He pensado que podía llevar mañana a los niños a ver *Dumbo*, si no van a hacer otra cosa.

—Estoy segura de que les gustará mucho, Toby. ¿A qué hora pasarás a recogerlos?

—Sobre las doce. Los llevaré primero a comer.

—Los tendré preparados —dijo y colgó el teléfono.

Debajo de donde me encontraba estaba empezando la partida de póquer de todos los sábados, presidida por la señora Plaut y en la que jugaba un cartero retirado que era siempre el gran ganador.

Una vez tomé parte en el juego, y comparé la experiencia con la que tendría Alicia cuando tomaba el té en el País de las Maravillas. Tenía la rodilla un poco mejor. Apagué la luz, me acosté y escuché la lluvia, que volvía a resonar sobre el tejado, y la radio. El locutor que daba las noticias estaba diciendo «En Filipinas las tropas de asalto del general Douglas Mac Arthur están manteniendo una encarnizada y valerosa batalla contra terribles dificultades en la isla fortaleza de Corregidor, a la entrada de la bahía de Manila. Han llevado a cabo con éxito el tercer bombardeo sobre la isla».

El alto mando chino informaba que habían caído 52.000 japoneses, pero los japoneses habían tomado Changsha. Los rusos seguían haciéndole la vida imposible a los nazis, pero los ingleses estaban teniendo pérdidas a 500 kilómetros de Singapur.

Apagué la radio y me dormí, pensando si habría algún lugar en el mundo donde no hubiera guerra. Tuve tres sueños. Uno tenía lugar en Cincinatti. Un vampiro volaba a través de las calles arrojando pequeñas bolitas de acero, el que las tocaba o era golpeado por ellas se convertía en piedra. El segundo sueño tenía algo que ver con aeroplanos y una pequeña habitación y el tercero me sorprendió por su brillantez, era algo que tendría que recordar por la mañana para poder contárselo a Jerry Vernoff la próxima vez que le viera, si es que lo hacía. Sería una trama perfecta. Implicaba un crimen en una habitación cerrada. La víctima era aporreada hasta la muerte, pero no había ningún arma. Solamente la víctima y el asesino. En el sueño imaginé que el asesino, que se parecía algo a mi hermano Phil, congelaba un plátano enorme, lo empleaba como arma, y luego se lo comía con piel y todo. La víctima se parecía a mí.

Cuando me desperté cogí los pantalones y el cuaderno para anotar el sueño y luego lo pensé mejor. No me pareció una idea tan buena en una mañana de domingo, con la luz entrando a través de las ventanas y la boca con la lengua sucia.

Tenía la pierna rígida, pero no me dolía terriblemente si no la movía. Me vestí y me tomé un gran tazón de trigo tostado mientras leía las historietas dominicales del *Times*. Me salté las noticias «Un jeque siniestro» iba a acuchillar a Tarzán. Dixie Dugan intentaba

quitar a su padre de su poltrona y Fritzie Ritz y Phil se iban de paseo. Joe Palowka se alistaba en la Armada y Tiny Tin era arrojado dentro de un tarro de mermelada por Hoppy. También me distraje con el suplemento de humor del periódico leyendo a Brenda Starr, Spocky y Texas Slin, mientras me tomaba otro tazón de trigo tostado.

Cuando llegué a la casita de mi hermano en Bluebelle, en North Hollywood, casi era mediodía. El pequeño estaba gateando por el cuarto de estar con un candado en la mano y me sonrió enseñándome cuatro dientes. Vinieron Nate y Dave que estaban preparados para salir. Traté de no compararles con Phil y conmigo. Dave acababa de recuperarse de un accidente de coche, que se había sumado a la carga financiera de los Pevsner.

—¿Mataste a alguien ayer, tío Toby? —preguntó alegremente Dave.

—Eres un estúpido —estalló Nate—. Todos los días no mata gente. Los mata muy raramente.

—Casi nunca mato a nadie —corroboré.

Cogí al niño en brazos, me golpeó con el candado que era pequeño pero pesaba mucho, e hizo una mueca. Yo estaba haciendo muecas a mi vez, cuando entró Ruth en la habitación, con el aspecto habitual en ella: flaca, cansada, con el pelo teñido de rubio, que se le caía sobre la cara y una amable sonrisa. Di un paso adelante y vi a Phil en la mesa de la cocina, con la cabeza metida en las historietas del periódico para evitarme.

—¿Qué te ha pasado en la pierna, Toby? —dijo Ruth, con cierta preocupación.

—Le han disparado —exclamó Dave—. Seguramente habrán sido los nazis.

—Sí, los nazis —acepté, lo suficientemente alto para asegurarme de que Phil me oyera—. Me atacaron cuando puse sin querer los pies sobre la mesa de su espía secreto.

Ruth movió la cabeza, pensando que estaba haciendo una broma, y dispuesta a tolerármela. Le entregué el niño a Ruth y éste me asestó un golpe final con el candado, y le prometí traer a los niños sobre las cinco.

—Saluda a Phil de mi parte —dije al salir.

—Tu coche tiene un aspecto muy elegante —comentó Dave.

—Gracias —le dije, ayudándole a subir. Cuando íbamos de camino, me aclaré la garganta y dije—: ¿Queréis ver *Dumbo* o una película de terror?

—De terror —respondieron los niños al unísono.

—Está bien —consentí—. Pero tenéis que decirle a vuestros padres que habéis visto *Dumbo*. Es que tengo un caso entre manos. ¿Vale?

Los niños estaban de acuerdo. Me dirigí al cine de adobe de Sam Billings. Comimos en un bar especializado en tacos mejicanos que había al otro lado de la calle. Nate se quejaba de dolor de estómago mientras esperábamos en la cola. Esta estaba formada por niños de todas las edades, unos pocos adultos y un montón de ruido. Cuando llegamos a la taquilla le pregunté a la taquillera dónde podría encontrar a Billings, y me dijo que había salido, pues tenía una cita con el dentista.

—Niños —dije—. Os voy a dar un cuarto de dólar para caramelos. Ved dos películas y esperadme en la acera, junto al cine cuando acabe. ¿Qué películas vais a ver?

—*La rebelión de los zombis* —sonrió Dave.

—*Dumbo* —contrarrestó Nate sabiamente.

En quince minutos llegué al edificio Farraday y dado el estado de mi pierna cogí ascensor. Esto me llevó otros diez minutos. Los ruidos resonaban en el edificio vacío, pues era domingo por la mañana y yo sabía que ni siquiera Jeremy Butler rondaba por el vestíbulo. Estaba vigilando la casa de Lugosi, preocupado seguramente, pensando que había alguien pintarrajeando las sagradas paredes que me rodeaban.

Cuando entré Billings estaba realmente temblando en la silla, con Shelly revoloteando por encima de él.

—¿Toby? —preguntó Shelly, volviendo las gafas en dirección a mí.

—Exactamente —dije. Billings miró hacia mí. Sus ojos mostraron que me reconocía.

—He encontrado el libro de que te hablé —continuó Shelly limpiando un espejo de plata, soplándolo, antes de metérselo a Billings en la boca.

—Está ahí encima. *Defensa aérea civil* del teniente coronel A. M. Prentiss. Habla de todos los tipos de bombas y de los medios para defenderse de ellas.

—Magnífico —dije, acercándome—. ¿Cómo está la boca del señor Billings?

—Es un caso terrible —me dijo Shelly en un susurro que podía oír, no solamente Billings, sino todo el que estuviera por el pasillo—. Tiene mucho trabajo, está muy mal. Nunca he visto una cosa semejante. Lleva colmillos falsos. Eso le hace morder hacia fuera. ¿Te lo imaginas?

—Sí —dije—. Fui yo quien te lo envió, ¿te acuerdas?

—Es cierto —asintió Shelly, buscando la colilla de su cigarro que estaba por algún sitio entre las revistas y los instrumentos.

—¿Puedo hacerle algunas preguntas al señor Billings? ¿Unas preguntas rápidas? —dije, en atención a la tarea profesional de Shelly.

—Pregunta, pregunta —canturreó Shelly, mientras continuaba la búsqueda.

—Señor Billings necesito su ayuda —dije, Billings intentó sentarse, pero la silla estaba inclinada, y Shelly le agarró y le echó para atrás con firmeza. No quería que éste se le escapara.

—Señor Billings —insistí, acercándome—. Necesito los nombres y direcciones de todos los miembros de los Caballeros negros de Transilvania. Necesito los nombres reales y las direcciones auténticas, y las necesito rápido.

—Señor Peters —exclamó, en un tono enérgico de protesta—. Eso no es posible. Los Caballeros negros de Transilvania no es un club, es un compromiso sagrado. Está formado solamente por personas que creen en los vampiros y que están decididos a que la imagen del vampirismo sea respetada. El mundo siempre ha estado lleno de gentes que no quieren conocer la verdad. Tenemos que mantener nuestra identidad en secreto hasta que el mundo esté preparado para aceptar la verdad.

—Esto es urgente —dije, acercándole mi cara y enseñándole mis dientes apretados.

Billings parecía estar decidido, así que seguí intentándolo. Yo estaba dispuesto a lograr mi propósito aunque tuviera que torturarle para sacarle los nombres, lo que no creía que fuera difícil ni

necesario.

—Señor Billings —insistí—, alguien ha estado intentando asustar a Bela Lugosi, y tengo razones para creer que es uno de sus Caballeros negros. Ayer Lugosi recibió una llamada en la que le amenazaban de muerte. Esto es un asunto grave.

Billings abrió los ojos con asombro y se puso pálido cuando mencioné la llamada telefónica. No sabía por qué aquella parte de la historia tenía que haberle afectado, pero así fue.

—No lo entiendo —dijo escupiendo saliva.

—Yo tampoco, pero voy a descubrirlo. Ahora, o me da los nombres y las direcciones para salvar el buen nombre de la organización, el sentido del decoro, y la tranquilidad de Lugosi, o le aplasto la nariz y se la dejo como un duplicado de la mía.

—Y es capaz de hacerlo —afirmó Shelly por encima del hombro, luego siguió tarareando.

Billings me dio los nombres y las direcciones y las apunté en mi cuaderno.

—Gracias —dije, dándole una palmada en el hombro—. Shelly le hará el descuento que hace a sus pacientes preferidos. ¿Verdad Shel?

—De acuerdo —asintió Shelly, deseoso de volver a su trabajo en la boca deshecha de Billings—. Definitivamente voy a escribir un artículo sobre esto. Un tipo que se ha deshecho la boca por llevar colmillos de vampiro. Lo voy a llamar «El síndrome del vampiro», va a ser una primicia en odontología.

—Suena muy bien —dije, yendo hacia la puerta—. Está en buenas manos, señor Billings.

Las manos regordetas de Billings se alzaron como respuesta a mi despedida, y me dirigí hacia la puerta. Antes de llegar allí, Shelly dijo que tenía una llamada de Jerry Vernoff. Volví a mi oficina y le llamé.

Contestó al cabo de una docena de llamadas.

—Vernoff —dijo con una voz profunda, de hombre de negocios que no reconocí.

—Soy Peters —dije.

—¡Oh! —contestó, y su voz volvió a la normalidad—. Creía que era Zugsmith, el productor. He oído que tiene un serial de espías y necesita que se le haga el guión. Le he llamado antes. He estado

recortando artículos sobre espías de los periódicos del año pasado; son una mina de diamantes en cuanto a temas de espionaje; lo suficiente como para mantener cinco series a la vez. —Su voz estaba muy excitada.

—Parece tremendo —dije—. ¿Me había llamado?

—Sí —contestó—. Pensé que podía tratar de ayudar en el caso Faulkner. Si yo no le hubiera puesto tan nervioso, no se hubiera ido, y, o bien habría tenido una coartada, o no habría matado a Shatzkin.

—Prefiero la opción de la coartada, —dije.

—Traté de encontrar un camarero que recordara haberle visto —dijo Vernoff—. No tuve suerte. Busqué una criada o algo en el hotel, pero nada tampoco. Hay un ascensorista que cree que vio a Faulkner sobre las nueve, pero no está seguro. Seguiré detrás de él, y a lo mejor estará más seguro, a menos que usted quiera hablar con él.

—No —dije, palpándome la rodilla para estar seguro de que podía moverme con una mínima apariencia de normalidad—. Siga con ello. No parece que nos vaya a llevar muy lejos. Aunque el ascensorista estuviera más seguro, le echarían abajo en un juicio, si llegara a celebrarse alguno.

—Es un gran material para un guión —dijo Vernoff—. Bueno, no quiero parecer siniestro ni nada de eso, pero un hombre no puede dejar de pensar desde el punto de vista profesional. ¿Sabe lo que quiero decir?

Sabía muy bien lo que quería decir. La mayoría de la gente, hacía mucho que había dejado de ser gente para mí. Eran víctimas en potencia o asesinos. Eso era todo lo que había en el mundo, excepto los deslumbrados y los confundidos semiculpables que vagan por la vida. El mundo no era un lugar con unos cuantos rincones oscuros, sino un lugar con innumerables sitios para esconderse.

—Lo sé —dije—. Llámeme si encuentra algo. Acepto y agradezco cualquier ayuda que pueda obtener, y se lo haré saber a Faulkner.

—Está bien —repuso—. Y si usted descubre alguna cosa, me agradaría que me lo contara. No puedo dejar de sentirme un poco culpable por lo que le pasó a Faulkner.

—Lo sé —dije.

—Voy a cortar ya —repuso Vernoff riendo—. Zugsmith puede estar intentando ponerse al habla conmigo.

Colgué para que Vernoff pudiera pasar unos minutos, unas horas o tal vez toda la vida esperando aquella llamada. Probablemente Vernoff había empleado muchos años de su vida esperando que aquel teléfono sonara para poder colocar algún guión.

6

La lista era corta, no tenía ni números ni domicilios, únicamente profesiones o negocios.

> Bedelia Sue Frye, Escuela de Personalidad *Plus Beauty* en Tarzana.
>
> Wilson Wong, restaurante cantonés *Luna nueva,* situado en la Séptima Avenida de Los Ángeles.
>
> Simón Derrida, *El arenque rojo,* en Glendale.
>
> Clinton Hill, *Hill y Haley contratistas*, Beverly Hills.

Era una lista que abarcaba un amplio espectro tanto social como geográfico. Como era domingo, no había muchas posibilidades de encontrar a ninguno en su trabajo. Por otra parte, tenía aún tres horas y media hasta que fuera a recoger a Nate y a Dave. Y como los restaurantes abren los domingos, seguramente Wilson Wong estaría en el suyo. El día se había templado bastante con el sol y mi disposición de trabajo había crecido en la misma medida. Haber actuado a lo Alan Ladd, con Billings también había hecho maravillas con mi ego. No todo el mundo se atreve a amenazar a un supuesto vampiro, bajo, gordo e indefenso, sentado en la silla del dentista.

El *Luna nueva* tenía su propio aparcamiento en el que había ocho coches. La fachada del restaurante era de madera y estaba pintada de rojo, al estilo de los últimos años de Charlie Chan. El interior era oscuro y estaba lleno de clientes, que hablaban en voz baja mientras tomaban un almuerzo tardío.

Al entrar, un chino enjuto y con una pequeña y educada sonrisa vino hacia mí.

—¿Cuántos son ustedes? —preguntó.

—Ninguno —contesté, intentando parecer algo rudo. Aún tenía en la cabeza el recuerdo de Alan Ladd—. Quiero ver a Wilson Wong. Es un asunto privado, de negocios.

—Está bien —dijo el camarero, y me invitó a seguirle por entre las mesas. Me llevó hasta una puerta que había al final del pasillo, más allá de los servicios de señoras y de caballeros.

Llamó a la puerta y esperó.

—¿Le gusta el fútbol? —me preguntó el camarero mientras esperábamos, y volvió a llamar.

Le dije que sí.

—Es un problema vivir en California —me confió—. No hay mucha afición. ¿Cree que los Bears zurrarán a los All-Stars?

—No —dije—, con Bough de defensa, será una suerte si ganan los Bears.

—Puede —dijo dubitativamente, al tiempo que se abría la puerta descubriendo a Wilson Wong, que llevaba traje y corbata oscuros, propios de un hombre de negocios y que me dirigió una mirada de sorpresa.

Los dos hombres intercambiaron algunas palabras en chino y Wong, cuando se fue el camarero, se volvió hacia mí.

—Entre por favor, señor Peters —dijo—. Se llama usted Peters ¿verdad?

—Exacto —repuse, mientras él cerraba la puerta a nuestras espaldas.

Aquella habitación parecía más una biblioteca que una oficina Había tres paredes cubiertas de libros. Si había una ventana, también debía de estar tapada por los libros. En un rincón se encontraba un buen sillón para leer con una luz encima y, a la derecha, había una mesa de despacho con varios montones de notas, perfectamente ordenadas. Wong me ofreció una silla y me senté. Se acomodó cerca de mí, rechazando el sillón de lectura, de modo que pudiéramos estar al mismo nivel de comodidad o de ausencia de ésta.

Dos noches antes, en el sótano del cine, Wilson se había mostrado pesado como un moscardón. En su despacho, sin embargo, me pareció todo lo contrario.

—Creía que nuestros auténticos nombres iban a ser mantenidos en secreto —dijo—, pero no me sorprende, el señor Billings no es una persona de las más discretas. ¿Puedo ofrecerle café o té?

—Té —dije, pensando que sería lo más apropiado en un escenario semejante.

Wong fue al teléfono, oprimió un botón, y dijo algo en chino. Supuse que, o bien estaba ordenando que trajeran el té o que vinieran a asesinarme, lo cual dependía de que me hubiera dirigido al auténtico sospechoso o al que no lo era. Se acomodó en la silla y me miró con curiosidad.

—Vamos a ver —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Lo más fácil es que yo le cuente mi historia y usted procure darme algunas respuestas —dije. Le pareció bien, así que me puse cómodo, lo que quiere decir que dejé que la pierna enferma me colgara libremente, y le relaté el caso de Lugosi, y el papel que yo representaba en él. Me escuchaba y asentía, y solamente se detuvo para contestar cuando llamaron a la puerta, trayendo una bandeja oscura con el té. Puso la bandeja sobre la mesa y sirvió dos tazas.

—Me temo que no le podré ayudar mucho, señor Peters —dijo —. A menos que quede usted convencido con esta visita, me elimine de su lista de sospechosos y, de esa forma, simplifique su tarea.

—Esta puede ser una forma —dije—. Ahora, ¿cómo puede convencerme de que no tiene ninguna razón para molestar a Lugosi?

—De una manera muy fácil, creo —contestó Wong, con una sonrisa—. No siento prácticamente ningún interés por Lugosi. Si echa un vistazo a las estanterías, descubrirá dos tipos de libros, tanto en inglés, como en chino. Muchos de ellos tratan sobre temas sociológicos, otros son históricos y la mayoría tratan de lo oculto. Aunque este negocio es mío, por herencia, y estoy muy orgulloso de él desde un plano familiar, lo que más me interesa es el estudio de los grupos sociales, de los distintos cultos, si quiere, que emplean el ocultismo como punto de referencia. Aunque no presumo de ello especialmente, soy doctor en Sociología por la Universidad de California del sur y doy clases en la Universidad. También he escrito dos libros sobre el tema que estamos tratando, para la editora de la Universidad de California.

—Entonces no está especialmente interesado…

—No —continuó, interrumpiéndome—. El grupo en sí es interesante, pero ya he sacado de él todo lo posible, y estoy pensando en apartarme de ellos, aunque me resulta difícil, debido a que somos muy pocos miembros. Acaba uno por tomarles afecto y por comprenderles.

—Los Ángeles debe de ser un buen sitio para desarrollar su trabajo —dije, tomándome la taza de té y llenándola de nuevo.

—Sí, realmente lo es —corroboró Wong—. Yo creo que esa fue una de las razones por las que me interesé en esta especialidad. Hubiera sido una locura tratar de estudiar la vida social de los esquimales, teniendo como base Los Ángeles.

—Ya le comprendo —dije—. ¿Podría darme alguna idea o alguna sugerencia sobre quién, de los del grupo, puede ser el que estoy buscando? Lo único que sé acerca de los vampiros, es lo que he visto en las películas y lo que aprendí leyendo *Drácula*, cuando tenía veinte años.

Wong se levantó y fue hacia su escritorio, con un suspiro, para buscar algo.

—Como muchos de los grupos de la baja California —dijo—, éste está compuesto por individuos bastante ignorantes del tema en el que están tan interesados, lo que me lleva a la conclusión de que se han comprometido, no por su creencia en los vampiros, ni por la ciencia vampirística, sino más bien por representar ese papel y disfrazarse. Por ejemplo, ninguno de los miembros de los Caballeros negros conoce en absoluto los ritos de los aztecas, que tuvieron lugar en este mismo sitio hace cientos de años, ritos que están más cerca del vampirismo y de su significado, que de Drácula. Los aztecas sacrificaban normalmente a las mujeres jóvenes y a los niños y consumían su sangre y su cuerpo, en la creencia de que esto prolongaría sus propias vidas.

»El vampiro chino —continuó, buscando todavía algo en su escritorio— es aún más terrible que el vampiro de Transilvania. Se dice que el cuerpo del vampiro chino está recubierto de un pelo blanco verdoso, que tiene largas garras y que le brillan los ojos. Los vampiros chinos pueden volar, sin tener que convertirse en animales. Para que un cadáver no se convierta en vampiro, hay que alejar de ellos a los animales, especialmente a los gatos, y los rayos del sol o de la luna no deben tocarlos, pues si lo hacen, el cuerpo

recibirá el Yang Cor y podrá levantarse y devorar a los demás.

—Es fascinante —comenté, dejándome caer sobre la pierna.

—Bueno, pero usted en lo que está interesado es en el grupo —dijo—, y no en convertirse en un historiador de vampiros. Yo le sugiero que, por lo que he podido deducir, partiendo de mi experiencia pasada, el individuo bajo y delgado que tiene acento neoyorquino, no es un creyente, aunque a decir verdad no sé lo que intenta sacar del grupo; ciertamente, no es un erudito. ¡Ah!, aquí está.

Wong sacó una hoja de uno de los montones de papeles que tenía ante sí.

—He tomado algunas notas sobre los miembros y pensaba elaborar un historial, pero no muy profundo —dijo—. Obtener los nombres no supuso un gran problema, aunque no pensaba emplearlos en mis trabajos. Sin embargo, tener algunos antecedentes sobre ellos podría resultarme útil. Si usted obtiene alguna información que pudiera ayudarme y, si eso no viola su código moral, me gustaría pagarle alguna cantidad por la investigación.

—Lo pensaré —dije—. No estoy muy seguro de cual es mi código moral sobre este asunto. ¿Qué hay de la mujer?

—Sí —dijo Wong, mirando la hoja—, Bedelia Sue Frye. En cierto modo, es un ejemplo interesante, cumple perfectamente con su papel; en las reuniones es un vampiro perfecto, nunca tiene un fallo ni un descuido, pero el vampiro que representa no tiene ninguna significación histórica o mítica, es simplemente un vampiro de película. Puede ser una posibilidad concreta para usted, señor Peters.

—¿Y Hill? —dije, refiriéndome al tipo alto que no había hablado nada.

—Supongo que le gusta mirar —dijo Wong—. Es respetable de día, pero le gusta hacer algo arriesgado, aunque no demasiado. Necesita tener un secreto. Nunca se siente a gusto cuando participa en alguno de los rituales, que son demasiado ingenuos, pero sí le satisface mucho observarlos. Otra posibilidad para usted, señor Peters.

—¿Y Billings? —dije.

—Es un hombre triste, incapaz de satisfacer una fantasía que

supera con mucho sus capacidades. Decididamente es un hombre triste. Pero esta observación está hecha desde fuera. Yo considero que su estado natural es la tristeza. Me resulta difícil saber si él es consciente de su propio estado.

—Bien, señor Wong —repuse, levantándome sobre la pierna que tenía increíblemente rígida—. Me ha ayudado mucho.

Se acercó a mí, tendiéndome la mano.

—Entonces, ¿debo comprender que ya no soy sospechoso? —preguntó.

—Sigue siendo sospechoso —repuse—. La única manera de salir de mi lista, sería convirtiéndose en víctima, y aun así, seguiría siéndolo.

Wong se echó a reír.

—La investigación académica perdió una buena oportunidad cuando usted decidió hacerse detective —dijo.

—Yo no lo decidí —contesté, siguiéndole hasta la puerta—. Simplemente ocurrió.

Wong me acompañó a través del restaurante y hasta la puerta principal.

—Si puedo proporcionarle alguna ayuda más —dijo—, venga a verme con entera libertad, por favor.

Se lo agradecí y me volví para irme. El aparcamiento no estaba tan lleno como antes y no había nadie a la vista cuando llegué a la puerta del coche. De repente, el cielo se oscureció o una sombra pasó ante el sol. Por lo menos eso me pareció a mí. Miré hacia arriba para ver lo que era. Lo que vi debió de haberme puesto en movimiento, pero no fue así. Simplemente, me dejó congelado donde estaba. De pie sobre mi Buick, había una figura con una capa negra. Como el sol estaba directamente detrás, no podía ver sus facciones. Saltó sobre mí, blandiendo algún objeto en la mano. Finalmente mi cuerpo reaccionó, me tiré al suelo de bruces y rodé, recibiendo así en la cabeza solamente parte del golpe que me asestó con el objeto que esgrimía. La figura oscura volvió a intentarlo y yo me cubrí el rostro y la cabeza con el brazo, al tiempo que rodaba sobre la grava del aparcamiento.

—Nosferatu —sonó la voz familiar de Wilson Wong y la tétrica

figura de la capa se volvió hacia él. El tipo de la capa lanzó el arma reluciente contra el profesor chino, que cayó al suelo y lanzó una zancadilla muy bien calculada contra la pierna de nuestro vampiro diurno. El tipo perdió el equilibrio y enderezó el arma antes de darse contra el suelo, se levantó y salió corriendo por la calle con su capa ondeando al viento.

—¿Está usted bien, señor Peters? —preguntó Wong, sentándose con el traje hecho una pena.

—Eso creo —repliqué, uniéndome a él y palpándome la cabeza que me sangraba.

—¿Eso era judo? —pregunté.

—No —dijo, ayudándome a levantar—. Yo pertenecí a un equipo de lucha de la Universidad de California del Sur. Fue simplemente una zancadilla. Pero los años me han respetado. Tuve suerte. Lo mejor será que le vea un médico.

Me toqué la cabeza, intentando establecer el alcance de la herida, de acuerdo con mi experiencia. Koko, el payaso, estaba colgado sobre mi hombro, preparado para meterme en el tintero si desfallecía, le dije silenciosamente que tendría que esperar, que ya jugaríamos en otro momento.

—Creo que estoy bien —dije—. Necesito un poco de agua, una venda y un sitio donde limpiarme un poco.

Wong volvió a conducirme a través del restaurante, entre los clientes que nos miraban con curiosidad, y me ayudó a limpiarme.

El camarero nos echó una mano y buscó un trozo de tela para que me vendara. Alguien me ofreció un trago de una bebida alcohólica, que me sentó como un rayo, me dio náuseas y me devolvió el valor necesario para poder moverme.

—Quien quiera que fuese, no tenía verdadero estilo —comentó Wong.

—Pero fue muy eficaz —añadí.

—Sí —dijo Wong—. Parece que el señor Lugosi está en un verdadero peligro.

Sin más problemas, volví al coche, agarré mi revólver del 38, lo desenfundé y me lo apreté contra el pecho. Un escalofrío me recorrió de repente, me volví rápidamente pensando que alguien respiraba detrás de mi cogote en el asiento trasero del coche. Estaba vacío. Cerré las puertas y me fui calle abajo, buscando Fords negros

y seres desconocidos aún más negros.

Volví al cine sobre las 4'30. Nate estaba comiendo caramelos y David se limpiaba los ojos que tenía llenos de lágrimas.

—Hola, chavales. ¿Qué tal la película?

—Estupenda —dijo Nate, gateando para subirse al asiento de atrás.

—Yo he tenido miedo —dijo Dave, acercándose a mí—. Y Nate el Grande no me ha querido sacar.

Nate se levantó para pegar a su hermano en la cabeza.

—Estate quieto —dije—. Si queréis volver a salir conmigo, estaos quietos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —admitieron.

Dave se enjugó las lágrimas que le rodaban por la cara coloradota y me miró la cabeza vendada con curiosidad.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

—Los nazis —dije—. Tuve que matarlos.

—¿A cuántos? —preguntó Dave, con la boca abierta.

—Treinta y uno —contesté.

—Te está tomando el pelo, tonto —dijo Nate desde el asiento posterior, echándose un puñado de caramelos a la boca y volviéndose para observar un coche de bomberos por la ventanilla trasera.

Los llevé de vuelta a casa a las 5, y Ruth nos recibió en la puerta.

—El pequeño está durmiendo la siesta —dijo—. Estaba empezando a hacer la cena. ¿Qué tal *Dumbo*?

—Tremendo —dijo Nate—, a Dave le dio miedo.

—La parte donde los zombis… —empezó a decir y se calló.

—La parte cuando la madre de Dumbo se muere —dije—. ¿Verdad, Dave?

Dave asintió de mal humor.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Ruth, observándome de cerca. Yo tenía la cabeza vendada, y mi último traje estaba sólo medianamente presentable después de haber rodado por el suelo.

—Se ha armado un alboroto en el cine —le expliqué—, los niños me atropellaron al ir a coger las entradas.

—Le pisotearon justamente en la cabeza —confirmó Nate—. Yo lo vi.

Ruth no sabía qué pensar.

—¿Te vas a quedar a cenar? —me preguntó—. Hay tallarines con atún.

—¿Va a cenar Phil en casa? —pregunté.

—Sí.

—Siento perdérmelo —repuse—. Tengo algo que hacer.

Estaba ya casi en el coche, cuando la oí decir «Ten cuidado, Toby», con voz en que se notaba una preocupación verdadera y me volví para mirarla, pensando si ella me vería a mí de la misma manera que Wilson Wong veía a Billings. Resultaba deprimente.

Debía de haberme ido a mi casa a cuidar de mis males, y ver si había algún mensaje de mis investigadores, el enano y el gigante, pero las palabras de Ruth me habían calado muy hondo. Sabía que mi respuesta sería esforzarme más para demostrar que podía cuidar de mí mismo, llegar a lo más alto, y salir a flote, lo cual no estaba muy seguro de poder probar.

Tanto mi cuerpo como mi auto sabían adónde iban sin que se lo dijera mi cerebro. El coche me llevó desde el valle bajando hacia Laurel Canyon y emprendió el camino de Sherman Oaks y siguió más allá por el de Tarzana. Tenía tantas posibilidades de encontrar la escuela de belleza abierta un domingo por la noche, como las que había de que los japoneses emprendieran un ataque contra California por la mañana. Pero no podía resignarme a regresar a mi apartamento.

Podía intentar ir a ver a Ana, mi ex esposa, pero no tenía valor de ir a su apartamento para recibir un soplo de conmiseración y una firme despedida, lo cual hubiera sido aún más descorazonador que nada en absoluto. Encontré sitio para aparcar sin problemas, y miré hacia el Oeste para ver la puesta del sol. Pronto vendría la noche, y los vampiros de otras personas empezarían a salir. Mi vampiro personal no prestaba atención a tales finezas. Su instrumento de trabajo era una herramienta de hierro y cogerle a uno por sorpresa.

La academia *Personality Plus* estaba en el segundo piso de un edificio de oficinas, en un vecindario vulgar. Estaba abierta. En la

recepción había un mostrador detrás del cual se encontraban unos estantes con botellas de productos capilares; acondicionador del cabello, champús; la mayoría de ellos eran verdes y tenían burbujas. Un cartel anunciador del champú Breck destacaba sobre el mostrador. La alfombra era azul marino y verde, de buena calidad, aunque no era mullida. Había grandes fotografías en color, la mayoría de ellas descoloridas, que representaban lo que según ellos sería el último grito de la moda en peinados, pero cuya calidad me hizo creer que debían de tener bastantes años.

Había bastante bullicio, mujeres sentadas esperando, muchas de ellas con niños. Me dirigí al mostrador, detrás del cual había un jovenzuelo con una bata blanca de peluquero. Detrás de él, en una habitación en la que había mucho ruido, se veían varias señoras sentadas, con una crema blanca en el pelo o con las uñas recién pintadas de rojo, y las manos extendidas para que se les secaran.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó el joven moreno.

Esperaba una vocecita atiplada o una mano lánguida, pero no hubo nada de eso.

—¿Siempre tienen tanta gente los domingos por la noche? —preguntó.

—La mayoría de nuestros clientes trabajan en industrias de armamento —explicó—. Tenemos un horario de guerra especial. El domingo es uno de nuestros días más ajetreados. Tenemos abierto hasta las diez. ¿Qué se le ofrece?

—Busco a Bedelia Sue Frye —dije—. Quisiera verla. Es un asunto importante. ¿Estudia aquí?

—La señorita Frye es la directora de la escuela —informó, mirando por encima de mi hombro, para ver qué pensaban de mí los clientes. Debía de tener el aspecto de ir buscando una sala de urgencias en vez de un especialista en belleza. Pensándolo bien, podía aprovechar para que me hiciera algún tratamiento de cosmética y mejorar así mi apariencia.

—Fenomenal —dije—, bueno, ¿puedo verla? Dígale que es para un asunto relacionado con los Caballeros negros. Ella me recibirá.

—¿Ha dicho los Caballeros negros? —preguntó incrédulo.

—Lo que ha oído —repuse. Me dejó solo frente a las mujeres y a los niños que estaban reunidos esperando. Algunos me miraban. La mayoría siguió con las narices metidas en sus revistas.

El joven moreno volvió y me pidió que le acompañara. Rodeé el mostrador y salimos a un vestíbulo, donde nos encontramos con un trío de mujeres vestidas de blanco; cada una de ellas llevaba una cabeza humana en sus manos. El joven no se paró y las mujeres pasaron lo suficientemente cerca como para que pudiera ver que aquellas cabezas eran unos maniquíes con el pelo lleno de rulos. Cuanto más nos adelantábamos en el local, más fuerte era el olor, un olor angustioso y suave como el vinagre, pero no exactamente.

—Por aquí —dijo mi guía mostrándome una habitación—. La señorita Frye estará con usted en un minuto.

Entré en la habitación y me encontré en un despacho blanco y luminoso, con una ventana que daba a una habitación larga, llena de sillas alineadas, donde las señoras estaban sentadas mientras les frotaban, pintaban y cocían el cuero cabelludo, el pelo, el rostro y sus anatomías, rodeadas por una colonia de hormigas, que eran los instructores y maestros. A pesar de que las paredes de aquel despacho parecían relativamente gruesas, podía oírse el rumor del ruido de la enorme sala que había al otro lado. Mientras estaba observando, una mujer rubia, vestida de blanco, avanzó caminando por el pasillo que separaba las dos filas de sillas. A cada paso era detenida por algún estudiante o por algún cliente, para consultarle algún problema, duda o crisis. Poco a poco se fue abriendo camino hacia la habitación donde yo estaba. Cuando estuvo más cerca, mirándome de frente, pude observar que tendría unos treinta años; su aspecto era semejante al de Verónica Lake y poseía una sonrisa blanca y reluciente que hubiera quedado perfectamente en un anuncio de pasta dentífrica. Abrió la puerta, dejando entrar la vibración de las voces, y la volvió a cerrar detrás de ella.

—¿Sí, señor Peters? —dijo.

—¿Cómo sabe mi nombre? —dije, apoyándome sobre el pequeño escritorio—. No se lo había dicho a Wilheim.

—Su nombre es Walter —dijo— y nos vimos el viernes. ¿Quería hablar conmigo? —Se acercó al escritorio y cogió un cigarrillo de una caja de plata, cambió de opinión y me miró con una sonrisa mientras se cruzaba de brazos.

—Estoy intentando dejarlo —dijo arrugando la nariz.

—¿Es usted Bedelia Sue Frye? —dije.

—Soy Bedelia Sue Frye —contestó burlonamente.

La miré sorprendido durante unos pocos segundos, mientras su diversión iba en aumento. Sólo la altura coincidía.

Esta mujer era una rubia natural con una complexión saludable y llevaba muy poco maquillaje. Su sonrisa era tan hermosa como el sol, y se mantenía erguida y llena de vigorosa energía.

—¿Es usted la misma que es miembro de los Caballeros de Transilvania? —dije.

—La misma —respondió levantando la mano derecha—. Palabra. Para mí es como un descanso, me disfrazo para las reuniones, me pongo una peluca, cambio de cara y actúo un poco. Aquí estoy sometida a una gran presión —añadió con un encogimiento de hombros—. Una vez quise ser artista de cine. De hecho, hice algunos papeles y luego me metí en esto —alargó la mano señalando la habitación en toda su amplitud y abarcando el exterior—. Nadie de mi personal sabe nada de los Caballeros negros, y tenía la esperanza de que ninguno lo descubriría.

—Soy detective privado —expliqué—. El viernes estaba con Bela Lugosi porque había recibido varias cartas amenazándole, así como llamadas telefónicas y otras cosas y tenemos buenas razones para creer que uno de los Caballeros negros es el responsable de estas amenazas y de que las cosas puedan estropearse más.

—¿Tiene eso algo que ver con su aspecto? —dijo, e incapaz de seguir resistiéndose al cigarrillo, lo cogió rápidamente.

—Eso creo —repuse tocándome la cabeza.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por usted? —Volvió a recobrar su fuerza de voluntad y dejó el cigarrillo.

—Hablando claro —dije, mirándola a los ojos azules—, estoy aquí para averiguar si es usted la responsable de las amenazas que está recibiendo mi cliente.

—¿Yo? —exclamó, devolviéndome la mirada—. ¿Por qué iba yo a querer…? Eso es ridículo, ni siquiera me creo todo este cuento de los vampiros y no me interesan lo más mínimo sus películas. Bela Lugosi me pareció un hombre viejo y cansado. Cualquiera que sea el que le ha hecho pasar un mal rato, tiene que ser un lunático, cosa que yo no soy. Mire, me gustaría seguir hablando, pero las cosas están desquiciadas ahí fuera.

—Tal vez podríamos vernos alguna vez —dije—. Quiero decir reunimos para hablar de los Caballeros negros y de Lugosi.

Su sonrisa era amplia y directa.

—Sería muy agradable —repuso. Me metí la mano en el bolsillo, busqué la cartera y saqué una tarjeta. Cogí un lápiz del escritorio y le apunté mis señas y el número de teléfono del vestíbulo de la pensión—. La llamaré.

Cogió la tarjeta, la miró y repiqueteó en ella con sus largos dedos, después se la metió en el limpio bolsillo de la blusa, sobre su corazón. Las cosas nunca son lo que parecen, pensé, cuando atravesé la puerta y regresé a la colmena.

Salí pensando que hubiera hecho Wilson Wong con su primer sospechoso si hubiera estado conmigo. Pensé también, que de los cinco miembros de Los Caballeros negros, por lo menos dos confesaban que no estaban comprometidos por medio de ningún juramento con el vampirismo. Ya fuera, de nuevo en la oscuridad, consideré que tenía que resolver pronto los dos casos, el de Lugosi y el de Faulkner y ver qué posibilidades podría tener con Bedelia Sue Frye. No iba tampoco tan distraído como para no mirar por delante y por detrás del coche y llevar la mano cerca de la chaqueta y de la pistola. Abrí el coche, comprobé el asiento trasero, cerré la puerta cuando me metí en el auto y me fui para casa.

Tu casa es a donde vas, donde te reciben si pagas la renta y causas las menores molestias posibles.

De vuelta en los apartamentos Heliotrope, me encontré un recado de Jeremy Butler diciendo que el día había sido normal y con un Gunther Weitherman, cuyo nerviosismo se desvaneció cuando me vio.

—Me ha atacado un vampiro —dije.

—Sí —dijo Gunther, siguiéndome hasta la habitación, en donde miré por todos los rincones y en el armario; luego cerré la puerta con llave—. Yo también tengo que informarte de algo que quizá sea de especial importancia.

—Dispara —dije, enchufando el hornillo eléctrico y buscando una lata de cerdo con judías en el estante—. ¿Comes conmigo? —pregunté enseñándole la lata.

—No, gracias —contestó educadamente Gunther, mientras se echaba hacia atrás un mechón de pelo—. Ya he comido. Puedo…

—Perdona, Gunther —dije, abriendo la lata—, he tenido un día muy pesado y muy largo.

—La señora Shatzkin salió hoy dos veces —dijo—. Una vez la llevó el chófer y fue al despacho de su marido. No estuvo allí más de diez minutos. Cuando salieron, el chófer llevaba una caja de cartón llena de cachivaches.

—Bien —dije, cogiendo un cacharro para llenarlo de cerdo con judías y ponerlo al fuego.

—Me parece que no tendrá mucha importancia —continuó Gunther—, pero tú sabrás. La segunda vez que la señora Shatzkin salió creo que puede tener mayor interés. A última hora de la tarde salió sola en otro coche, estuvo conduciendo un rato por las calles, y me dio la impresión de que intentaba comprobar si alguien la seguía, pero no lo hizo muy bien. Sus planes al conducir eran evidentes y la dejé ir, siempre dando la vuelta a las mismas calles, volviendo a encontrarla en algunos puntos claves. Esto requería cierta imaginación por mi parte, pero mis cálculos resultaron correctos.

—Buen trabajo, Gunther —comenté, echando un trozo de mantequilla en el cacharro de las judías que estaba hirviendo.

—Toby —dijo—, no te he explicado mi manera de seguirla para obtener tu aprobación sino para que quede claro que ella no se enteró de que la seguía.

—Lo siento —dije, volviéndome hacia él.

—Sí, bueno, al final llegó a unos apartamentos en Culver City y entró. Cuando estuve seguro de que estaba dentro, la seguí y apunté los nombres que había en los buzones. Había seis. Observando las ventanas desde fuera, conseguí verla pasar una o dos veces desde la acera, de esa forma conseguí saber en qué apartamento estaba, y, siento decirlo, era el único que no tenía nombre en el buzón ni en el timbre. Sin embargo, resultaba evidente que no estaba sola en la habitación. Se veía la silueta de un hombre con toda claridad, y aunque no podía estar seguro, tal vez porque mi imaginación estaba en ese momento ocupada, creo que vi algo que podría interpretarse como un abrazo amoroso. Permaneció allí casi una hora y cincuenta minutos; salió, miró a su alrededor y se fue en el coche

directamente a su casa en Bel Air.

—El caso se complica —dije, me instalé en la mesa y empecé a tomar la comida directamente del cacharro con una cuchara grande y tres rebanadas de pan.

—¿Y? —preguntó.

—Lo voy a investigar por la mañana. Gracias Gunther.

—Lo encuentro estimulante —dijo—. Por favor llámame si necesitas más ayuda.

Le dije que lo haría y se fue. Cuando acabé de cenar, comprobé cómo estaba mi traje. Se estaba secando bastante bien y podría estar listo por la mañana.

En mi reloj de pared eran algo más de las ocho. Mientras me desnudaba, escuché el final de un programa de radio. Ya en la cama, escuché a Jack Benny mientras flexionaba la rodilla. Se movía con cierta desgana. Me obligué a hacer unos ejercicios: arriba y abajo, me sentaba y jadeaba. Con la rodilla en ese estado tendría que renunciar a jugar en ningún equipo deportivo durante algún tiempo. Necesitaba hacer ejercicio para convencerme a mí mismo de que tenía un cuerpo en forma y de que tenía que usarlo.

Me preparé un vaso de leche con cacao, me lo tomé, me lavé los dientes y me acosté con la luz apagada. Decidí que descansaría una o dos horas, planearía lo que iba a hacer al día siguiente y luego me levantaría y leería una novela de misterio. El descanso se convirtió en sueño, y me quedé profundamente dormido, excepto al darme una vuelta hacia la izquierda, que me repercutió en la herida de la cabeza como un carámbano de hielo. Se oía a alguien arañando la puerta y no sabría decir si la puerta pertenecía a mis sueños y el arañazo a la realidad, o viceversa, o ninguna de las dos cosas. Luché por espabilarme, pero era una de esas veces en que la carne fatigada no responde a la llamada. Salí de mi sueño y me senté vacilante. Aún se oían los arañazos en la puerta.

—Un momento —dije, dando la luz y mirando la hora que era. Acababan de dar las doce.

Seguramente Gunther tendría insomnio, y querría saber si yo estaba despierto para charlar un rato conmigo o tomarnos un café, pero no quise arriesgarme.

—¿Quién es?

—Yo, Bedelia —la contestación me llegó en un susurro. La voz era diferente de la que había oído unas horas antes en la Escuela de Belleza *Personality Plus*. Apagué la luz, pensé en ponerme algo encima de los calzoncillos, y decidí que no me daba tiempo. Me coloqué junto a la puerta con la pistola preparada y abrí la puerta de golpe. Gracias a la luz del vestíbulo podía ver con claridad una silueta femenina. Estaba desarmada.

Entró en la habitación, di la luz y cerré la puerta. Esta no era la Bedelia Sue Frye que yo había visto en Tarzana. Esta era la mujer de los Caballeros negros de Transilvania, una criatura morena y pálida, medio encogida, cuya voz era un susurro y su sonrisa un secreto. Un aburrido secreto. Miró el revólver y sus ojos estudiaron mi cuerpo con una mezcla de aprobación y de burla. Llevaba puesto algo de un material rojo parecido a la seda, que le colgaba sobre los hombros.

—¿Querías verme? —dijo.

—¿Es hora de jugar? —pregunté, mirándola de cerca. No podía estar seguro de que aquella fuera la misma mujer, pero tenía que serlo.

—Esto no es un juego —repuso gravemente, yendo hacia la única silla semiconfortable que tenía y estudiando la habitación.

Puse mi 38 en un rincón de la mesa opuesto a ella, donde pudiera cogerlo yo primero si era preciso, y me rasqué la cabeza, con cuidado de no rozarme la herida.

—Mira —dije—. Las cosas están pasando de malo a peor, y sería más fácil si dejaras de actuar y me dijeras qué es lo que pasa.

—Estás nervioso… —dijo, con una sonrisa, mirándome los calzoncillos.

Sí lo estaba; me senté en la mesa de la cocina y crucé las piernas.

—Está bien —suspiré, atrapado en mi propio castillo.

—¿Qué está pasando?

—Querías verme —dijo.

—Te he visto esta tarde —respondí.

—No me viste cómo soy realmente —repuso, mirando el colchón.

—Magnífico —exclamó—. Estás hablando en serio, ¿verdad? ¿O

te vas a echar para atrás de repente y vas a empezar a reírte cuando se me caigan los pantalones?

—Puedes ser muy divertido —dijo, levantándose y dando un paso hacia mí.

—Igual que una mosca divierte a una araña.

—A la mejor —repuso, con un mohín.

Miré mi revólver y luego la miré a ella, según se me iba acercando. No me quería levantar, pero no sabía lo que ella pretendía.

—Señora —dije—, creo que eres demasiado ardiente.

Se sentó sobre la mesa, con una sonrisa felina en los labios, y me tocó la cara. La miré sin saber si estaba teniendo una pesadilla o una fantasía. Avanzó lentamente hacia mí como un gato y se sentó en mi regazo. Mi cuerpo me dijo que no era una fantasía.

—Es más de media noche —susurró—. La hora en que la sangre corre libremente y las pasiones se encienden con la luna llena.

—Yo no sé qué estará encendiendo las pasiones —contesté—. No me importa. Y no me voy a poner a mirar los dientes de un vampiro regalado.

Me mordió ligeramente en el cuello, pero no lo suficiente como para hacer brotar la sangre. Esperaba que me estuviera gastando una broma. La verdad es que no sabía qué demonios estaba haciendo. Mi cuerpo lo descubriría después. Traté de levantarla para llevarla al colchón que tenía en el suelo, pero la rodilla hinchada no resistiría su peso. Todo se estaba convirtiendo en una burla trágica para mí, pensé, y algo me respondió que era una trampa. Rodé con ella por el suelo y el tiempo se fue a dar un largo paseo.

Cuando me levanté, media hora después, no se le había movido la peluca morena; se puso lentamente su traje rojo, mientras yo me sentaba en el colchón.

Me di cuenta de que ella estaba más cerca del revólver que yo, y pensé que si alguna vez me iban a disparar podría muy bien ocurrir de esta manera.

—¿Vas a decirme la verdad ahora? —dije.

—No hay nada que decir —ronroneó.

—¿Eres tú la que le envía murciélagos muertos a Bela Lugosi? —dije.

Me miró con una afectada sonrisa que resultaba gentil.

—Es viejo, está cansado y le han olvidado —dijo—. Lo que me intriga es el presente. La sangre fresca, como tú.

—Gracias —repuse. Esperaba que no me hubiera sacado la sangre sin enterarme. Rechacé la tentación de examinar mi cuerpo —. Ya sé dónde te he visto antes —dije—. Eres igual que la protagonista de *La marca del vampiro*.

Se rió comprensivamente, sentándose en la silla cómoda.

—Ya sabes cuál te digo —continué mirándole a la cara—. Esa en que Lugosi y la chica resulta que son falsos vampiros.

Una mirada dura cruzó por su rostro, y se levantó señalándome con el dedo.

—Te han dado mucho y aún te burlas —dijo, caminando hacia la puerta.

—¿Vamos a hacerlo otra vez a la misma hora, el próximo día de difuntos? —dije, intentando provocar una reacción en ella, pero no había manera.

—Tal vez volveremos a encontrarnos —dijo y se fue.

Me levanté y la seguí para asegurarme de que se había ido verdaderamente. Había coqueteado conmigo, me había seducido y me había abandonado un vampiro de primer orden. Lo había pasado muy bien, pero nada más. No creo que volviera a llamar a Bedelia Sue Frye para tener más conversaciones con ella a menos que tuviera razón al pensar que era la causante de mis problemas, en lugar de la esquizofrénica del barrio.

Atranqué la puerta con una silla, dejé la luz encendida y me volví a la cama con el revólver a mi lado. El año aún era joven y aún tenía que visitar a dos Caballeros negros más. Y quería estar vivo para entonces.

7

A la mañana siguiente, tenía ya seco el traje, o por lo menos le suficiente como para ponérmelo, después de haberme tomado un gran tazón de cereales y de escuchar las noticias de las 8'30. No estaba seguro de si estábamos ganando la guerra, pero los Osos de Chicago habían vencido a los Pro-Stars 35 a 24. Un locutor me informó que Forest Lawn celebraba sus bodas de plata como Parque Conmemorativo. Había sido inaugurado en 1917, entonces tenía 22 hectáreas y en veinticinco años había llegado a tener 122. Yo no comprendía por qué estaban tan orgullosos. Los responsables de aquel crecimiento eran el índice de mortalidad y la emigración hacia el Oeste. Luego descubrí que el jefe del FBI de Detroit, John S. Bugosi, había arrestado a una mecanógrafa de treinta y un años, en la taquilla de una estación de ferrocarril, por estar implicada en actividades de «distribución de propaganda ilegal».

Había salido el sol y la temperatura era de casi 18 grados. Tenía la herida dolorida y enrojecida. La pierna seguía rígida, no me dolía si la dejaba en paz, pero no la podía doblar. Decidí ir a ver a un traumatólogo con el que yo había jugado al balonmano en un equipo de aficionados, con la esperanza de que me pusiera un tratamiento mágico e instantáneo antes de ir a Culver City para ver el misterioso apartamento que había visitado Camile Shatzkin. El camino hasta la consulta del doctor Hogdon en DeLongpre transcurrió sin incidentes. No apareció ningún Ford oscuro ni ninguna criatura vampiresca saltó sobre el capó. Mantuve la pierna estirada, respetando su inmovilidad. La radio zumbaba y escuché a «Nuestro Amigo Domingo» diciéndole a alguien llamado Peter que Lord Henry había salido ileso de un fuego.

La consulta de Hogdon estaba en un edificio de dos pisos, en una zona residencial. Hasta una semana atrás yo había creído que era especialista en enfermedades del recto. Ahora me alegraba de que

no lo fuera. No tuve problemas para aparcar. Caminar, sin embargo, era otro problema. Intenté hacerlo arrastrando la pierna, brincando e ignorando el dolor. Lo mejor era ir dando saltos, pero resultaba un poco ridículo.

Había sólo tres escalones de piedra para subir, en los cuales me manejé con una destreza circense, agarrándome a la placa anunciadora con el nombre de doctor Hogdon, y gracias a dos mujeres que me agarraron cuando estaba a punto de caerme hacia atrás por las escaleras. Parecían una pareja de madre e hija. Esta última tenía unos cuarenta años y una complexión como la de Broderick Crawford. Me cogieron por debajo de los brazos y me llevaron a través de la puerta y de la habitación hasta la mesa de la recepcionista vestida de blanco del Doctor Hogdon; era una criatura que parecía un palo, con una boca en la que cabía un cedazo entero.

Las mujeres parecidas a Brod Crawford, me depositaron firmemente y se marcharon lenta y pausadamente como porteadoras profesionales, dejándome agarrado al escritorio para que no me cayera.

—¿Tiene hora para ver al doctor?

—No —dije—, es una emergencia.

—Necesita tener una cita —dijo la enfermera produciendo una especie de silbido.

—Si me suelto de la mesa, me caeré como Kink-Kong —le expliqué razonablemente.

Se estremeció y miró a dos pacientes que esperaban en lo que debía de haber sido alguna vez un cuarto de estar y ahora era un local lleno de sillas para heridos errantes de Los Ángeles. Una paciente era una mujer rechoncha que tenía la cara hundida en una revista *Life*.

Llevaba una gran tobillera en una pierna. El otro paciente era un chico de unos quince años con un mechón salvaje de pelo castaño, mal peinado y el brazo izquierdo con una pesada escayola.

—De verdad, señor, tiene que tener una cita —repitió la enfermera obstinadamente.

—¿Le ablandarán mis lágrimas? Dígale simplemente al doctor que soy Toby Peters, que soy vigía y que es una emergencia —dije.

Se levantó con desgana apoyándose en el escritorio con ambas manos. Podía estar pensando en mostrarme una reserva de poder

enérgico y oculto, heredado de los Rosacruces, y quitarme de repente la mesa en la que me apoyaba. Pareció considerar esta posibilidad durante algunos segundos, luego atravesó la habitación y se dirigió a una puerta. El chaval de quince años me miró agresivamente.

—Me he golpeado en la pierna —le expliqué. Asintió.

—Me duele, de verdad —dije. No demostró ninguna lástima.

—A mí se me ha roto el hombro por tres sitios —me lanzó—. El camión de mi padre me cogió.

—A mí me pegó mi hermano —expliqué.

—Si a mí me pegara mi hermano —dijo el chico—, yo le habría partido la cara y se la hubiera pisoteado.

—Tenemos hermanos diferentes.

—Mi hermano me pegó —continuó el chaval, disfrutando con su fantasía—. Yo le arranqué las orejas y le di un empujón.

El doctor Hogdon apareció en la puerta a punto para salvarme de posteriores inventos diabólicos del joven, que era una especie de Vlad el Empalador, en potencia. Hogdon tendría más de sesenta años, tenía el pelo blanco y un rostro que respondía perfectamente a su cuerpo flaco. Hasta ahora sólo le había visto con su atuendo deportivo.

Allí, en el equipo, donde normalmente siempre me ganaba jugando a la pelota, parecía un tipo atlético. Aquí se le veía distinguido como el tipo que anunciaba la aspirina. Vino hasta mí y me tomó fuertemente por el hombro, ayudándome a ir a su despacho, mientras que la enfermera reseca se retiraba como si mi pierna enferma tuviera algo contagioso o yo fuera tabú.

—¿Qué te ha pasado? —dijo tranquilamente y con interés profesional.

—Su hermano le pegó —dijo el chaval con desprecio, pensando tal vez en una nueva venganza para con su propio hermano cuando tuviera algún problema.

Hogdon cerró la puerta del despacho tras nosotros y me ayudó a acomodarme en la mesa para examinarme. La habitación donde estaba la consulta había sido una vez un comedor. Ahora había allí un escritorio, una mesa, una vitrina y un montón de títulos enmarcados en las paredes. Las ventanas, con cortinas, daban a un prado bien cuidado con un par de limoneros.

—El chico tenía razón —dije retorciéndome para ponerme a gusto en la camilla.

Hogdon me enrolló la pernera del pantalón de la pierna enferma y me estuvo tirando y moviendo la rodilla. Los dientes me rechinaban.

—Bien —dijo enderezándose—, no volverás a tocar más el violonchelo.

Saqué la lengua.

—Bueno, no es para tanto —dijo—. La rodilla está hinchada un poco y dislocada. Te has acostado sobre ella cuando la tenías en una posición semitrabada.

Haciendo unos movimientos con los dedos entrelazados, me mostró cómo era esta posición. A mí me pareció que estaba trabada del todo.

—Hay que mirarte por rayos —dijo— y tienes que hacer reposo.

—No tengo tiempo —repuse—. ¿No hay nada que se pueda hacer para que pueda moverme durante unos días? Estoy en una situación de emergencia, de vida o muerte.

Hogdon se volvió y me miró honradamente.

—Puedo intentar enderezarla aunque esté inflamada —dijo—. Pero será muy doloroso y requiere un poco de imaginación por mi parte, sin haberla visto por rayos X. Si sale bien, puedo darte un pinchazo para matar el dolor, y entonces ponerte una rodillera. Yo sugiero…

—Hazlo —dije.

—Está bien —repuso, y fue hacia la mesa.

Por encima de su hombro se veía, en la pared, una fotografía de Tomas Dewey, el Gobernador de Nueva York. Mi mirada se encontró con los ojillos de Dewey e intenté no mirar a Hogdon, que volvió a tocarme la pierna y me apretó por arriba y por abajo. Sabía que tenía unos brazos y unas manos muy enérgicas, no en vano había estado tirándome pelotas negras que me pasaban zumbando junto a la cabeza, durante tres años.

—Allá vamos —exclamó.

Di un alarido de sorpresa. A Tom Dewey le sentó mejor. Yo esperaba que me doliera pero no que me torturaran. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Cuando se me secaron, pude ver al doctor Hogdon sobre una pierna.

—Creo que tienes suerte —dijo, yendo hacia la vitrina, sacó una jeringuilla enorme y la llenó con un líquido claro.

—Tal vez deba darle un descanso a la rodilla —sugerí mientras él avanzaba y comprobaba el líquido pulverizando un poco en el aire.

—Ya está —dijo, cogiéndome el muslo con firmeza. Volví a encontrarme con los ojos de Dewey. Los dedos de Hogdon tentaron mi pierna, encontró un sitio y clavó en él la aguja. Esta vez me mordí los labios.

—No te tiene que doler y podrás caminar dentro de dos o tres minutos —explicó, dejando cuidadosamente la jeringuilla usada en la pila. Abrió la parte de abajo de la vitrina y se acercó con una venda elástica. Le llevó unos diez segundos ponérmela en la rodilla —. Ven a verme dentro de unos días, tan pronto como puedas. Ten la pierna en reposo. Por ahora no necesitas nada más y ya puedes olvidarte del juego de pelota durante un mes o así. Ya te mandaré la factura.

A los tres minutos salía andando de la consulta, pasando entre la mujer rechoncha que leía el *Life*, la enfermera reseca, y el niño con la escayola. Salí, bajé las escaleras, y me fui al coche sorprendido de lo poco que me molestaba la pierna. No pensé en ella mucho tiempo. Volví a tomar mi camino hacia Culver City y la cita secreta de Camile Shatzkin. Esto me sonaba a título de ópera, pero no tenía a quien sugerírselo.

El sitio que buscaba estaba junto al Bulevar Jefferson y el apartamento que quería encontrar resaltaba claramente por su falta de nombre. Tenía algunas cartas en el buzón pero no pude ver a quién iban dirigidas, probablemente pondría «inquilino». Llamé al timbre y no obtuve respuesta. Entonces llamé al timbre que ponía Leo Rouse: administrador. Un repiqueteo cercano me indicó que el apartamento de Leo Rouse estaba en la planta baja, y cuando se abrió la puerta pude confirmar mi brillante deducción.

Rose tendría unos sesenta años, tenía un enorme estómago y el mismo número de dientes que de cabellos, unos seis. Llevaba un mono y una camisa de franela y masticaba algo ferozmente.

—¿Leo Rouse? —le pregunté a través de la puerta interior de

cristal, que estaba cerrada.

—¿Sí? —dijo.

—Quisiera hablar con usted. —Abrí la cartera y le enseñé una tarjeta. Abrió la puerta pero no se retiró para dejarme pasar.

—Señor Rouse, me llamo Booth, Lorne Booth, del Banco Nacional de California.

—La tarjeta dice que se llama Lennings de Exterminadores de chinches —dijo con recelo.

Me eché a reír.

—Lennings me dio esta mañana esa tarjeta. Están haciendo un estudio sobre un complejo de apartamentos en los que estoy interesado en Van Nuys.

Rouse levantó la cabeza y siguió masticando. Calculé que tardaría de seis a doce horas en poder digerir cualquier tipo de carne por el ritmo con que masticaba y la resignación con que parecía hacerlo.

—Lo que estoy haciendo —dije rápidamente— es comprobar la garantía de crédito de dos cuentacorrentistas que van a recibir, o que por lo menos han solicitado un pequeño préstamo financiero. Da la casualidad que los dos residen en este edificio.

—¿Quiénes? —dijo.

—Long en el primer piso y, como se llame, en el apartamento 26. En mis anotaciones tengo la dirección y el apartamento, pero a la señora Ontiveros se le olvidó ponerme el nombre. Está muy preocupada porque su hermano Sid se ha alistado en el Ejército y…

—¿Qué quiere? —dijo Rouse.

—¿Cuánto tiempo lleva Long viviendo en este edificio?

—Tres o cuatro años. Ese no tiene dinero para invertir. No puede ni pagar el alquiler.

—Bueno es saberlo —dije—. Ese es el tipo de información que necesito. Ahora sobre el 26. ¿Este…?

—Señor y señora Offen —añadió—. No sé nada de ellos.

—¿Cuánto tiempo llevan viviendo aquí? —pregunté con cierta seriedad.

—Tres meses, pero no viven aquí, sólo alquilaron el piso. Casi nunca duermen aquí. Apenas se dejan ver.

—No parece que sean los Offen que solicitaron el préstamo —dije, extrañado—. ¿Podría describírmelos?

—Ella es un poco más joven que usted. A algunos les parecerá guapa y elegante, yo diría más bien cursi. A él nunca le he visto. Ella es la que paga el alquiler. Están justo encima de mí. De vez en cuando oigo su voz y la de otro tipo.

—Esto me preocupa —dije apoyándome en la pared y echándome el sombrero hacia atrás—. Le diré la verdad, señor Rouse, veo que es usted un hombre en el que se puede confiar. Yo había aprobado este crédito, de primera intención, y mi carrera puede estar en peligro si cometo una equivocación. Bartkowski, el de hipotecas, está a punto de retirarse, y puedo quedarme con su puesto. Realmente, me gustaría echar un ojo a sus bienes, tranquila y discretamente… significaría mucho para mí.

Saqué de la cartera un billete de cinco pavos y luego otro. Rouse dejó de masticar, volvió a su apartamento y habló unos minutos con una mujer chillona antes de regresar. Tenía un manojo de llaves en la mano izquierda y la mano derecha extendida con la palma hacia arriba. Le puse encima los dos billetes y me condujo escaleras arriba. El vestíbulo estaba oscuro y algo mohoso, aunque el edificio parecía tener solamente unos diez años.

—¿Todos los apartamentos son amueblados? —pregunté.

—Exacto —dijo, metiendo la llave que correspondía al número 26. La puerta se abrió, entró y se quedó en el centro de la habitación. Estaba claro que no tenía ninguna intención de dejarme allí solo.

—Todo lo que necesito —dije, rascándome la barbilla— es ver algún indicio de estabilidad económica. Un extracto de la cuenta corriente, algunas facturas.

Rouse no contestó. La habitación era pequeña y estaba amueblada con elementos que no armonizaban entre sí. La alfombra era verde oscura y la habitación olía a polvo. Busqué por los cajones, las mesas y detrás de los cojines del sofá. Nada. Abrí los armarios y no encontré ropa. Busqué incluso en la basura. No había nada. En la nevera había tres cervezas y una botella de vino. No había teléfono. Lo único que indicaba que había estado alguien en las dos pequeñas habitaciones, era el hecho de que la cama estaba revuelta. Alguien había dormido allí o usado la cama.

Puse una cara muy triste. Rouse no respondió.

—Esto es muy deprimente, señor Rouse. Pienso en si podría

seguir confiando en usted de ahora en adelante. Si oye al señor o a la señora Offen volver a cualquier hora del día o de la noche, por favor llame al número que voy a escribirle en la parte de atrás de esta tarjeta. Mi gratitud será de cinco dólares más.

—Está bien —dijo Rouse.

Alguien subía las oscuras escaleras cuando cerramos la puerta, pero no presté atención hasta que los pasos se detuvieron en algún sitio, tal vez cinco o seis escalones debajo de nosotros. Miré hacia abajo en la oscuridad polvorienta y vi una figura delgada. Rouse también miró hacia abajo. La figura miró en nuestra dirección un segundo y bajó ruidosamente las escaleras de cuatro en cuatro. Pensé bajar para echar una mirada, pero el ruido de la puerta al cerrarse y mi rodilla me aconsejaron lo contrario. La figura tenía un parecido evidente a la del tipo que me atacó en el aparcamiento de Wilson Wong.

—¿Quién era ese? —pregunté al señor Rouse.

Rouse se encogió de hombros.

—No le he visto bien. Alguien que tiene una llave, si no no hubiera podido entrar abajo. No he oído ningún timbre.

No pude encontrar mi tarjeta de banquero, así que le di a Rouse la tarjeta del exterminador con el número de mi casa y el de la oficina escritos por detrás. Le dije que preguntara por el señor Peters, mi ayudante, y le diera a él el recado.

No sé siquiera si Rouse creyó algo de mi historia, y no me parece que le importara. Él creía en los billetes de cinco dólares.

Hay veces en la vida de un hombre en los que tiene que decidir si se enfrenta con caballero verde, con Grendel o con Trampas. La mayoría decidimos que nos podemos arreglar sin estos encuentros. Pero cuando a uno le pagan y… ¡demonios!, hay algunas cosas que un hombre no puede simplemente pasar por alto.

Creo que Gary Cooper dijo eso una vez. Lo que yo no podría pasar por alto se llamaba Haliburton y sabía dónde podía encontrarle, en casa de Shatzkin en Bel Air. Ahora me sentiría más contento que el gato de mi tío Minnie con una pelota de lana si no tuviera que volver a ver a Haliburton, pero tenía que hablar otra vez con Camile Shatzkin.

Un coche me estuvo siguiendo por algunas calles, pero luego se quedó muy atrás. Yo veía Fords oscuros por todas partes. Cuando llegué a Bel Air no le vi. En la verja estaba el mismo tipo que la otra vez.

—¿Va a ir al funeral del señor Shatzkin? —le dije antes de que pudiera hacerme alguna pregunta razonable sobre mi reaparición.

—Me temo que no —contestó.

—Eso no está bien —suspiré—. Va a ser muy bonito. —Parecía que iba a decir algo, así que avancé despacio hacia adelante—. Hemos planeado algo especial en colaboración con el aniversario de Forest Lawn —dije despidiéndome.

Sus ojos se fijaron en mi coche, según avanzaba despacio, calle arriba, hacia Chalón. Era el coche el que me delataba siempre, pero no me detuvo.

Comprobé el revólver y lo monté. Haliburton salió de la casa y corrió hacia mí. Se paró a una distancia en que casi podía alcanzarle. La carrera había sido corta, pero estaba jadeando de excitación.

—No le va a disparar a nadie —dijo.

—¿Es una pregunta?

Dio un paso adelante, y le disparé una bala entre las piernas. Puesto que mi intención había sido hacer un disparo de advertencia a cinco pasos a su derecha, no pudo saber la suerte que había tenido de sobrevivir. Retrocedió unos cuantos pasos temblando de tal manera que no se dio cuenta de que yo también temblaba.

—Asalto e intento de asesinato —dijo.

—Al infierno —repuse retirando el revólver—. Toda mi vida he estado mintiendo, echándole cara al asunto. Yo no te he disparado. Ni siquiera tengo una pistola. Soy un ex agente que tiene un hermano en la policía. Apostaría tres contra uno a que tienes alguna razón para que la policía no confíe en ti.

—Te cogeré cuando estés solo, sin el revólver, pequeño —dijo, señalándome con la mano derecha y utilizando la izquierda para retirarse el pelo de la cara.

—No será necesario —exclamó la señora Shatzkin desde la puerta. Me volví hacia ella. Aún iba vestida de luto, pero el conjunto resultaba más favorecedor y menos sombrío. A los cuatro días de la muerte de su marido, seguramente iría vestida de blanco

y con flores—. He llamado a la policía.

—Le sugiero que vuelva a llamarles y diga que ha sido un error —dije.

Ya había empezado a cerrar la puerta, pero le dije apresuradamente:

—Puede que quieran saber algo sobre el pequeño apartamento que la señora Offen tiene alquilado en Culver City.

La puerta dejó de cerrarse y se abrió. La señora Shatzkin se volvió hacia mí, el sol le daba en la cara. Por primera vez pareció que estaba conmovida por un sentimiento de dolor auténtico.

—Haliburton —dijo, con la voz casi quebrada—. Llama a la policía. Diles que ha sido una equivocación, que creía que había oído merodear a alguien pero que estaba equivocada. Diles cualquier cosa.

Haliburton la miró a ella y luego a mí con cara de estúpido.

—Puedo… —empezó Haliburton, enfrentándose a mí con los puños y los dientes apretados.

—Señor… —empezó a decir ella.

—Peters —terminé yo.

—El señor Peters sólo va a estar un momento y creo que será mejor que te olvides de tu pelea con él. El sábado estaba de mal humor y me sentía muy preocupada.

—¿Quiere que nos demos la mano? —le pregunté a ella.

—No necesitamos sarcasmos, señor Peters —dijo.

—Lo siento por su osito de trapo —le dije a Haliburton, pasando a su lado al ir hacia la puerta. Me puse rígido, sabiendo que estaba detrás de mí, pero seguí andando. Era de esas veces en que la adrenalina te corre por las venas. Entré en la casa y seguí a la señora Shatzkin hasta un cuarto de estar confortable decorado en tonos marrones oscuros, con alfombras suaves y mullidas que parecía que no habían sido pisadas por el hombre.

Se sentó en un sillón, me señaló un diván frente a ella y cruzó las manos sobre su regazo. El rojo de sus uñas reflejó un destello de sol del exterior. Ya se había recuperado.

—¿Es usted un chantajista, señor Peters? —preguntó, levantando la barbilla para demostrar su desprecio por tales cosas.

—No —dije, quitándome el sombrero y poniéndomelo sobre las rodillas—. Soy lo que parezco, un detective privado que hago lo que

puedo para descubrir quién mató a su marido, esperando que no sea mi cliente.

—El señor Faulkner mató a Jacques —dijo enfáticamente—. Yo estaba… Desde el momento en que ella empezó a hablar estuve denegando con la cabeza, ella se detuvo de repente.

—¿Con quién comparte el apartamento de Culver City? —le pregunté con suavidad.

La cara se le enrojeció. Por un instante, Camile Shatzkin apareció como un ser humano en lugar de como una especie de maniquí, pero inmediatamente comenzó a actuar de nuevo.

—Esto no tiene nada que ver con el asesinato de Jacques —dijo—. Es un actor, Thayer Newcomb. No tiene absolutamente nada que ganar con la muerte de Jacques. Sabe que yo nunca me hubiera casado con él, y que le hubiera despreciado si le hubiera hecho algo a Jacques. Según están las cosas, no pienso verle más. Todo esto me ha hecho ver claro lo mucho que amaba realmente a Jacques.

Volvió a bajar la cabeza, y sacó de algún sitio un pañuelo. Se recuperó y volvió a intentarlo.

—Señor Peters, en lugar de hablar de estas cosas y de los negocios de Jacques…

—¿Y de su seguro? —insinué.

—Y de su seguro —acordó—. No soy exactamente una mujer rica. Dudo si en total me quedarán unos ochocientos mil dólares después de pagar los impuestos.

—Tenía la cifra en la punta de su dolor —dije.

Se levantó encolerizada, miró mi cara tranquila y aplastada y volvió a sentarse.

—Por el buen nombre de Jacques y por mi propia reputación quisiera ofrecerle una recompensa por sus servicios para mantener la información que ha descubierto en secreto.

—¿Cuánto será la recompensa? —pregunté.

—Bueno, digamos unos veinte mil dólares —dijo.

—Pongamos cincuenta mil dólares —sugerí yo.

—Muy bien —dijo—. Necesitaré que me haga una declaración por escrito garantizándome que no pedirá más cantidades a cuenta de este tema.

Mi cabeza volvió a moverse.

—Nada de dinero —dije.

Enrojeció de nuevo y se mordió el labio inferior que llevaba pintado.

—Tampoco quiero ofrecimientos carnales —añadí—. No tengo ambiciones. Absolutamente ninguna, y no quiero ni necesito un montón de dinero. No tengo sueños que se puedan comprar con dinero. Lo que necesito siempre es un poco más de lo que tengo, no mucho más, y no me voy a dejar comprar por unos cientos de dólares. Es un compromiso pero esto mantiene limpia mi reputación y viejos mis trajes.

—Y cuando llegue a la gran empresa de Pinkerton allá arriba le pueden recompensar haciéndole portero de noche en la puerta del cielo —me soltó.

—En la puerta del infierno —corregí—. Eso me gustaría. Y en cuanto a llevar una vida de sociedad los dos juntos, no me la puedo imaginar, dulce y amorosa sentada junto a mí esta noche en el combate entre Wild Red Berry y Sukon Jake en el Hollywood Legion. No, señora Shatzkin. Simplemente me iré de aquí haciendo cábalas acerca de su amiguito y con algo más de fe en la inocencia de William Faulkner.

—Siento que piense de esa manera, señor Peters —dijo levantándose, me puse en pie y me reuní con ella—. Si cambia de opinión, por favor llámeme cuando quiera. ¿Debo suponer, sin embargo, que planea llevar a la policía la información que tiene sobre mi vida privada?

—No —dije, yendo hacia la puerta—. Solamente quiero buscar al señor Thayer Newcomb y tener una charla con él. No le gustaría facilitarme el trabajo dándome una dirección, ¿verdad?

Apretó los labios y levantó el pecho. Era como Juana de Arco defendiendo las voces que oía, una noble figura.

Salí al exterior, sin escolta, cerrando la puerta tras de mí. Haliburton estaba en el coche. Evidentemente había impedido la venida de los policías, pero su mente no había dejado de trabajar en lo que quiera que estuviese pensando.

—No hay problemas —dijo humildemente—. Yo… ¿qué quiso decir acerca de Culver City y… ¿Qué quería decir?

Haliburton era un perro faldero herido y celoso que esperaba ser

azotado o que le dieran una orden. Yo no iba a hacer ninguna de las dos cosas.

—No puedo decirle muchas cosas sobre esto —repuse, metiéndome en el coche. Me sujetó la puerta con firmeza, de forma que yo no podía cerrarla—. Era algo relativo con una transacción privada que hizo la señora Shatzkin. —Dejó la puerta y yo la cerré, pero bajé la ventanilla para añadir:

—Haliburton le sugiero que haga la maleta y se vaya a algún sitio limpio, si me hace caso, pero sé que no querrá escucharme. No puede. La medusa le ha dejado totalmente sordo.

—¿Medusa?

—Déjelo —dije, y me fui como la última vez. Observé cómo Haliburton iba disminuyendo por el espejo retrovisor, pero esta vez era un monstruo derrotado. Sus hombros no revelaban venganza sino sólo confusión.

Encontré un teléfono y llamé a Martin Leib, que me dijo que siguiera la pista a Thayer Newcomb, aunque no tenía mucha fe en ello. Me dijo también que visitara a Faulkner y le informara que a última hora de la tarde habría una vista para concederle libertad bajo fianza, lo que significaba que sería aún mucho más difícil mantener en secreto su arresto por asesinato.

—Incluso con la ayuda del condado —dijo Leib—, dudo que podamos mantener esto al margen de la prensa más de un día, como mucho dos, y si eso es así, William Faulkner no tendrá más remedio que acostumbrarse a vivir con la publicidad.

—¿Y la Warner Brothers? —pregunté.

—Tendrán que tener en cuenta las opciones —dijo como buen abogado.

—Lo que quiere decir que el viejo Billy Faulkner sería despedido.

—Los estudios no son ninguna institución de caridad —me recordó Leib y colgó.

Faulkner estaba mirando por la ventana de su celda cuando llegué al calabozo. El carcelero me dijo que no podía entrar. Le recordé que representaba al abogado del acusado. Me dijo que no le importaba, como si representaba el culo de una rata.

—Es un entrometido —dijo Faulkner despidiendo con la mirada al carcelero.

—Tengo una posible pista —le conté a Faulkner—. ¿Conoce a un tipo llamado Thayer Newcomb?

Faulkner se acarició el bigote con el dedo y caviló unos segundos antes de decir:

—Me temo que ese nombre no significa nada para mí.

—Hay una posibilidad —dije— de que ese hombre le tendiera una trampa o ayudara a hacerlo.

—¿Por qué demonios un extraño se va a tomar todas estas molestias para intentar que parezca que yo he matado a Shatzkin? —preguntó Faulkner.

—Tocado —repuse.

—Esperemos que no sea así —añadió—. He pasado el tiempo elaborando mi propio relato de misterio, que será tan lógico y normal como la vida misma, tan normal como un juego de ajedrez.

—Será un juego muy caballeroso —dije recordando los días en que me escabullía de mi hermano, hacía ya más de media parte de mi vida.

—Sí —dijo Faulkner—, un juego de caballeros. ¿Se considera usted un caballero, señor Peters? —preguntó con una mirada que podía ser de sarcasmo o de tristeza.

—No —dije—. Me miro en el espejo lo menos que puedo. ¿Y usted?

—Ah —suspiró Faulkner—. Me veo solo en la habitación de un hotel con varias botellas de Old Crow, y luego me veo con un pequeño grupo de amigos sentados toda la noche en una pequeña isla, allá en casa, en Sardis Reservoir, dando vueltas al espetón, asando vacas y cerdos y cantando «Water Boy».

De mirar en espejos había pasado a mirarse en el futuro que deseaba.

—Trabajaré en ello —dije, pero Faulkner ya había vuelto la cabeza hacia la ventana.

El carcelero me condujo al exterior, quejándose de que tenía los pies hinchados. Podría haberle contado alguna que otra historia sobre rodillas hinchadas, pero no me hubiera escuchado. Él era un charlatán. Yo, sin embargo, era un oyente.

Con un montón de monedas sueltas en la mano busqué un

teléfono en un bar y llamé a la oficina del señor Shatzkin. Hablé con la señora Summerland y pude enterarme de que Thayer Newcomb no era un cliente. Nunca había oído hablar de él. En información tampoco me pudieron ayudar. Busqué también en agencias artísticas y nada. Cuando ya sólo me quedaban unas pocas monedas y tenía que mirar de reojo por si alguien quería hablar por teléfono y tenía que salir de la cabina, di con ello. Newcomb trabajaba para la Agencia Artística Panorama. Dije que era su hermano James, el sacerdote, que había venido de Texas y que sólo estaría unas horas. La telefonista me dio su dirección, en el Hotel Augusta. La bendije y colgué. En la habitación del Hotel Augusta nadie cogió el teléfono.

Las pistas en el caso Faulkner se estaban agotando. Podía intentar buscar a Newcomb más tarde o acampar en el vestíbulo de su hotel hasta que apareciera. Mientras, podía trabajar un poco en el asunto de Lugosi. Me tomé una cerveza Ballantine en el bar, y escuché con el camarero a Vic'n'Sade. Era un poco antes de la una y a esa hora los negocios parecen tomarse un descanso. Pregunté si tenían algo para comer y dijo que me podía cortar unas lonchas de queso y ponérmelas entre pan con un poco de mostaza. Le contesté que me parecía estupendo. Cuando me lo trajo tenía un aspecto horrible y presentaba una clara huella digital, pero sabía bien. Me sumergí en la oscuridad vespertina del bar y de la cerveza, compartiendo un momento de reposo con Sade, el tío Fletcher y Rush que sonaban en la radio.

Mi próxima parada fue Clinton Hill, el contratista que era uno de los Caballeros negros, aquel al que se le caía la peluca y que sentía inclinaciones de mirón, como Wilson Wong había dicho. Encontré la empresa de contratistas en Inglewood, justamente donde me dijeron, pero no encontré a Clinton Hill. Era su hermano el que daba nombre a la empresa. Según la angelical recepcionista, el tipo que yo buscaba trabajaba como asistente de bibliotecario en la Universidad de San Bartolomé, a algunos kilómetros de distancia. Recogía el correo en la empresa de contratación y, según la chica, dejaba que la gente creyera que el negocio era suyo.

Entré en la biblioteca situada unas cuantas manzanas de casas más allá, en un enorme edificio de piedra. Era sorprendente porque la Universidad en sí consistía en un total de cinco edificios de piedra decadentes, rodeados por una verja de pinchos oxidados y

por docenas de hectáreas de un césped que necesitaba una buena siega.

Encontré un sitio libre y descubrí un Ford oscuro que aminoraba la marcha unas cuantas casas delante de mí. Lo observé durante unos minutos, y vi que dudaba y luego siguió adelante. Decidí apuntar el número de la matrícula de todos los Fords oscuros que viera y después comprobar para ver si había alguna coincidencia que demostrara que yo era un buen observador, o que estaba asustado, o ambas cosas.

La biblioteca era impresionante, era como una iglesia de un país extranjero El vestíbulo era de mármol y de madera oscura y la enorme habitación que le seguía tenía un tamaño como el de una catedral, con vidrieras policromadas; era pesada, sombría y sólida. Las vidrieras mostraban escenas de santos en varios estados de tortura o de sufrimiento. San Bartolomé era la figura central del espectáculo, donde había muchas flechas. Bajé la vista buscando cosas más mundanas en aquel mausoleo casi vacío. Había unos cuantos estudiantes sentados en unas pesadas mesas con algunos libros frente a ellos. Detrás del mostrador de madera que formaba una especie de círculo protector, había un bibliotecario: era un hombre alto y seco con un traje oscuro algo raído. Hasta llevaba puestos unos anteojos.

—¿Sí? —dijo al tiempo que yo me acercaba, dejando bien claro el hecho de que yo era un extraño.

—Chadwick —dije—. Soy el profesor Irwin Chadwick de Ucla, antropólogo. Hace poco estuve hablando con uno de sus bibliotecarios, un tal señor Hill, acerca de la colección que ustedes poseen de obras sobre temas de ocultismo. Quisiera saber si está él aquí y me puede ayudar.

El tipo reseco emitió un sonido que se parecía débilmente a una respuesta humana.

—El señor Hill —dijo— no es realmente bibliotecario, trabaja en la biblioteca reordenando libros. Tiene, sin embargo, un gran conocimiento e interés por lo oculto. Si quiere ir a los archivos le encontrará clasificando libros en el segundo sótano, sección cuatrocientos.

—Gracias —le dije, dirigiéndome hacia donde me había señalado.

—De nada, señor Chadwick —me contestó.

La puerta principal se abrió detrás de nosotros, pero no me volví para ver quién entraba. Avancé por una estrecha hilera de libros apilados en estanterías de metal, de unos dos metros de altura y me encontré con una escalera metálica de caracol que iba hacia arriba y hacia abajo. Bajé despacio, intentando hacer el menor ruido posible.

En el primer piso la luz provenía de unas pocas bombillas polvorientas que colgaban del techo y a través de unas ventanas llenas de polvo que probablemente estaban a nivel del suelo. Miré hacia abajo entre las hileras de libros en ambas direcciones y no vi nada. En aquel lugar había un olor que recordaba al papel viejo y deshecho. Bajé otro piso. Los peldaños de la escalera de caracol crujían un poco, pero se sostenían como probablemente lo habían estado haciendo durante una generación.

En el segundo sótano había otras pocas bombillas desnudas, de bajo voltaje, pero no había ventanas. Fui hacia la izquierda y comprobé que el suelo era de una especie de enrejado de metal. Se notaba que era como una cavidad vacía, que no me gustaba. En un nivel más abajo seguía habiendo más libros, pero estaba aún más oscuro y aún debía de haber otro piso debajo. Creía que había oído un ruido por encima y miré hacia arriba. Al volverme pude oír el eco de mis pisadas. Palpé mi revólver. Me estaba convirtiendo en un adicto a él. Como tuviera unos pocos enfrentamientos más, seguramente lo sacaría y me heriría casualmente sin querer.

—Señor Hill —musité roncamente, adentrándome por el pasillo entre las estanterías. Avancé entre filas de libros, que se elevaban unos seis metros cada una. Algunas filas tenían luces, pero la mayoría no. Había una cuerdecita colgando de cada bombilla y para encenderla había que buscarla a tientas por el centro del pasillo.

Me movía despacio, escudriñando entre cada fila de libros, a la derecha y a la izquierda, intentando atravesar los rincones con una mirada de confianza en el rostro por si había alguien escondido en uno de los huecos. Tal vez quien estuviera allí creería que yo podía

verle.

—¿Señor Hill? —repetí. Estaba ya casi junto a la sólida pared al final del estrecho corredor. Encontré otra escalera de caracol que subía y bajaba. Estaba pensando qué hacer cuando escuché un ruido sordo que salía de la oscuridad detrás de mí y se movía con rapidez y estruendo por una de las sobrecargadas filas de libros.

Eché mano de mi pistola y la saqué, retrocediendo hacia la escalera.

—¡Alto! —grité, y el eco de mi voz atravesó las sombras.

El ruido se detuvo, y pude vislumbrar una forma en la oscuridad.

—¿Me estaba llamando? —preguntó.

—¿Hill?

—Sí —dijo, saliendo a la luz; iba empujando un carrito de libros delante de él que chirrió ruidosamente por el suelo de metal. Era el mismo hombre que había visto en la reunión de los Caballeros negros, pero sin el pelo oscuro. Tenía algo de pelo, pero no demasiado. Miró el revólver, aterrorizado. Yo lo aparté.

—Lo siento —dije—. He tenido unas cuantas escaramuzas en los últimos días. ¿Sabe quién soy?

Una ola de tristeza cruzó por el rostro de Hill.

—Estaba en la reunión de los Caballeros negros del viernes. ¿Usted no es miembro? ¿Cómo me ha encontrado?

Había como un sollozo en su voz.

—Yo…

—Voy a dejarlo —dijo casi histérico—. Billings me prometió, nos prometió con sangre, no revelar la identidad de nadie.

—¿Sangre? —dije.

—Sangre humana simulada —explicó.

Le miré incrédulo tratando de imaginármelo.

—Sangre de gallina —aclaró.

—Soy detective privado —dije—. Mi nombre es Toby Peters. Voy a ser breve y claro, y no me importa si deja o no los Caballeros negros o los Tulipanes de la Mañana. Quiero respuestas.

Hill intentó empujar su carrito hacia mí pero yo golpeé con la pierna buena hacia atrás, atrapándole en el estrecho pasillo del que había salido.

—Alguien está tratando de asustar a Bela Lugosi, quizás algo

más que asustarle y estoy segurísimo que es uno de los Caballeros negros, y he reducido mi lista de sospechosos a dos. Y tú, viejo murciélago, eres uno de ellos.

—¡No! —gritó Hill—. No soy una de esas personas. Yo sólo voy a mirar. Nunca he podido hacer ninguna de esas cosas. Sólo voy por allí, echo una mirada y mantengo la boca cerrada. No puedo ni siquiera tocar la sangre que se emplea en la ceremonia. Puede preguntárselo al Conde.

—A Billings.

—Sí —gritó—. Vivo aquí en la biblioteca, no salgo nada más que para comprar algo de comida, recoger el correo e ir a las reuniones. No le haría daño a nada ni a nadie. Soy vegetariano.

—¿Vegetariano?

—Sí —dijo.

—¿Qué tiene eso que…? Olvídelo. —Si no podía ver sangre, era seguro que no le había enviado un murciélago empalado a Lugosi. Comprobaría su historia, pero tenía el presentimiento de que sería cierta, lo cual me dejaría muy pocos de los malditos miembros de los Caballeros negros.

—Prácticamente me mantengo solamente de helados —continuó.

—Está bien —dije—. Olvídelo. Olvide que le he molestado.

Empecé a caminar por el pasillo dejándole detrás.

—¿Se lo va a contar a los demás? —se lamentó—. ¿Les va a decir lo que hago y quien soy realmente?

—No —le grité—. Olvídelo.

Se quedó callado con un pequeño sollozo y me fui corriendo hacia la escalera por la que había bajado, pero algo me detuvo. Me quedé quieto. Algunos pasillos laterales tenían la luz dada cuando bajé antes. Ahora todas las luces estaban apagadas. Podía ser que se hubieran fundido de viejas o que fuera cosa de mi imaginación. Pensé en volver hacia atrás a la otra escalera del fondo, pero eso significaba volver a encontrarme con Hill. No podía enfrentarme de nuevo a su desolación. Saqué mi revólver y caminé hacia delante muy despacito, tratando de no hacer nada de ruido, pero aun así, lo hice. No pude ver a nadie moviéndose por arriba o por abajo y

tampoco oía nada por detrás.

Había llegado casi a la escalera, tratando de convencerme a mí mismo de que el miedo hace ver cosas raras. Entonces el terror apareció. Casi no se le oía y me atrapó en un instante como en un sueño. Era un ruido detrás de mí, como un movimiento del aire. Me volví a tiempo para ver el perfil de una figura con una capa negra descendiendo agazapado desde una de las estanterías. Me eché hacia atrás, aterrizando sobre mi trasero y levanté el revólver. La figura negra soltó una patada que me dio en la muñeca, y el revólver salió disparado hacia arriba, escapándoseme de la mano, golpeó un estante y se disparó. El disparo cruzó la distancia entre el rostro de la figura negra y el mío y le hizo detenerse antes de que pudiera darme otra patada. Pude oír el ruido que hizo el revólver al caer sobre el suelo de acero, rodando por debajo de algo y alejándose. Aconsejé a mi cuerpo que rodara rápidamente. Oí la siguiente patada que pude esquivar librándome así del golpe que iba hacia mi cabeza. Yo le lancé a mi vez una patada que le alcanzó en todo el estómago. Emitió un quejido de dolor y algo resonó sobre mi cabeza. Tenía un objeto pesado y estaba intentando desparramar lo que me quedaba de cerebro por la sección 400 de la Biblioteca de San Bartolomé.

Demasiado, quiere decir normalmente demasiado, aunque había descubierto con asombro la cantidad de demasiado que puede aguantar el cuerpo humano. Intenté arrastrarme sobre las rodillas, ignorando el dolor que me producía la pierna mala y eché los brazos alrededor del tipo que estaba tratando de matarme. Me lanzó otro golpe con la herramienta de metal que llevaba, pero yo estaba demasiado cerca y me dio en la parte blanda de las caderas. Desesperado le mordí en el estómago. Lanzó un chillido y gritó:

—Bastardo, loco.

—¿Yo? ¿Bastardo loco? —grité—. ¿Quién está tratando de matar a quién?

Me levanté y lancé un cabezazo en dirección a su barbilla y entré en contacto con la misma parte de su cabeza que él me había ablandado en el aparcamiento del restaurante Luna Nueva. Lanzó un quejido y le solté. Retrocedimos los dos. Yo notaba ráfagas de

dolor. Creo que ninguno de los dos queríamos volver a empezar, pero había algo en juego entre ambos. Podía verle adelantarse sombríamente hacia mí, y me preparé para recibirle, sabiendo que yo nunca podría salir huyendo y que volverme para atrás sería mi fin.

Lo único que podía oír en la oscuridad era nuestra respiración entrecortada. Entonces se oyó una voz sobre nosotros.

—¿Qué está pasando ahí abajo, Hill? —gritó el bibliotecario enjuto desde el mundo superior.

La cabeza de mi enemigo se volvió para arriba en dirección al ruido y le alcanzó una ráfaga de luz. Vi claramente su cara y supe que no la olvidaría. También supe que no la había visto antes. Se volvió y echó a correr en la oscuridad, al tiempo que la tenue luz del suelo metálico producía una réplica de su imagen al retirarse.

Me fui hacia arriba en dirección a la voz del plañidero bibliotecario y me encontré con él en el primer nivel.

—¿Qué demonios está pasando ahí? —preguntó.

—Algo está pasando —jadeé—. Además resulta razonable decir que es un demonio.

—¿Y dónde está el señor Hill? —siguió preguntando.

—No tengo ni idea. No tenía nada que ver en esto. Yo fui atacado por un demonio y salvado por San Bartolomé.

—Doctor Chadwick, ¿ha estado bebiendo?

—No —repuse, recostándome sobre una pesada mesa de roble que estaba cerca—. Pero he perdido un revólver allí abajo. Lo he oído caer.

—¿Los profesores de UCLA acostumbran a llevar revólveres? —preguntó, y esta vez la pregunta no iba dirigida a mí, sino a sí mismo—. Creo que lo mejor sería llamar a la policía.

—¿Qué hay de mi revólver?

—Llevará algún tiempo buscar en el nivel inferior —replicó, yendo hacia su escritorio—. Tenemos pensado hacer limpieza mañana. Si hay un revólver allí, podrá pasar a recogerlo.

No pude hacerle cambiar de idea, así que volví a salir a la luz del atardecer, desarmado. El rostro del hombre que me atacó en el segundo nivel tendría unos cuarenta años, era delgado y enloquecido. Su cuerpo era ágil y capaz. No podría olvidar ninguna de las dos cosas.

Traté de encajar todas las piezas mientras me dirigía a casa de Lugosi, pero no casaban, todavía no casaban. Mis dos casos seguían mezclándose entre sí. Cuando llegara el momento de calcular mis gastos, considerando que viviera lo suficiente para hacerlo, había un montón de puntos de los que no estaría seguro. Por ejemplo, no sabía a quién pertenecía mi amigo el de la Biblioteca de San Bartolomé, aunque parecía sacado más de una película de Lugosi que de una novela de Faulkner.

Cuando llegué a casa de Lugosi, encontré a Jeremy Butler en el jardín enseñando al niño de los vecinos cómo hacer una buena llave de boxeo.

—El chico me descubrió —dijo Butler—. Le expliqué a él y a su madre que estaba trabajando para Lugosi, que era una protección especial contra los japoneses.

—Es un buen luchador —me dijo el niño, mirando a Butler.

—Lo sé.

Le pedí a Jeremy que siguiera allí algunas horas más y que luego, si todo estaba tranquilo, se fuera a casa. Repuso que lo haría y me fui, pensando cómo explicaría Lugosi lo del guardaespaldas a sus vecinos. Suponía que sería lo mejor decirles la verdad, pero como yo casi nunca lo hacía, no veía cómo podía imaginar que lo hicieran los demás.

Eran casi las seis cuando llegué a mi despacho. Shelly estaba cerrando en ese momento.

—Tienes un mensaje —dijo—. Te lo he dejado en el teléfono. Mañana recogeré.

Para Shelly siempre había un mañana. Shelly hacía limpiar la consulta cada tres o cuatro meses a Jeremy Butler, que no podía tolerar el desorden ni un espacio que pudiera convertirse en tierra abonada para los gusanos. Cada vez que Jeremy limpiaba el despacho, Shelly se lamentaba y le amenazaba con mudarse porque su «sistema» se había visto alterado.

—Ese tipo con el problema de los colmillos —dijo, yendo hacia la puerta y sujetándose las gafas en la nariz— es un caso. Tiene buenos dientes, pero los perderá en un año, o tal vez en dos. Seguramente tendré que sacárselos. El hombre no está hecho para

llevar colmillos. Si Dios hubiera querido que el hombre llevara colmillos, se los habría dado. No necesitaría comprarlos en una tienda de disfraces. ¿Está lloviendo?

—No —dije, sacudiendo la cafetera en el mostrador. Sólo quedaban en la cafetera unos posos rancios, pero el hornillo aún estaba encendido. Lo apagué.

—¿De qué estaba hablando? —preguntó Shelly.

—De colmillos —le recordé.

—Sí, colmillos —dijo, moviendo la cabeza—. Sí… pero, ¿de qué sirve estar hablando? Haré lo que pueda. ¿Qué tal día has tenido?

—Muy bueno —dije abriendo la puerta y mirando a mi alrededor por si me había olvidado algo—. Casi mato a un tío. Me atacó un lunático en la biblioteca, y he perdido mi revólver.

—Muy bien —dijo Shelly—. Hasta mañana.

Cerró la puerta y me metí en mi oficina.

El recado que había en el teléfono era de Bedelia Sue Frye. Quería que la llamara. Miré por la ventana. Era casi de noche. No tenía ninguna intención de hablar con ella por la noche.

Entonces llamé al Levy en Sprina y pregunté por Carmen. Me quedaban casi sesenta dólares del dinero que me habían pagado mis clientes y tenía que visitar una sala de fiestas a cargo de mi cliente. Invité a Carmen, pero tenía que trabajar.

—¿Te puedo recoger cuando salgas de trabajar? —le dije.

—Trabajo hasta las dos de la mañana, y después de estar nueve horas de pie no tengo ganas de ponerme a jugar contigo. El miércoles libro.

—Estupendo —dije—. ¿Te apetece ir al cine?

—¿Y qué hay de la sala de fiestas? —preguntó.

—Ya veremos —dije—, ahora tengo que irme, acaba de llegar un cliente importante—. Colgué, di una vuelta por la oficina, y doblé el mensaje de Bedelia Sue Frye. Intenté hablar de nuevo con el Hotel Augusta. Esta vez me dijeron que el amiguito de Camile Shatzkin, Thayer Newcomb, se había ido.

Cuando el sol desaparecía en el horizonte y sin mi 38, me fui a casa con cuidado, me quité funda vacía del revólver, me duché, me afeité y compartí una lata de comida de treinta y nueve centavos

con Gunther. Le pregunté si quería venir conmigo a la sala de fiestas, pero dijo que tenía demasiado trabajo. Casi estuve pensando en invitar a la señora Plaut, nuestra casera.

Conecté la radio, ponían «Un hombre llamado X». Herbert Marshall estaba diciendo a Leon Belasco dónde podía encontrar unos papeles escondidos. Herbert Marshall siempre parecía muy seguro de sí mismo. Herbert Marshall tenía un montón de escritores trabajando para él.

Un poco antes de las nueve me puse lo más presentable posible, incluso me cambié de corbata, poniéndome la de emergencia, y me fui a Glendale. Me había criado allí, había trabajado en la tienda de ultramarinos de mi viejo, allí había sido policía. Había algunos sitios en que casi se adivinaba la pobreza a lo largo de la zona comercial, pero Glendale era un barrio de clase media alta con suaves colinas. Por los alrededores donde lindaba con otras ciudades, como Burbank, le amenazaba una potencial miseria que no podía ignorar.

El Arenque Rojo era un local que estaba en las afueras. El propietario lo llamaba *night-club*, pero no era más que un local de regular tamaño que había pasado por un montón de manos y de nombres. Recuerdo haber apresado cuando yo era policía en este barrio a un ladrón, que era un crío, escondido debajo del bar con una botella rota en la mano. El antepenúltimo propietario que tuvo el establecimiento era un tipo llamado Steele, al que yo conocía, que desapareció una noche y nunca volvió.

El Arenque Rojo era la dirección para la correspondencia del único miembro de los Caballeros negros que me faltaba por ver, se llamaba Simón Derrida. Aquel sitio no se puede decir que fuera un dechado de alegría cuando yo llegué. Estaban el camarero, dos tipos en el bar, una pareja en una de las mesas y cuatro tipos en otra. Los tipos iban bien trajeados y parecían vendedores. La pareja estaba formada por un hombre y una buscona aficionada. Detrás de ellos había una pequeña plataforma con unas cortinas y un piano vacío.

Fui hasta el bar y pregunté por Simón Derrida.

—Saldrá dentro de dos minutos —dijo el camarero, mirando el reloj—. ¿Qué va a tomar?

Pedí un Rainier y me lo llevé más allá del borracho de la barra que me miró con los ojos saltones, como si quisiera hablarme; me

fui a una de las mesas vacías.

La mujer que había en la mesa de al lado miró hacia mí para ver si yo ofrecía más posibilidades que el tipo que estaba con ella, y yo negué con la cabeza dándole a entender que no era así. Tenía un montón de pelo rojo, que no se le quedaba quieto y una sonrisa pintada en su enorme boca que prometía más tristezas que alegrías.

Casi me había terminado ya la cerveza, cuando apareció un tipo con un *smoking* deslucido y se sentó al piano. Tendría unos setenta años. Sonrió a los cuatro vendedores, a la mujer y a mí y empezó a tocar el piano y a cantar.

Tocó «Celos» haciendo una especie de imitación de Tony Martin y luego siguió con «Chatanooga Choo-Choo» con mucho movimiento de dedos. Aplaudí, los vendedores también aplaudieron y el tipo del piano sonrió ampliamente.

—Muchas gracias, señoras y señores. Ahora vamos todos a cantar «Vamos a arrojar a los japoneses en brazos de los nazis».

Empezó a tocar y a cantar, pero nadie le siguió; desalentado, intentó irnos diciendo las estrofas rápidamente antes de tocar el piano. Canté un poquito y uno de los borrachos nos acompañó confusamente cuatro líneas más. Si el viejo pato del piano cantaba una canción más, tendría que refugiarme en los servicios, pero no lo hizo. En lugar de eso, nos dio las gracias otra vez a todos y dijo:

—¡Y ahora el hombre que todos ustedes esperaban, el hombre que va a espantarles y divertirles al mismo tiempo, nuestro propio doctor Vampiro, Simón Derrida!

Tocó «El palacio del rey de la montaña» para obtener el aplauso de los borrachos y el último Caballero negro salió al escenario, con el traje con que había asistido a la reunión. No podía disimular su acento neoyorquino, aunque lo intentaba, y lo que le salía era una mezcla del acento de Bela Lugosi junto con el del Bronx.

—Buenas noches —dijo—. Es bueno ver algo de sangre fresca en el Club. Tengo un filón de nuevas historias para contarles. Amigos míos. ¿Saben lo que es peor que un hombre lobo que tiene la rabia?: un vampiro con dolor de colmillos.

El borracho eructó.

—Rápido —siguió Derrida haciendo ondular al aire su capa (parecía un peral seco más que un vampiro)—. ¿Qué es lo que tiene una rueda y recorre cien kilómetros con cuatro litros de plasma? Un

vampiro en un monociclo. O díganme ¿cuál es el edificio que visita primero Drácula cuando llega a Nueva York? El Vampiro State Bulding.

Nadie se reía; sólo estábamos escuchando realmente el borracho y yo. Yo tenía la mirada fija y Derrida empezó a tocar para mí, lo cual me obligó a prestarle atención y a fingir una carcajada. Parecía que no me había reconocido después de verme en la reunión de los Caballeros negros. Tenía la esperanza de que su actuación fuera corta, o de que se desilusionara por falta de respuesta, pero él siguió igual diciendo: «¿Qué es lo que un vampiro odia que le pongan para cenar?», y el borracho contestó «Filetes de estacas». Derrida le ignoró olímpicamente y volvió a repetir la pregunta.

—¿Qué se obtiene si se cruza un vampiro con un brontosaurio? —continuó Derrida.

—Un monstruo que duerme en el mayor ataúd que hayan visto.

Entonces fingí un golpe de tos que me sirvió para irme a los servicios, que eran pequeños, estaban sucios, y no tenían papel higiénico, pero donde por lo menos no tenía que aguantar ser el único soporte emocional de Simón Derrida. La carga era demasiado pesada.

Me quedé en el lavabo hasta que oí aplaudir a tres personas, lo que quería decir que Simón Derrida había terminado. Salí en seguida y me asomé por la cortina.

—Un momento por favor —dijo y volvió a salir para que le aplaudieran. El borracho y la fulana le aplaudieron y Derrida volvió al «camerino» que era lo suficientemente grande como para que cupiéramos los dos.

—Buen espectáculo —dije—. ¿Puedo invitarle a un trago?

Derrida sonrió:

—¿Me sale bastante bien verdad? No ha habido mala entrada para ser un día de diario.

Volvimos a mi mesa, sin que nadie nos prestara atención, mientras el tipo viejo del piano tocaba «Siempre».

—Voy a tomar un escocés —le gritó Derrida al camarero.

—Otra cerveza para mí —añadí.

—Me parece que le conozco de algo —dijo Derrida mirándome.

—Los Caballeros negros. Estuve allí con Lugosi.

—Es un hombre que me inspira —dijo Derrida solemnemente—. Simplemente mirarle me da un montón de ideas para crear nuevos chistes, estoy consiguiendo que mi imitación sea perfecta. ¿Que le parece a usted?

—Pavorosa.

—Entonces —continuó echándose hacia atrás en el asiento y colocando la capa sobre la silla—, me ha descubierto. Tenía que suceder. Demonios, hay que esperar cosas de este tipo en el mundo del espectáculo. Ataques al corazón, desastres. Hay que aprender a vivir con ellos. De todas maneras saco de ahí mucho material.

—¿Quiere decir —pregunté, al tiempo que el camarero ponía las bebidas sobre la mesa y esperaba para cobrar— que no cree en los Caballeros negros?

—Los empleo como fuente de inspiración, eso es todo. No ha venido en una buena noche. Les podía haber sacado algo más.

Esto me hacía comprender que todos los Caballeros negros eran un fraude, a excepción de Sam Billings. Con problemas en los colmillos y sin amigos verdaderos.

—No he venido por casualidad —dije—. He venido a verle a usted.

Le conté mi problema.

—¿Cree que yo estaba intentando morder a Lugosi? —dijo—. ¿Ha visto qué chiste?

—Lo he cogido —dije, tragándome la cerveza—. Lo he estado pensando, pero creo que está fuera de mi lista.

—¿Por qué? —preguntó—. Mire, si quiero también puedo ser peligroso. No siempre voy a hacer gracias, camarada.

—Ya lo veo —dije—. Usted es un soldado, un profesional. No va a cebarse con otro profesional.

Esto le hizo efecto.

—Bien —dijo seriamente, terminando su bebida—. Digamos que quiero ayudarle, pero no sé nada. ¿Por qué no se queda para el segundo pase del espectáculo? Tengo repertorio nuevo para esta parte.

—No creo que pueda —dije—. Mañana tengo un día muy ocupado. Por cierto, no pienso descubrirle ante Billings. Creo que él le necesita más que usted a él.

—No sé lo que me quiere decir, amigo —repuso Derrida.

—Olvídelo —dije, y me fui hacia la puerta.

El borracho me despidió con la mano. El camarero estaba leyendo un libro. La pelirroja charlaba y el viejo del piano jugaba con las teclas. Salí a la puerta y me fui hacia el coche.

Desde la taberna de enfrente llegó el chirrido de unos neumáticos. Yo no presté atención y seguí caminando hasta que me di cuenta de que el coche había cruzado la calle y venía junto a la acera, justo por detrás de mí. Fingí moverme hacia la pared y me lancé hacia la calzada, sintiendo un tirón en la rodilla. El coche giró bruscamente y pasó junto a mí, una bala hizo saltar un trozo de asfalto que casi me da en la cara. En el Ford había dos personas. No pude ver al conductor, pero el tipo que iba de pasajero era el mismo que me atacó en la biblioteca. Esperé a ver si hacían otro intento y oí que el coche bajaba por la calle y daba la vuelta; entonces vi sus luces. Ya había perdido el miedo. Estaba lleno de cólera. Alguien estaba intentando matarme, e iba a seguir haciéndolo hasta conseguirlo a menos que yo hiciera algo por mi parte. Parecía que aquél era un buen momento para intentarlo. Rodé entre las sombras hacia el coche tras el que me había ocultado y me fui a rastras hasta mi Buick mientras que el Ford aminoraba la marcha y avanzaba buscándome. Salté a la acera, abrí la puerta lo menos que pude, me colé dentro y puse el coche en marcha en cuanto pasó el Ford. Arranqué sobre un neumático y puse las luces largas. Podía ver ambas figuras delante de mí y ellos se dieron cuenta en ese momento de que me tenían detrás. Era el momento propicio para la locura, aceleré, empujé al Ford por detrás, dándole una sacudida, para golpear así las cabezas de los dos tipos del asiento delantero.

Al infierno con mi Buick, ahora ya era un arma desechable, y la iba a emplear. El conductor del Ford decidió esperar otro día mejor y salió a toda máquina, pero yo no tenía intención de proporcionarle ese otro día. La noche era mía e iba a aprovecharla.

Le seguí a través de Burbank y por las colinas. No apareció ningún policía para detenernos y eso me vino muy bien.

Atravesamos Grifith Park y fuimos más lejos aún. Nos saltamos los discos rojos y sorteamos a los peatones. Lo único que podía detenerme era una bala o que me quedara sin gasolina.

Entonces los perdí. Maldije a mi coche, a mi hermano, mi estupidez y mi sino. No sabía ni siquiera dónde estábamos. Sabía que era una calle pobremente iluminada con pequeños apartamentos. Conduje despacio calle abajo, observando y escuchando. Nada. Entonces oí el tubo de escape de un coche o un disparo, di la vuelta al bloque de casas, y descubrí el Ford debajo de una farola. Tenía las puertas abiertas. No había nadie a la vista.

Conduje hasta el coche y salí. En lugar de ir hacia el Ford cogí el gato de la caja de herramientas. El Ford estaba vacío, pero a la luz de la farola pude ver sangre, mucha sangre en los asientos, especialmente en el del acompañante. Había un rastro oscuro que salía del coche. Empecé a seguirlo con el gato en la mano. La luna llena estaba en el cielo y empecé a recobrar mi instinto de conservación y el miedo; la pista de sangre seguía hasta la puerta de una casa de apartamentos. Entonces me di cuenta. Pensé que estaba teniendo una de esas sensaciones en las que crees que ya has estado en un sitio desconocido; pero yo había estado allí. Había estado a plena luz del día y hablado con un conserje llamado Rouse.

Entré y llamé a la puerta de Rouse. Entró en el vestíbulo con la camisa y la boca abiertas y descorrió el cerrojo de la puerta.

—Acababa de llamarle hace dos minutos —dijo—. ¿Cómo…?

—¿Arriba? —pregunté.

Entonces descubrió el reguero de sangre que llevaba hacia arriba en la oscuridad y la herramienta que yo esgrimía en la mano.

—Le daré los cinco pavos cuando baje —dije yendo hacia las escaleras con cuidado.

—Señor —dijo Rouse—, quédese con los cinco pavos. Voy a llamar a la policía.

Desapareció en su apartamento y cerró la puerta detrás de él. El reguero de sangre conducía directamente a la puerta del apartamento que Camile Shatzkin tenía alquilado como la señora Offen. La puerta estaba abierta y las luces apagadas. Me moví despacio, dándole una patada para cerrarla, y retrocedí con el gato en la mano por si había alguien detrás de mí. No había nadie. Entraba suficiente luz de la calle como para poder seguir la sangre,

pero me adelanté y encendí el conmutador que había en la pared con el arma preparada.

La pista llevaba hasta el dormitorio, la seguí y abrí la puerta de una patada. Allí estaba. El tipo que había saltado sobre mí en la biblioteca y había intentado matarme con el Ford. Estaba sobre la cama mirándome, pero no veía nada. Una estaca de madera estaba clavada en su pecho y tenía las manos muertas, crispadas como en un último intento de defenderse.

8

Antes de que llegara la policía rebusqué en los desagradables bolsillos del tipo que estaba sobre la cama y descubrí que era Thayer Newcomb. Este era el segundo que perdía la señora Shatzkin y para mí resultaba algo un poco confuso. El apartamento y Newcomb estaban ligados al asesinato de Shatzkin, pero Newcomb había actuado de una forma que más parecía la de un Caballero negro de Transilvania que la de un amante secreto. La estaca que tenía en el pecho parecía confirmar el sello del vampiro, y la tarjeta perfectamente mecanografiada que llevaba en la cartera, aunque un poco manchada de sangre, no ayudaba en absoluto. La tarjeta tenía escritas las palabras exactas de la amenaza que Lugosi había recibido por teléfono. Volví a guardarle la cartera, incluido los quince pavos que tenía, puse mi arma en un estante de la cocina y esperé a oír la sirena de la policía.

Llegó aproximadamente a los diez minutos. Fuertes pisadas resonaron por las escaleras, y sonó una llamada aún más fuerte en la puerta.

—Policía —dijo una voz.

—Entre —repuse, sentándome en el sofá con las dos manos a la vista.

Entraron con la pistola en la mano, con las gorras azules sobre los ojos, preparados para provocar más regueros de sangre si alguien decía algo que no debía. Yo dije exactamente lo que debía decir.

—Está en el dormitorio.

Uno de los tipos era joven, de unos veinte años, y parecía que un sastre le había hecho el uniforme a la medida de su cuerpo de atleta de colegio universitario. Pensé en cuando yo tenía veinte años y era joven mirando sus asustados ojos azules. El otro policía tendría unos diez años más, le sobraban siete kilos y tenía la piel como si de

niño hubiera tenido una enfermedad. El policía más viejo entró en la habitación. El joven estaba preparado para matarme si se me ocurría rascarme la nariz.

—Ahí hay un tipo muerto —dijo el policía de la piel enferma saliendo de la habitación.

—Ya lo sé —dije.

—Se lo estaba diciendo a mi compañero.

—Lo siento.

El compañero jovencito entró corriendo a la habitación, sujetándose la funda de la pistola con la mano libre para que no le golpeara en la pierna. Salió de prisa.

—Está muerto —dijo—. ¿Qué hacemos?

—Llame a la policía —sugerí.

—No tienes gracia, tío —exclamó el policía más viejo.

—¿Dónde está el teléfono?

—Aquí no hay ninguno —le dije—. Abajo el conserje tiene uno.

El joven bajó corriendo las escaleras, y el poli viejo siguió con la mano en la pistola.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Déjeme en paz —dije.

Algo más de una hora después, tras haber observado cómo los tipos del laboratorio intentaban encontrar la diferencia entre lo que constituía evidencia del caso y lo que era basura arrojada por la policía, seguí mi camino hacia la comisaría de Wilshire. Le había dicho al policía que me interrogó que el asesinado tenía que ver con el caso que dirigía el oficial Cawelti. El policía llamó a Cawelti y se alegró de dejar el caso en sus manos, junto conmigo y su informe. Él tenía que ocuparse de un problema muy serio: una banda de ladrones de caucho. Por lo que a él se refería, con la escasez que había de dicho material, aquello era más importante que unos artistas que morían asesinados.

—Durante medio siglo los artistas han sido asesinados y se han suicidado en esta ciudad —dijo filosóficamente el policía mientras masticaba una pastilla de chicle.

Le contesté que eso era cierto, aunque no sabía qué podía tener que ver con su desinterés.

En la comisaría de Wilshire, Cawelti, con su pelo peinado con raya en medio y gomina se levantó cuando yo entré en la sala de oficiales. En la habitación había unos pocos policías y yo creí oír voces en el despacho de mi hermano. Había una gran caja de cartón que había contenido emparedados sobre un escritorio cercano. Por el olor podía decir que provenían de una charcutería.

Cawelti tomó el informe del policía.

—¿Qué es lo que quiere? —dijo Cawelti—. ¿Una propina?

—Le voy a decir algo —dijo el policía que me había llevado—. Algún día se encontrará conmigo otra vez, cuando necesite un favor. Piénselo.

—Chavales —dije suavemente—, ha habido un asesinato.

El policía que me había traído se dio media vuelta con gesto de desprecio y salió. Cawelti me lanzó un gruñido. Le sonreí lo más dulcemente que pude, y él se dedicó a leer el informe. Esto le llevó unos tres minutos. No lo leyó dos veces. Debía haberlo hecho.

—¿Por qué le mataste? —dijo mirándome.

—Estaba muerto cuando llegué allí. Me encontré con el portero abajo y vimos un rastro de sangre. Lo seguí. La declaración del portero está en el informe.

—Probablemente le atacaste con la estaca de madera y le seguiste arriba para asegurarte de que estaba muerto —insinuó.

—Y entonces esperé a que viniera la policía —dije.

—¿Por qué no? —preguntó echándose hacia atrás con las manos detrás de la nuca. Quería que yo me ofendiera, pero yo no iba a seguirle la corriente.

—Venga ya —dije—. Estaba trabajando en un caso. Creo que este tipo tiene algo que ver con el asesinato de Shatzkin.

—El tipo que Faulkner mató —dijo.

—La señora Shatzkin alquiló el apartamento donde se encontró el cuerpo y, según ella, el fallecido era su amante. Todo se resume en un montón de podredumbre.

—Encaja muy bien con sus estúpidas ideas —dijo Cawelti, señalando el informe.

—¿Por qué no le pregunta a la señora Shatzkin por su amante y lo comprueba con el conserje? Enséñele su foto.

—¿Ella le clavó la estaca a ese tipo, Newcomb?

—No creo —dije—. Pudo haber sido un monstruo que le sigue

los talones llamado Haliburton. Estaba celoso. A lo mejor acababa de descubrir que eran amantes.

—Parece que la señora Shatzkin tiene un papel muy importante —dijo Cawelti con agrio sarcasmo—. Aunque tenga razón, ¿qué hay de la afirmación de Shatzkin de que Faulkner le había matado?

—Estoy trabajando en eso —dije, y miré a la puerta de mi hermano que se acababa de abrir. Salieron él y Seidman. Cawelti los vio y se incorporó como si estuviera en plena actividad, buscando un lápiz.

—¿Y qué estaba haciendo siguiendo a Thayer a un apartamento en Culver City? —preguntó Cawelti, dejando que se volvieran sus ojos, pero no su cabeza, hacia Phil y Seidman que avanzaban.

—Le prometí al portero cinco pavos si me llamaba cuando oyera entrar a alguien en el apartamento.

Phil y Seidman estaban a tiro y podían escuchar.

Cawelti atacó.

—Rouse le llamó, le dejó un mensaje en su pensión y usted llegó dos minutos más tarde a pesar de que vive en Heliotrope en Hollywood. Se dio mucha prisa.

—Le estaba siguiendo la pista a Newcomb; él había intentado acabar conmigo porque le seguía muy de cerca. Estaba protegiendo a algún inocente policía como usted que debía haber estado desenterrando lo que yo desenterraba e investigando a Newcomb en lugar de estar sentado aquí, intentando demostrar lo que significa ser un verdadero imbécil.

Cawelti empezó a levantarse y echó una mirada a Phil, que no se movió; simplemente le observaba sin decir una palabra. Seidman miró el reloj.

—¿Tiene algún informe sobre lo que está pasando aquí? —preguntó Phil al tiempo que Cawelti se adelantaba, me agarraba por la chaqueta, y me levantaba de la silla de madera. La silla salió rodando por la sala, chocó con la mesa, y se destrozó.

Cawelti se detuvo pero no me quitó los ojos de encima, ni las manos de la chaqueta.

—Déjale —dijo Seidman sencillamente.

Cawelti miró a Phil, que se había levantado para coger el informe.

—Haz lo que creas más conveniente —indicó Phil bajando la

mirada para leer el informe y aflojándose la corbata hasta el punto de que ya no tenía ni nudo.

Lo que a Cawelti le pareció mejor fue darme un puñetazo en la cara. Me alcanzó en la nariz, la mejilla y el borde del ojo. Me retorcí y empecé a caerme pero me agarré a un pico de la mesa. Yo sabía que había querido que Cawelti hiciera aquello para poder pegarle tan fuerte y rápido como me fuera posible, pero era demasiado tarde. Phil había rodeado el escritorio de Cawelti como una pelota en un campo de juego y le había agarrado por la garganta.

La cara desencajada de Cawelti se puso roja y luego más roja aún, al tratar de arrancar la presión de los dedos de Phil.

—No vuelvas a tocarle —dijo apretando los dientes de forma que parecía que se le iban a romper de la presión—. No vas a poder comer nada más que mermelada durante una temporada, ¿entiendes?

Cawelti intentó hablar, pero las manos de Phil que le rodeaban el cuello no se lo permitían. Lentamente se iba transformando de rojo en azul.

—Phil —dijo Seidman sin moverse—. Ya vale.

Algo en el interior de Phil debió oírle y respondió lentamente liberando a Cawelti de sus gruesos dedos. El pelo de Cawelti dejó ver su calva enrojecida cuando se tambaleaba contra el escritorio.

Yo no dije nada.

—Ven con nosotros —ordenó Phil por encima del hombro dirigiéndose a mí y se alejó hacia la puerta con Seidman detrás para asegurarse de que no le pegaba un viaje a Cawelti, que respiraba con dificultad.

—Creo que te dolerá la garganta —dijo Seidman a Cawelti—. Vete a casa, haz gárgaras y métete en la cama hasta mañana a mediodía.

El odio era una bendición, comparado con la mirada que Cawelti me lanzó mientras se dirigía vacilante hacia su escritorio jadeando y palpándose la garganta. Fui cojeando y alcancé a Seidman y a Phil, que iba leyendo el informe sobre Newcomb mientras caminaba.

—Phil —llamé.

—Cállate —musitó, bajando las escaleras—. Haz el favor de

callarte. No me gusta lo que acabo de hacer, y te lo puedo hacer a ti también que es lo que más me gustaría, así que cállate.

—Tenemos una llamada —dijo Seidman al salir por el vestíbulo saltando por encima de un cubo de basura que se había caído y casi tapaba la puerta.

—Limpia esto, Swartz —gritó Phil al viejo policía que estaba en la entrada.

—Soy Clayton —replicó el hombre—. Y eso no ha pasado durante mi turno. Algún tipo intentó huir. Swartz debía haberlo limpiado. Si se para y…

Phil se paró y se volvió para enfrentarse a Clayton que se calló.

—Lo voy a limpiar ahora, teniente —dijo dócilmente, y salimos para dirigirnos a un coche que estaba junto a la acera.

Cuando íbamos en el coche, con Seidman conduciendo, y Phil y yo juntos en el asiento trasero, Phil dejó el informe y me ordenó:

—Ahora habla, no quiero bromas, ni mentiras, ni errores, y no te pegaré.

Fui hablando mientras nos dirigíamos no sé adónde a través del oscuro amanecer. Le conté la verdad desde el principio hasta el fin, incluyendo todo lo de Shatzkin y lo de Lugosi.

—Entonces —dijo Phil—. ¿Tú qué deduces de todo esto?

—No sé —repuse—. No hay relación entre los dos casos. Es una locura.

—Hay una relación —intervino Seidman desde el asiento delantero. Podía ver su cara, que parecía una calavera con los ojos hundidos, por el espejo retrovisor.

—Ya —dije—. Yo; yo soy el eslabón perdido.

—¿Y..? —preguntó Phil.

—Voy a trabajar sobre esto —dije.

—¿Qué tal tienes la rodilla? —se interesó Phil, dejando de mirarme y volviéndose hacia la ventanilla.

Este golpe no me lo esperaba y no supe qué hacer. Se me quedó la mente en blanco. Recordé más de cuatro décadas de mi vida con Phil. Tres de ellas no habían sido nunca como este momento.

—Ruth me lo dijo —me explicó.

—¿Qué te ha dicho?

—Lo del dinero.

Seidman hizo como si no oyera nada.

—Creí que me partirías la cabeza si te enterabas —dije.

Phil tenía las manos sobre su regazo, aquellas manos querían hacer algo, pero su mente las detenía.

—No me gustó —dijo—, pero lo necesitaba.

—Entonces ¿por qué te sujetas así las manos? Si me olvidara de tus palabras, creería que querías abrirme la cabeza.

—Es por otra razón —dijo—. Dave pasó mucho miedo. Dijiste que le ibas a llevar a ver *Dumbo*, y le llevaste a ver una película de zombis. Esta noche ha tenido pesadillas. ¿Ya se te ha olvidado que el año pasado casi se muere cuando le atropelló aquel coche? Tiene sólo ocho años y vive con el pensamiento de que casi lo matan.

—Me equivoqué —repuse en voz baja.

—Te has equivocado el noventa y nueve por ciento de las veces, desde que tenías…

—Desde que tenía ocho años —terminé—. ¿Dónde vamos?

—Haliburton, el amigo de la señora Shatzkin acaba de tener un accidente —dijo Seidman.

No hablamos nada más. Seidman conectó con la emisora de la policía para romper el doloroso silencio. La radio nos asaeteó con números y domicilios, nos consoló con informes sobre vandalismo y posibles mutilaciones, o sea que nos hizo pensar en algo más que en nosotros mismos.

Llegamos adonde nos dirigíamos en unos diez minutos. Era un hotel en la ciudad, en Main Street, a unos pocos metros de la estación de autobuses. En la puerta había un cartel que anunciaba habitaciones desde dos dólares, con baños independientes.

Cuando entramos en el vestíbulo, el conserje rodeó el mostrador y vino hacia nosotros con la boca abierta disponiéndose a hablar. Phil levantó la mano para que no dijera nada y ordenó a Seidman:

—Habla tú con él.

Un policía joven, con la cara pálida, sudando por el cogote y con la placa nueva y reluciente, estaba esperando en el ascensor. El recibidor, que no daba más que para albergar unas cuantas sillas con la tapicería destrozada y tres palmeras achaparradas, estaba

vacío.

—El ascensor está ocupado, teniente —dijo el policía joven—. Soy el oficial Rnzini. El crimen ha sido en el cuarto piso.

—Creo que podré subir sin que me dé un infarto —le soltó Phil.

—No quería decir… —empezó Rnzini, pero Phil ya estaba subiendo las escaleras de dos en dos, intentando no jadear. Yo seguí detrás de Rnzini, procurando no oler la ranciedad del local.

—Es una locura —me susurró Rnzini confidencialmente, pero lo suficientemente alto como para que Phil lo oyera—. Parece que al tipo le han disparado, pero estaba solo en una habitación cerrada con llave, la ventana estaba atrancada, parece como si no la hubieran abierto hace años. No tiene sentido.

Phil se detuvo de pronto en las escaleras, y Rnzini tuvo que echarse contra la pared para no tropezar con mi hermano, que resollaba como una nevera malhumorada. Phil se había parado para recobrar el aliento, pero enmascaró esta razón volviéndose hacia el policía que iba detrás de él.

—A lo mejor lo hizo usted —dijo—, solamente para confundir al departamento de policía. A lo mejor estaba aburrido. A lo mejor ver crímenes le ha retorcido la mente.

Rnzini empezó a sonreír y se detuvo, Phil no se reía.

—Teniente, soy católico —repuso muy serio.

—Claro —contestó Phil y comenzó a subir de nuevo las escaleras. Rnzini se mantuvo un poco alejado detrás de él.

Había una pequeña multitud en el cuarto piso y un policía uniformado y algo soñoliento estaba de pie delante de una habitación cuya puerta estaba desencajada. El policía se puso alerta.

—¿Ha hablado con toda esta gente? —dijo Phil mirándole por encima del hombro.

—Con todos los que han admitido haber oído algo —contestó Rnzini con aire de importancia.

Phil se abrió paso a codazos entre dos chavales mejicanos. Uno de ellos le miró con enfado, y Phil le devolvió la mirada.

—¿Qué pasa, chico? —dijo.

Los dos muchachos retrocedieron y se fueron.

Dentro de la pequeña habitación Phil echó un vistazo, pero no había ninguna duda de cual era el punto de atracción: el cuerpo que estaba sobre la cama.

—¿Este es Haliburton? —me preguntó.

Fui hacia el cadáver. Las personas que han muerto tiroteadas no dan una imagen de paz, y si les han disparado desde muy cerca no se parecen a nada en absoluto. Haliburton aún mantenía su apariencia. Tenía la mano derecha crispada en torno a un revólver del 45.

—Sí, es él —dije.

—Dame tu cuaderno —le lanzó Phil a Rnzini, y se lo arrancó de las manos al joven policía que estaba sudando, antes de que éste pudiera entregárselo. Phil se fue al cuarto de baño y lo leyó despacio y por completo. Rnzini permanecía a un lado, tratando de no respirar y no pensar. El sargento Seidman entró en la habitación y miró a su alrededor. Su expresión no se alteró cuando observó el enorme cuerpo de Haliburton que estaba sobre la cama.

Le había aconsejado a Haliburton en una ocasión que recogiera sus cosas y que se fuera, y parecía que había seguido mi consejo, pero que no había corrido lo suficiente ni había llegado lo suficientemente lejos. Seidman entró en el cuarto de baño, y Phil se levantó del inodoro, entregándole el cuaderno. Seguí a Seidman y observé a Phil quitarse la corbata, metérsela en el bolsillo y sentarse en la cama junto al muerto, pero lo suficientemente alejado como para no mancharse de sangre.

—Tenía el revólver en la mano y la puerta cerrada, porque tenía miedo de que alguien le buscara para nada bueno —dijo Phil—. ¿Le dice esto algo, Rnzini?

Leí los apuntes por encima del hombro de Seidman. Estaba escrito cuidadosamente con letra clara y era fácil de leer. Después de pasar por los detalles preliminares que se referían a la hora en que se habían desarrollado los hechos y la llamada a la policía, el informe consistía principalmente en la declaración de un testigo, un tal Richard A. Mann que vivía en Sagamore Drive 1488, Cleveland, Ohio.

La declaración decía:

> «Mi nombre es Richard A. Mann. Vivo en el 1488 de Sagamore Drive en Cleveland, Ohio. Soy representante de

joyería. Normalmente me alojo en el hotel más limpio y barato que encuentro. Ya sabe, para sacar el mayor margen posible en las ventas, pero ahora la venta está bastante baja. Aunque no soy el único al que le pasa esto. Nadie sabe lo que va a ocurrir con esto de la guerra. No quieren comprar. A decir verdad, si hubiera sabido lo malo que era este sitio, no me hubiera quedado.

»Era aproximadamente la una de la madrugada, hace tal vez una hora. No me podía dormir. Estaba leyendo las noticias y a Li'l Abner. Me levanté, y me enjaboné la cara para afeitarme. Me eché una toalla alrededor del cuello. Este sitio está hecho de madera de balsa. El tipo de arriba había estado paseando arriba y abajo de la habitación. Estuve a punto de subir y decirle que se sentara, pero ya había tenido noches como ésta en la carretera, ya sabe. Así que le dejé en paz. Tal vez tenga demasiados problemas. Vive y deja vivir.

»Estaba en la habitación junto a la cama, poniéndome la crema en la cara, ya sabe. No hay mucho sitio para moverse en una habitación pequeña con un baño tan chico. Podría decir exactamente en qué sitio estaba el tipo de arriba, y estoy seguro de que el tipo de abajo también sabía donde estaba yo. Bueno, pues yo estaba junto a la cama decidiendo si me quedaba contemplando el papel de la pared unas cuantas horas o si me ponía a escuchar la radio después de afeitarme, cuando oí los disparos. Fuertes, eran muy fuertes. Inmediatamente supe de donde venían. Una explosión y un eco. Por un momento pensé que había estallado la caldera del edificio. Es probable que esto pase algún día. El radiador estuvo sonando toda la noche. Probablemente no los habrán revisado hace años. Bueno allí estaba yo, dispuesto a afeitarme y me quedé inmóvil durante un segundo. Lo dejé todo y salí al vestíbulo. Todavía tenía la cara llena de crema, con la toalla sobre los hombros, ya sabe.

»El Belvedere no tiene muchos clientes curiosos. En un sitio como éste, y he estado en muchos así, la gente tiene sus propios problemas y no andan por ahí metiéndose en los asuntos de los demás. Pero había unas pocas personas en el vestíbulo. Un tipo viejo que llevaba patillas blancas parecía

un pájaro asustado. Llevaba puesta una camiseta que tenía un agujero. Tenía la boca abierta como para decir algo, pero no le salía nada.

»“Arriba ha habido disparos”, dije y subí las escaleras. Tal vez debía haberme metido en mis propios asuntos, pero no lo pensé. El tipo que paseaba podía haberse suicidado o matado a alguien. Esos disparos habían sonado demasiado cerca.

»Las escaleras crujieron al subir. Puede darse cuenta que no soy un tipo ligero, pero las escaleras de un hotel deben hacerse para soportar mucho más peso. Todo este sitio se está cayendo a pedazos. Cuando llegué al cuarto piso había allí tres o cuatro personas en el vestíbulo. Una mujer que parecía… bueno, oficial, usted conoce este sitio mejor que yo. La mayoría de las puertas estaban cerradas y tranquilas, como si no hubieran oído lo que debían haber oído.

»“Aquí”, les dije, y señalé la puerta de la habitación que está sobre la mía. Debí parecer un loco lleno de espuma. Se retiraron y yo llamé a la puerta. No hubo ninguna respuesta. La puerta estaba cerrada. Les dije a todos los que estaban en el vestíbulo que se retiraran y me lancé sobre la puerta golpeándola con el hombro. Por fin saltó, y quedó abierta. Creo que mi hija, que tiene diez años, hubiera podido derribarla también. Entonces le vi. Estaba tumbado en la cama tapado como está ahora. Nunca lo olvidaré. Regresé al vestíbulo antes de que nadie lo pudiera ver. Sentía haberlo visto. Le dije al tipo que estaba más próximo, un tipo delgado de unos sesenta años, creo, que avisara a la policía. Entonces volví a entrar en la habitación para ver si estaba aún con vida. Créame, no quería comprobarlo, y no pensé que pudiera estarlo pero ya sabe, podía haber alguna esperanza. Estaba muerto. Le grité a los que estaban fuera que no entraran, que no tocaran nada y yo simplemente esperé hasta que usted llegó. Ahora si no me necesita para nada más, oficial, me siento algo nervioso, y me gustaría volver a mi habitación y asearme. Si me necesita, estaré en la habitación que hay justamente debajo».

Era el informe más completo e innecesario que había visto en mi vida. Debía de ser el primer caso de asesinato de Rnzini, y no quería dejar que se le pasara nada. Si seguía siendo policía, los informes serían cada vez más chapuceros y llegaría un momento en que empezarían otra vez a estar mejor o a deteriorarse como la mayoría.

—¿Sabe quién mató a ese tipo, Rnzini? —preguntó Phil, mirando directamente al joven policía.

—No —contestó Rnzini. Parecía que iba a soltar una risita y a confesar que había sido él mismo.

—Pues debería saberlo —suspiró Phil—. Por Dios que lo debería saber.

—Tiene razón —corroboró Seidman, que volvía a entrar en la habitación y le devolvió el cuaderno a Rnzini.

—Lo pone en tu libro, chaval —dije.

Rnzini miró a su cuaderno, pensando que alguien había escrito algo sin que él lo hubiera visto.

Sin mirar el cuerpo, Phil dijo con un rugido de odio que me resultaba familiar:

—Mirad a nuestro amigo Haliburton que está aquí en la cama, tiene agujeros de bala con una característica muy semejante, son muy grandes. Agujeros de bala en los pies, de arriba a abajo. ¿No le parece algo extraño, Rnzini?

—¿Le dispararon cuando estaba acostado en la cama? —aventuró Rnzini.

—No hay agujeros de bala en la cama junto a los pies. Hay mucha sangre, pero no hay agujeros. Hay sangre en el suelo —dijo Seidman, mirando por la habitación y por el suelo.

—Alguien le movió, Rnzini —dijo Phil, mirando a la pared—. ¿Tiene idea de quién pudo ser?

—Yo no fui —repuso Rnzini poniéndose a la defensiva.

—Bueno esto me facilita la tarea y reduce mi lista de sospechosos —dijo Phil—. ¿Tiene alguna otra idea?

—Tenemos un tipo que está solo en una habitación —Seidman intervino en la conversación—. Tiene un revólver y está asustado de que alguien le esté persiguiendo. Imagínese que usted le está buscando y le encuentra aquí. ¿Qué haría usted?

Rnzini intentó pensar, pero no se le ocurrió nada, nada excepto una mirada que revelaba que tal vez ser policía no era una

profesión tan buena, después de todo.

—Rnzini —insistió Phil.

—No sé, teniente…

—En un hotel que es una caja de sardinas, como éste —dijo Phil mirando a la alfombra redonda de imitación oriental, que hacía mucho que había perdido la forma— debe buscar una habitación que esté al lado o debajo o encima de la del tipo al que anda buscando. Debe conseguir una pistola, de mucha potencia, escuchar a su viejo amigo Haliburton paseando unos minutos por la habitación, imaginarse dónde está parado y lanzar un disparo a través del techo, de la pared o del suelo. No hacía falta que fuera muy certero. ¿Ve muchos agujeros en las paredes o en el techo, Rnzini?

Rnzini miró. No había nada.

—Le apuesto diez contra cinco a que si levanta esa alfombra de saldo, encontrará algunos agujeros en el suelo —dijo Phil.

—¿Fue el señor Mann, el de abajo? —preguntó Rnzini. Phil parpadeó amargamente; Rnzini se agachó y movió la alfombra. El dibujo de los agujeros en el suelo era prácticamente simétrico. La habitación de abajo estaba a oscuras.

—El señor Mann —dije— se puso crema de afeitar en la cara, se echó una toalla por los hombros, se subió a una silla y disparó a Haliburton que debió de quedarse de una pieza.

—Disparó —continuó Seidman— y salió corriendo al vestíbulo, y empezó a gritar que había oído un disparo arriba antes de que nadie tuviera la posibilidad de pensar o de decir que el disparo podía haber sido efectuado en su habitación. Subió las escaleras y llegó a la puerta de la habitación de Haliburton, la echó abajo y le dijo a todo el mundo que se fuera y que llamaran a la policía. Quería estar seguro de que Haliburton estaba muerto, y quería ganar algo de tiempo. Puso el cuerpo sobre la cama, corrió la alfombra para tapar los agujeros, y esperó a que llegara la policía. Entonces le contó su historia.

—Pero —dijo Rnzini— ¿Para qué se puso la crema de afeitar?

—Para taparse la cara —dije—. Podía llevar una máscara en sus propias narices. Seguramente empleó la toalla para mover el cuerpo, y no mancharse de sangre. Después se fue derecho al cuarto de baño y cogió otra toalla limpia. La que estaba manchada de

sangre estará probablemente debajo del cuerpo o debajo de la cama. Entonces le contó su historia, se volvió a su habitación, cogió la maleta que ya tendría hecha, si es que tenía alguna, y se fue.

Una de las dos bombillas de cuarenta vatios, que había en el techo, dio un chasquido y se apagó. Phil señaló hacia abajo.

—Podemos bajar ahora y encontraremos una habitación vacía y sin huellas —dijo—. Entonces ya podemos volver a dedicarnos a hacer rondas.

—Yo no… —empezó Rnzini.

—Usted no hizo suficientes preguntas —dijo Phil cansado—. No fue lo suficientemente suspicaz. No hizo que todo el mundo se sentara en algún sitio donde pudiera tenerlos a todos a la vista. Si tiene un crimen y testigos, siéntese donde pueda verlos a todos y espere a que aparezca alguien que sepa lo que tiene que hacer. No me importa si es su madre, como si es su confesor.

Rnzini no tenía nada que decir. Phil se levantó de la cama despacio y salió de la habitación al vestíbulo. Yo me quedé lo suficiente como para echarle a Rnzini una mirada de compasión.

—Mi hermano y mi padre tienen una tintorería en Pasadena —dijo—, podría irme con ellos.

—Su informe era bueno, realmente bueno —le dije.

—¿Qué le pasa a ese? —preguntó Rnzini a pesar de todo señalando en dirección a mi hermano.

—Es un policía —dije—. Si sigue en esto durante una docena de años, puede que tenga la posibilidad de ser tan buen policía como él, y de ser un hombre igual de desgraciado. Eso lo dan con la placa.

Cuando alcancé a Phil y a Seidman, ya habían vuelto al vestíbulo y estaban apoyados en la mesa del conserje, que no estaba demasiado mal vestido para un sitio como el Belvedere. Llevaba un traje arrugado, pero era un traje al fin y al cabo. Tenía mejor pinta que el mío. La corbata estaba bien. Lo que le perdía fatalmente era la barba que le asomaba en la cara. Tenía la cara pálida y debía tener entre veinticinco y mil años; llevaba algunos mechones de pelo oscuro, peinado, cepillado y engominado hacia adelante como para hacer creer, a sí mismo y a nadie más, la ilusión de una

cabellera abundante.

—¿Haliburton se registró aquí a la una? —preguntó Seidman, consultando su libreta. Estaba a punto de amanecer.

—Sí —contestó el conserje.

—¿Y el señor Mann, el de la habitación trescientos tres? —siguió Seidman; Phil estaba allí, de pie simplemente con los brazos cruzados y cara de mal humor. El conserje no podía dejar de mirarle.

—Veamos —dijo, buscando un par de gafas y revisando el registro—. Se inscribió unos minutos después. Dijo que era colega del señor Haliburton y que quería una habitación muy cerca de la suya. Le di la trescientas tres, que está inmediatamente debajo, lo que no parecía…

—¿Qué aspecto tenía? —interrumpió Seidman.

—¿Haliburton? —preguntó el conserje.

—Mann.

—Gafas, bigote oscuro, un poco echado hacia adelante, un tipo bastante alto, no tan alto como Haliburton —dijo el conserje.

—¿Cree que podría identificar a Mann de nuevo, sin el sombrero, las gafas y el bigote? —le preguntó Seidman.

—Sí…, no sé. Realmente no le miré. En ese momento estábamos ocupados…

—Gracias —dijo Seidman, cerrando el cuaderno.

—Nuestro asesino tiene aptitudes —dije según volvíamos hacia el coche—. Una estaca en el estómago y un disparo a través del suelo.

—Si el mismo tipo hizo los dos trabajos de esta noche —dijo Phil.

—Es posible —comenté metiéndome en el coche.

—Tú pensabas que Billy Conn iba a ganar a Joe Louis —me recordó Phil—. Creo que deberíamos hablar con la señora Shatzkin.

Seidman asintió. Definitivamente el sol estaba saliendo y ya era martes. Camino de Bel Air nos paramos en un puesto para tomar un café y unos buñuelos. El tipo no tenía cereales. Miré al periódico del tendero mientras éste lo leía y sólo pude ver el titular, que decía que los Estados Unidos habían hundido un barco de guerra de los japoneses y tocado un acorazado en una base secreta cerca de Manila.

Eran casi las siete cuando llegamos frente a la casa de Shatzkin. Phil golpeó la puerta en vez de llamar al timbre. La muchacha mejicana abrió. Llevaba una bata y se le abría la boca.

—La señora Shatzkin está todavía durmiendo —susurró.

—Despiértala —dijo Phil.

—Pero…

—Pero demonios —gritó Phil—. Tengo prisa, muévase.

La chica asustada se movió. La oímos subir la escalera mientras entrábamos en el vestíbulo. Phil abría la marcha y encontramos el cuarto de estar. Miró los muebles con disgusto, probablemente estaba comparando el lugar con su propia casa en North Hollywood y no debía disfrutar mucho con esa comparación, además de con la falta de sueño.

Aproximadamente a los cinco minutos bajó Camile Shatzkin. Había tenido tiempo de arreglarse la cara y de ponerse un traje azul con el escote en pico, como para distraernos.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Somos los encargados de contar los tantos —dije.

Phil me ordenó que me callara.

—El señor Peters dice que usted admitió ayer ser amiga íntima de Thayer Newcomb —dijo Phil—. ¿Es eso cierto?

—¿Por qué? Sí —repuso sonrojándose ligeramente y con un ligero temblor de manos—. Conozco a Thayer desde…

—Y usted alquiló un apartamento en Culver City para poder encontrarse con él en secreto —siguió Phil.

La señora Shatzkin se mordió el labio inferior de una forma encantadora.

—No veo que eso tenga nada que ver con el asesinato de mi marido —dijo—. Si piensan seguir con este tema, voy a tener que insistir en que no puedo decir nada más, si no es en presencia de mi abogado.

—Newcomb ha muerto —dije.

Phil me lanzó una mirada que podía haberme mandado patinando sobre los talones a través de la pared.

—¿Que Thayer ha muerto? —repitió, llevándose la mano derecha a la garganta—. Es horrible, ¿cómo ha sido?

—Alguien le clavó una estaca de madera en el pecho —dije.

Phil se abalanzó hacia mí con el puño cerrado. Intenté vigilarle a

él y a Camile Shatzkin. Interpreté su mirada como de emoción y miedo, pero no pude ver ningún sentimiento de pena por el amante perdido. Ella sollozó y se sentó temblándole las piernas, en la silla más próxima.

—¿Cuándo vio al señor Newcomb por última vez, señora Shatzkin? —preguntó Seidman, para distraer la atención que Phil ponía en mí.

—No sé —repuso ella débilmente—. Puede que haga una o dos semanas. No sé. Estábamos…, habíamos decidido no vernos más. Yo estaba completamente arrepentida. Y entonces Jacques murió.

Yo seguía sin ver ninguna señal de dolor, ni tampoco la veían Seidman ni Phil.

—¿Sabe dónde está el señor Haliburton? —continuó Seidman.

Ella levantó la mirada sorprendida.

—¿Por qué? Quiero decir, se fue anoche, me dejó. Estaba muy apegado a Jacques, era casi como un hijo para nosotros. No podía aguantar estar aquí dando vueltas. Yo lo comprendía.

Si había algún tipo de devoción en Haliburton, ésta era hacia la señora Shatzkin, y si había una mirada maternal en sus ojos, Edipo podía retirarse para dejar sitio para uno más en su lecho.

—Haliburton está muerto —dije, dando dos pasos para alejarme de Phil.

Seidman se interpuso entre los dos y dijo suavemente:

—Phil, Phil…, aquí no.

—¿Está muerto? —preguntó la señora Shatzkin abriendo los ojos desconcertada.

—Sí —dije—. ¿No es curioso cómo todos los hombres que la rodean acaban palmándola? Ya llevamos tres, y según yo lo veo, todavía queda uno. ¿Le importaría darnos su nombre, Camile?

Camile tosió delicadamente y casi le da un ataque.

—¡María! —llamó en medio de la tos—. ¡María!

La muchacha vino corriendo.

—Llama ahora al doctor Gartley. Dile que venga inmediatamente, me voy a mi habitación.

Sin decir adiós, ni hacer ningún comentario, se fue.

—Yo le daría una estrella y media por esta actuación —dije—. No le alteró la muerte de Newcomb, y probablemente sabía lo que le esperaba a Haliburton.

Estaba esperando el puñetazo de Phil, y retrocedí cuando le vi venir con el rabillo del ojo. Se equivocó por milímetros, y yo me escondí detrás del sofá.

—Tú, bastardo —dijo—. Te dije que tuvieras la boca cerrada. Quería llevar este asunto con calma.

—Tengo un cliente en la cárcel —dije. Seidman tocaba el brazo de Phil para hacerle contenerse. Realmente no se interpondría en el camino de mi hermano si éste perdía el control.

—Ella está metida en esto con alguien —dije.

—¿En qué? —preguntó Phil—. ¿En el asesinato de Shatzkin? ¿Newcomb? ¿Haliburton? ¿Está también ocupada de paso, amenazando a Bela Lugosi? Parece una película barata.

—Lo parece, ¿verdad? —dije. En ese momento el germen de una idea brotó en mi mente. Sabía que esa semilla agarraría, crecería y me reconcomería hasta que sacara algo de ella.

A la vuelta me senté en el asiento trasero del coche, lo más alejado de Phil que pude, y no dije nada. Aparcamos en la Comisaría de Wilshire y salimos.

—¿Quieres que suba? —pregunté.

—Creo que queremos que te vayas, Toby —dijo Seidman.

—Tengo el coche en Culver City.

—Coge el tranvía —sugirió Phil.

—¿Y qué hay de Lugosi? —grité a los detectives que subían las escaleras.

—Pondremos un hombre que le vigile —repuso Seidman y desapareció a través de la sucia puerta de cristal que reflejó el sol y lo envió danzando a mi cerebro.

Cogí el tranvía, pagué mi moneda y me quedé dormido. Cuando llegamos al final, el conductor me despertó y tuve que volver para atrás intentando mantenerme despierto. Podía haberme convertido en el Holandés volador de los sistemas de transporte de Los Ángeles. Casi tardé una hora en llegar hasta donde tenía el coche.

Puesto que estaba allí, entré a ver a Rouse, el conserje.

Cuando me vio en el vestíbulo, dijo: «No», y cerró la puerta.

—Me he dejado una herramienta arriba —grité.

No me contestó.

—Le debo cinco pavos —grité y la puerta se abrió.

—Démelos y váyase —dijo, mascando chicle como la otra vez. No sabía si era porque estaba muerto de hambre o por una costumbre nerviosa.

—Una última pregunta —dije—, por otros cinco.

Rouse miró hacia las escaleras.

—He estado limpiando la sangre durante horas —dijo—. No he podido volver a dormirme. Mi mujer quiere que nos mudemos. ¿Dónde voy a conseguir otro trabajo?

—Siento oírle decir eso —dije—. ¿Le echó un vistazo al cuerpo antes de que se lo llevaran?

—Sí —dijo mirando hacia arriba de las escaleras.

—¿Le reconoció?

Rouse se encogió de hombros.

—Le dije a la policía que tal vez, pero había otro tipo que venía también aquí. Era un tipo más grande, no muy, muy grande, pero bastante. Puedo deducirlo porque les oía encima de mi cabeza. Nunca le vi. Creía que era el señor Offen.

Le di los cinco pavos y me dio las gracias.

—La policía dijo que no tocara nada ahí arriba —dijo—. Le daré su herramienta cuando pueda.

Volvió a meterse dentro. Había perdido mi revólver en la biblioteca y mi otra arma en un apartamento. Comprobé para estar seguro de si todavía tenía la cartera en mi bolsillo trasero. Allí estaba.

Volví a casa conduciendo despacio para no cargarme a ningún ciudadano más de los Ángeles y llegué allí aproximadamente a las nueve. Me arrastré por las escaleras, busqué algo de calderilla e hice unas cuantas llamadas telefónicas. Primero llamé a Shelly y le dije que si veía a Jeremy Butler le dijera que dejara de vigilar a Lugosi. Shelly me informó que tenía otros dos mensajes de Bedelia Sue Frye. Entonces llamé a casa de Lugosi y dejé un mensaje para que le dijeran a Butler, si le veían, que se fuera a casa. La llamada siguiente fue para mi hermano. En su lugar se puso Seidman.

—Phil se ha ido a casa por unas pocas horas —dijo—, y yo estaba a punto de irme, ¿qué pasa?

—¿Qué tal si le damos una idea al médico forense que le haga la autopsia a Newcomb? —dije—. Dígale que busque una bala.

—No había ningún agujero de bala en el cadáver —repuso Seidman—. Solamente la estaca de madera.

—Y qué pasa si hay un orificio de bala —dije conteniendo un bostezo—, pero hay alguien a quien no le interesa que se sepa y…

—… Y le clavaron la estaca para ocultar la herida —completó Seidman—. ¿Para qué demonios?

—Para que pareciera un asunto de vampiros —expliqué—. Para relacionar el caso de Newcomb con el de Lugosi. Newcomb ha surgido de vez en cuando para darme un susto. Estaba trabajando con alguien para mantenerme alejado del asesinato de Shatzkin y lo más pegado posible al caso de Lugosi. Recuerda: yo soy probablemente el nexo que une ambos casos.

—Se lo diré al médico forense —aseguró Seidman—. ¿Algo más?

No había nada más. Colgué, y me fui a mi habitación y cerré las persianas. Puse la ropa sobre una silla cerca de la mesa y caí en el colchón como un leño. Me quedé dormido en menos que un murciélago pudiera guiñar un ojo ciego.

Soñé con sangre y rosas, crema de afeitar y sótanos oscuros. En medio del estallido de imágenes, volví a verme como un niño en el sótano que había debajo del almacén que mi padre tenía en Glendale. Odiaba bajar allí a buscar cajas. Estaba oscuro y había estantes de madera y sitios para esconder pesadillas.

Había un negro viejo llamado Maury que dormía allí algunas veces; ayudaba en nuestra tienda de vez en cuando y también en otras tiendas del vecindario. Maury murió cuando yo tenía siete años y no quería encontrarme su fantasma en el sótano. En mi sueño, bajaba al sótano y miraba alrededor. No estaba solo. La habitación era la misma, no había cambiado nada. Podía ver a lo largo del suelo, sin ninguna fuente de luz, mis propias pisadas en el polvo. En la luz que había frente a mí había tres mujeres. Incluso soñando sabía que era un sueño porque la luz estaba detrás de ellas y no producían ninguna sombra. Dos de ellas eran morenas. Una era Bedelia Sue Frye con su disfraz de vampira y la otra era Camile Shatzkin con su traje negro de viuda. Sus ojos eran oscuros y parecían casi rojos. La otra mujer era rubia con el pelo ondulado y los ojos pálidos como zafiros. En cierto modo me parecía que la

conocía, pero no sabía cómo ni de qué. Las tres tenían los dientes blancos y brillantes que relucían como perlas en contraste con el rojo de sus suaves labios. Había algo en ellas que me hacía sentirme incómodo, era como un deseo y al mismo tiempo un miedo mortal. Sentí en mi corazón la esperanza de que me besaran con aquellos labios rojos. Todas murmuraban algo y se reían. Sonaba como un tintineo de vasos de cristal. La muchacha rubia movió la cabeza y las otras dos la empujaron.

—Venga, tú primero, luego nosotras.

Bedelia continuó:

—Es fuerte. Hay besos para todas.

La muchacha rubia se adelantó y yo no podía moverme, ni llamar a mi padre o a mi hermano. Se inclinó sobre mí hasta que pude sentir su respiración, dulce como la miel y amarga al mismo tiempo. Entonces olí a sangre y la reconocí. Era Bedelia Sue Frye como yo la había visto a primera hora del atardecer. Ella era dos personas en la misma habitación conmigo y me sentí asustado.

Inclinó el cuello y se relamió los labios como un animal hasta que pude ver cómo brillaban de humedad igual que su lengua roja al tocar los dientes blancos y afilados. Su cabeza bajaba más y más y sus labios se movían por debajo de la línea de mi boca y barbilla y parecían pegarse a mi garganta. Entonces se detuvo, y pude oír el sonido de su lengua al pasar sobre los dientes y los labios; podía sentir cómo la piel de la garganta empezaba a picarme como le pica a uno la piel cuando está esperando que le hagan cosquillas. Podía sentir el roce suave y tembloroso de sus labios en mi garganta y la áspera hendidura de dos dientes cortantes, que me rozaban y hacían una pausa. Cerré los ojos y esperé. Pero algo hizo ruido, abrí los ojos y vi a Bela Lugosi.

—Fuera, fuera —gritó a las tres mujeres, quitándose el puro de la boca para expulsarlas del sótano—. Tengo que despertarle porque hay trabajo que hacer.

Y me desperté. Mi colchón estaba empapado de sudor.

—Toby —llamó una voz. Miré a mi alrededor y no vi a nadie. Entonces descubrí una cara y una figura.

—Has gritado —dijo Gunther Whertman, de pie junto a mi colchón en el suelo.

—Pesadillas —le dije sentándome—. ¿Qué hora es?

—Acaban de dar las seis y treinta —repuso mirando al reloj de pared.

Me levanté, flexioné la pierna buena y moví la pierna hinchada para ver si podía andar. Entonces puse la radio y escuché a Fibber McGee y a Molly durante un rato mientras Gunther se ofrecía voluntariamente a hacerme unos huevos revueltos y unas tostadas. El alcalde La Trivia intentaba convencer a McGee de que se presentara como delegado de aguas frente a Gildersleeve, pero McGee dijo que él tenía sus propios planes. Durante el almuerzo permanecí callado y Gunther tampoco me preguntó nada. Las cosas empezaban a casar y mi mente se aclaraba. Les eché salsa de tomate a los huevos y los puse entre dos tostadas.

—Creo que lo tengo —dije, y di un mordisco que me dejó solo medio emparedado.

—¿Sabes quién es el asesino? —me preguntó Gunther, cogiendo un poco de huevo con el tenedor.

—Exacto —dije masticando—. Ahora lo único que necesito es alguna prueba.

—O la confesión del reo. Reo es una palabra arcaica, ¿no?

—No se emplea mucho en mi ambiente —dije, terminándome el emparedado.

Gunther me prestó un par de monedas, me vestí y llamé al asesino.

9

Si queremos considerar las cosas desde un punto de vista épico, el destino intervino y rompió el ritmo del plan que yo había establecido para las próximas horas. Si queremos ver las cosas en perspectiva, diremos simplemente que yo tenía una llanta pinchada, lo que significaba unos diez minutos de trabajo si hubiera tenido un gato. O sea diez minutos de trabajo de haber tenido la herramienta, pero no era así. Mi gato estaba en la cocina de un apartamento en Culver City.

La señora Plaut, mi casera, tenía un coche, un Ford de 1927, que estaba guardado, sin que nadie lo moviera, desde 1928, año en el que había muerto el señor Plaut. Yo sabía que en el garaje, junto al coche, tenía algunas herramientas y me apresuré a pedirle la que necesitaba.

—¿Podía prestarme algunas herramientas? —dije, cuando la señora Plaut abrió la puerta bendiciéndome con una sonrisa.

—Tengo, tengo herramientas —contestó con un movimiento de cabeza comprensivo y triste, y empezó a cerrar la puerta. Tuve que poner la mano para impedírselo.

—El coche —grité— necesito un gato. —Hice unos cuantos gestos para indicarle que quería cambiar una rueda y atraer así su atención—. Neumáticos, herramientas…

—¿Mantas?

—¿Herramientas?

—Herramientas —dijo, comprendiéndome al fin—. Están en el garaje, voy a coger la llave.

Cinco minutos después estaba cambiando la rueda, y a la vez, procuraba no mancharme demasiado. El tiempo pasaba rápidamente entonando una loca melodía, mientras yo intentaba que no se me escapara. El sol aún brillaba cuando terminé y corrí a lavarme las manos.

Cuando le devolví las llaves a la señora Plaut, me agarró de la manga y me hizo entrar en su cuarto de estar.

—Tiene que oír esta parte —dijo. La señora Plaut llevaba escribiendo la historia de su familia desde hacía diez años. Tenía unas mil doscientas páginas y siempre que podía agarrarnos a mí o a Gunther, nos las leía. Ella creía que parte de mi trabajo era el de escritor. Nunca descubrí de dónde se había sacado esa teoría.

—Señora Plaut —dije pacientemente, mirando el reloj cuando ella me empujó hacia la silla tapizada—. Tengo que irme, es una cuestión de vida o muerte.

—Naturalmente —dijo, buscando unas hojas por la mesa de roble.

—Aquí está.

Me enseñó una hoja que tenía dibujada una caja oblonga que parecía un ataúd.

—Esto es California —me explicó.

—¿Y esas flechas apuntando al dibujo desde todas las direcciones? —le pregunté.

—La de la derecha es Inglaterra. Sir Francis Drake reclamó California para la reina Isabel. La de arriba es Rusia. Estaban intentando quedarse con California. La de la derecha es Francia, tienen las tierras del otro lado de las Montañas Rocosas. La de abajo es España subiendo desde Méjico. Estos pobres y condenados indios no sabían lo que se les venía encima.

—Pero si esto es la historia de su familia —pregunté razonablemente—, ¿por qué está escribiendo la de California…?

—Por el contexto —repuso satisfecha—. Tenemos que saber a dónde vamos. Historia en acción.

—Es tremendo —dije, levantándome con dificultad e intentando evitar la bandeja de galletitas saladas que sostenía, apretándome el estómago—. Déjelo en mi habitación. Le echaré un vistazo cuando vuelva.

Salí de la habitación y me fui a la calle sin mirar hacia atrás. Me dirigí a la biblioteca de San Bartolomé. Cuando llegué allí serían algo más de las siete, y el mismo mostrenco de bibliotecario observó mi llegada, con altiva superioridad. Mis pisadas

retumbaban a través de la biblioteca de San Bartolomé mientras yo pensaba si Clinton Hill estaría aún escondido en su madriguera bajo nuestros pies, en algún rincón siniestro y rechinante.

—Su nombre no es Chadwick —dijo el bibliotecario con superioridad—. y no creo que tenga ninguna acreditación académica.

—Está bien —dije—. Pero no importa si soy Albert Einstein o San Bartolomé. Usted tiene mi revólver y yo lo necesito. Ahora.

—Ya le dije que no haríamos…

—Tengo una linterna —repuse— y lo voy a buscar por mí mismo.

—Como quiera —dijo incómodo—. Le doy veinte minutos, y no debe hacer ruido. Y tanto si lo encuentra como si no, quiero que se vaya de la biblioteca y no vuelva nunca más. Puede dejarme su nombre y dirección verdaderos, y le devolveremos el arma, si es que usted no la encuentra.

—Me parece justo —contesté y me dirigí a la escalera de caracol.

Una chica que llevaba el pelo corto y tenía gafas, y que estaba sentada en una de las mesas, levantó la vista de un grueso libro y me miró al pasar. Tenía la mano en el pelo y parecía como si la misma encuadernación del libro la confundiera.

En el segundo sótano saqué la linterna del bolsillo posterior y vi una escalera que conducía al pozo de oscuridad de más abajo. Empecé a bajar y cuando llevaba como unos pocos metros oí un ruido por encima de mí y miré hacia arriba. Pude descubrir una silueta. La forma se echó a reír, con una risa que hizo estremecer la escalera.

—¿Hill? —dije.

—No está ahí, su revólver no está ahí. Lo tengo yo. ¿Lo ve?

Volví la linterna hacia arriba y vi el revólver dirigido hacia mí.

—Gracias —dije, y retrocedí saltando hacia arriba, tratando de ignorar el hecho de que el que lo sostenía no lo hacía de una forma precisamente amistosa.

—Casi me disparó —exclamó, apuntándome todavía con el revólver.

—Yo no le dije a aquel tipo que saltara sobre mí —repuse, y subí varios escalones más—. Deje el revólver. ¿Qué va a hacer?

¿Dispararme, porque casi pierde su empleo? Si quiere perderlo dedíquese simplemente a ir por ahí, disparando a la gente.

Retrocedió ligeramente, y yo fui subiendo lentamente por la escalerilla.

—Le ha contado todo sobre mí a los Caballeros negros, ¿verdad? —dijo, mientras seguía apuntándome con el revólver.

—No, y no pienso hacerlo. La forma más rápida para salir de los Caballeros negros es dispararme.

—Puede tropezar en la escalera y caer en la oscuridad —musitó —. Yo le escondería.

Teniendo en cuenta la opinión que Wilson Wong tenía de Hill avancé un paso más.

—Por Dios Santo, le tiembla la mano —dije—. Clinton, no va a dispararle a nadie más que a usted mismo. Se va a volar el pie.

Me entregó el revólver mansamente y volvió a reírse.

—Ojalá tuviera un carácter más decidido —suspiró.

—Ojalá —dije, comprobando si el revólver estaba aún cargado y si funcionaba. Por lo que pude ver parecía que sí—. ¿Por qué no sale un poco a la luz del día?

—El sol —dijo, con voz ronca— puede matarte…

—Usted no es un vampiro —le recordé.

—Ya lo sé —dijo—, pero soy un ser humano. El sol puede producir cáncer de piel.

—Es usted de lo más animado, Clinton —dije guardándome el revólver.

—¿Es verdad que no se lo va a contar a ellos? —me preguntó humildemente.

—Palabra de honor —dije, y empecé a subir.

El bibliotecario del cuello duro me estaba esperando en lo alto de la escalera.

—Ha vuelto a hacer ruido, —observó.

—Está bien —dije—. Me he encontrado con el monstruo de Frankestein debajo de todos esos papeles y me ha dado un susto.

—No me hacen gracia sus frivolidades —comentó el bibliotecario, siguiéndome hasta la puerta y mirando a ver si tenía algún bulto que indicara que había robado la Biblia de Guttemberg.

—Lo siento —dije—. Lo hago mejor cuando no estoy preocupado de que me vayan a matar.

El bibliotecario no sabía qué hacer conmigo y volvió a su sitio, mientras que yo me apresuraba a volver al coche. La radio me informó de que Mac Arthur estaba resistiendo desesperadamente en Bataan, que Roosevelt pedía un presupuesto de guerra de sesenta mil millones de dólares, y que Micky Rooney y Ava Gardner se habían casado. Quité las noticias y estuve escuchando a Eddie Cantor hasta que llegué al restaurante de Levy en Sprina. Carmen estaba allí detrás de la caja, explicándole una factura a una pareja. El hombre no entendía por qué le cobraban la sopa de cebada que creía estaba incluida en el precio del menú. Carmen le explicaba, pacientemente, que la sopa era un extra. Él siguió discutiendo un rato más, y ella me miró mientras se encogía de hombros resignadamente y le repetía la explicación.

El tipo se volvió hacia mí. Tenía la cara roja de ira. Era un tipo pequeño, la mujer casi le sacaba la cabeza, pero estaba claro que quien mandaba era él.

—En cualquier otro restaurante, la sopa está incluida en el precio del menú.

—Estamos en guerra —le expliqué—. Todos tenemos que poner algo de nuestra parte.

—Puede que tenga razón —dijo el hombre avergonzado. Lo que debería haber dicho era: Qué demonios tiene eso que ver. Pero en aquellos días el patriotismo alcanzaba cotas muy altas y con la amenaza de los japoneses, que alardeaban de poder invadir California cuando quisieran, bastaba con que alguien diera un indicio de que no era muy patriota, para que se le echaran encima un montón de viejas feas y rancias.

—Yo pagaría la sopa y lo haría gustosamente —dije.

El tipo pagó la nota y sacó de un tirón a su mujer del restaurante.

—Bueno —dijo Carmen, mirándome para que le explicara lo que quería y que estaba haciendo allí. A Carmen le sentaba bien la viudedad. Podía darle unas cuantas lecciones a Camile Shatzkin.

—He estado trabajando —dije— en dos casos durante muchas horas. Me pagan lo de siempre. ¿Qué te parece si mañana vamos al cine y a cenar?

—Y ¿qué pasa con la sala de fiestas? —dijo con burlona desilusión.

—Eso era una mezcla de negocios y de placer.

—Vamos a ver el *Soldado de Chocolate*, que trabaja Nelson Eddy.

—Mañana —dije—. Mi parcela de mundo estará recompuesta mañana. —Podía haber añadido que estaría otra vez en una pieza o yo no formaría parte de ella.

—Mañana —acordó—. Tengo libre por la tarde y por la noche.

Le cogí la mano, le di un beso sonoro que hizo que la gente volviera la cabeza, y encargué un filete de vaca con pan de centeno y salsa de tomate. Es muy difícil ponerse romántico en un restaurante judío. Mientras esperaba que me sirvieran llamé a casa de Lugosi. Estaba allí. Le dije que esperaba tener resuelto su problema a la mañana siguiente, y que iba a ver a Billings.

Cogí el *sandwich*, me lo metí debajo del brazo, le dije adiós a Carmen y me fui a enfrentarme con mi destino o con mi muerte.

Volví a llamar al asesino y no obtuve respuesta, lo cual me preocupó. Le había llamado unas horas antes y le había dicho que iba a ir a verle para charlar de algo que tenía que ver con el asesinato de Shatzkin.

El asesino me había prometido estar en casa a partir de las diez. Todavía me daba tiempo de resolver antes uno de mis casos, así que me fui a Los Ángeles para hacerlo. Ahora ya sabía cómo. Cuando llegué adonde iba ya se había puesto el sol y el cielo rugía amenazando lluvia. Lo que ponía peor las cosas era el apagón general. No se veía gran cosa.

Aparqué cerca del cine y fui caminando hacia la taquilla. Estaba cerrada, y el local estaba oscuro. Intenté abrir alguna puerta, pero no pude.

Estaba rodeando el edificio, cuando empezaron a caer las primeras gotas. Descubrí una casa detrás del cine, en la cima de una pequeña colina. Era una casa vieja de madera con tres pisos que debió ser blanca alguna vez, pero que el tiempo y la falta de cuidados habían vuelto gris. No había luz, pero subí colina arriba con la pierna que aún me dolía y ascendí por los escalones. Crujieron terriblemente y el ruido que produjeron se mezcló con el

silbido del viento y la lluvia.

En el porche había una vieja hamaca que se mecía lentamente adelante y atrás como si alguien estuviera sentado en ella. Llamé a la puerta. Nadie contestó, volví a llamar pero siguieron sin contestar. Lo que hice a continuación fue sacar la linterna de mi bolsillo y apuntar a las ventanas con una ráfaga de luz. El lugar parecía estar vacío. Volví al porche bajo la lluvia e iluminé con la linterna el segundo piso. Me pareció ver que una cortina se había movido pero no estaba seguro. Silbando una melodía improvisada volví al porche e intenté abrir la puerta. Se abrió con un crujido tan fenomenal de sus goznes que hubiera asustado a un fantasma.

La ráfaga de luz mostró una escalera y varias habitaciones. Por lo que pude ver en el fugaz resplandor estaban decoradas con un estilo abigarrado.

—Billings —llamé. No obtuve respuesta. Me pareció que había oído algo por encima de mí.

—Vamos, Sam —grité enfocando la luz arriba de las escaleras—. Quítese los colmillos y vamos a charlar. Tengo mucho que hacer esta noche.

De nuevo volvió a crujir algo arriba. La luz amarilla de la linterna disminuyó y apunté la poca que quedaba hacia las paredes, buscando una llave de la luz. La encontré y encendí, pero no pasó nada.

Mi linterna decidió que ya había trabajado bastante para una jornada y cerró los ojos. Fuera, la lluvia caía fuerte, pesada y cansadamente. También se unieron algunos relámpagos; cogí el revólver. Mis ojos empezaron a acostumbrarse al líquido resplandor en unos pocos segundos, durante los cuales tenía el revólver dispuesto. Cuando pude ver un poco volví a meter el revólver en su funda.

—Sam —suspiré falsamente—. Se está poniendo pesado.

El olor a humedad de la casa me produjo náuseas al poner el pie en el primer escalón. Arriba con los reflejos de los relámpagos pude entrever la parte superior de la escalera. Subí lentamente, con la espalda pegada contra la pared y con la rodilla que contaba los escalones con su dolor.

Solamente empleé cuatro o cinco días para llegar al descansillo, donde estaba seguro que Billings saltaría sobre mí, con sus colmillos

falsos, derecho hacia mi cuello o que me ofrecería una botella de cerveza. No lo hizo y me tuve que resignar a seguir jugando al escondite. Recordaba una película de suspense, en la que trabajaba Ralph Edwards haciendo el papel de un locutor chiflado, que pasaba una noche en una casa embrujada y se volvía loco. No era una cosa muy agradable para recordar, pero uno no puede controlar estas cosas. Intenté pensar en Mac Arthur que lo estaría pasando peor en Bataan, pero eso no me ayudó; no podía creer en Bataan. Realmente no existía. Lo que existía de verdad era esta casa de madera y mi pánico.

—Billings —grité—. Me estoy enfadando.

La luz del vestíbulo tampoco funcionaba. La tormenta había fundido los plomos, o tal vez aquella casa ni siquiera tenía electricidad o tal vez alguien había arrancado los fusibles.

Los dormitorios se alineaban a lo largo de la pared del descansillo, y todos parecían estar vacíos, al irlos abriendo uno detrás de otro. Parecía que no vivía nadie en ninguna habitación. Al final del descansillo había una balconada interior que daba al cuarto de estar. Subí hasta allí y esperé que acabara el apagón para poder ver algo; oí otro movimiento más arriba. Me volví y encontré una escalera frente a mí que subía a lo que yo suponía que era el último piso de la mansión de Billings.

—Sam —dije—. Esto está empeorando una rodilla enferma y usted no tiene donde ir. Más pronto o más tarde este juego terminará.

Subí. Estas escaleras eran más estrechas que las de abajo. Cuando llegué al descansillo me pareció oír respirar a alguien. Las tres puertas del piso estaban cerradas. Me acerqué a la primera y la abrí de una patada. Nada.

Me pareció oír algo abajo, un débil crujido, y entonces estuve seguro. Alguien estaba abriendo la puerta de la entrada y estaba siendo anunciado por la música de los goznes de la puerta.

—¿Quién está ahí abajo? —grité, volviendo al descansillo. Nadie me contestó. Me detuve, intentando no respirar, pero eso era pedir demasiado a una pobre alma tan castigada como la mía.

Creí que había oído un crujido abajo, fui hacia la escalera y me asomé. No podía ver nada.

La luz escogió aquel momento para inundar la casa con un

relámpago, y mis ojos descubrieron una sombra en las escaleras.

—Ya ha llegado demasiado lejos —dije—. Tengo un revólver.

La contestación a mi amenaza fue un silbido sobre mi cabeza. El disparo me había pasado rozando. Saqué mi 38 y me eché escaleras abajo.

Era un buen momento para romper mi récord de no haber matado a nadie. Me incliné hacia adelante, apunté y disparé. Algo salió de la habitación detrás de mí y me volví para enfrentarme con ello. Lo que quiera que fuese me empujó, y yo intenté sujetarme para no caer de cabeza por la barandilla escaleras abajo. Podía oír a la figura que había tropezado conmigo, forcejeando por encontrar un escondite, y oí volar el revólver lejos de mi mano, mientras intentaba desesperadamente agarrarme a algo para sujetarme. Como la escalera era bastante estrecha me agarré con la mano al otro extremo y empujé hacia atrás. Mi revólver cayó golpeando las escaleras de madera unos seis o siete escalones.

Silencio. Respiraba pesadamente y sorbía el sudor que me caía por el labio superior intentando mirar hacia abajo para ver si tenía alguna posibilidad de coger mi revólver antes de que quien estaba subiendo las escaleras y había disparado contra mí lo cogiera primero. Ni siquiera me preocupaba quién o qué había estado detrás de mí.

No había luz y no podía ver ningún revólver abajo, pero podía oír las pisadas que se acercaban y subían cautelosamente. En unos pocos segundos, treinta o cuarenta como mucho, quien quiera que fuese el que estaba subiendo, encontraría probablemente mi revólver y sabría que estaba desarmado. Incluso aunque no lo supiera, se habría dado cuenta de que había dejado de disparar. Lo que necesitaba era un arma. Puesto que ésta era la casa de Sam Billings dudaba de encontrar siquiera un pesado crucifijo para arrojarle, pero ¿qué otra opción podía tener? No se molesten en buscar contestación. Siempre es más fácil encontrar soluciones cuando el cuchillo está apuntando a la garganta de otro.

Me quité los zapatos y los llevé a la primera habitación. En un rincón había una mesa y algo que parecía un banco. Me arrastré hasta la mesa y toqué algo tieso y suave. Era una vela. Fui hacia la

pared, y pasé por ella mi mano. Nada. Debajo de mí las pisadas iban subiendo. Yo no había contado los escalones, pero sabía que no eran infinitos. Una silla podía convertirse en un arma, pero eso sería el último recurso contra alguien que tuviera un revólver. Las pisadas seguían subiendo rápidamente. Era el momento de echar mano a los últimos recursos. Agarré una silla que casi se me escapa porque tenía las manos sudorosas y puse mis zapatos sobre la mesa. Me puse detrás de la puerta y esperé, esperé y esperé. Las escaleras crujieron, el viento sopló y la lluvia caía, y yo creí que iba a devolver. El truco consistía en lanzar la silla en el momento en que entrara la persona que llevaba la pistola. La silla se me estaba haciendo muy pesada y yo luchaba, de forma casi incontrolable, para sofocar una risa nerviosa.

Me parecía oír miles de crujidos y suspiros en el edificio. Mi cerebro trataba de identificar y determinar cuál era el que me interesaba. Creí que había oído un crujido en el suelo, fuera, e intenté agarrarme más fuerte, pero no quería hacer ruido. Ahora, pensé, pero otra vez mi interior decía «espera». Esperé, esperé, esperé y esperé, y cuando ya no sentía ni el pulso, salí blandiendo la silla. Le di a algo y oí un «Uughh» de dolor.

Dejé caer la silla, di un paso hacia el descansillo para dar una patada, que no hubiera sido terrible puesto que estaba descalzo, pero que era mejor que salir corriendo o intentar ocultarme. El cañón de una pistola se hundió en mi pecho y me detuve de repente. Como estaba descalzo mis pies resbalaron y me caí hacia atrás en la habitación, lo cual me salvó de que la bala se me incrustara en el pecho. Rodé hacia atrás y le di una patada a la puerta, cerrándola, pero otra bala pasó a través de la madera de la puerta cerrada lo suficientemente cerca como para que me silbara en el oído.

¿Qué podía hacer? Retrocedí. La puerta se abrió lentamente, y pude ver lo suficiente como para saber que estaba en una habitación con el asesino que había estado buscando. Mi idea era haber preparado la escena, pero el asesino había decidido no esperar.

El revólver me apuntó pero no se disparó. Esperé mientras que el asesino se agarraba a la mesa, sin perderme de vista. La sombra oscura me instó a moverme y me aparté. El ruido me hizo saber que

estaba sacando algo de un bolsillo, el crujido de una cerilla me indicó lo que era. El asesino encendió la vela y volvió su rostro hacia mí.

10

La luz de la vela me descubrió una habitación pequeña. Yo estaba cerca de la puerta. A mi derecha había una pared desnuda con tres fotografías ovaladas, cubiertas con un cristal; todas ellas representaban mujeres de unos cincuenta años. La pared de la izquierda estaba cubierta de arriba a abajo con pesadas colgaduras de un color rojo sangre. Ya había visto antes cortinajes como aquellos, en el sótano del cine a unos pocos cientos de metros de allí, donde se habían reunido los Caballeros negros. Ahora parecía que había pasado mucho tiempo; pero sólo habían transcurrido cinco días. En la pared que tenía enfrente había una ventana pequeña y sucia contra la que golpeaba la lluvia. Había unas cuantas sillas, y la única mesa estaba cubierta con un paño. Sobre la mesa se veía una rara estatua que tenía un montón de brazos. ¡Ah!, frente a mí estaba Jerry Vernoff, apuntándome con un revólver.

—Sé que habíamos quedado en vernos en mi casa más tarde — dijo apoyándose contra la mesa. Estaba chorreando, debido a la lluvia, y tenía el pelo amarillo pegado a la frente.

—Pero he pensado que tal vez no tendría ninguna razón para venir a verme, y que a lo mejor había empezado a atar cabos. Por su mirada veo que no se ha sorprendido al verme, por lo tanto deduzco que tengo razón. Bonito asunto ¿eh?

—De tercera categoría —dije, y me desplomé contra la pared. Arrugó la cara y su mano se aferró al revólver con más fuerza. Había dado en el clavo. Tenía ganas de disparar pero quería oír más. Yo tenía la esperanza de haber comprendido el asunto completamente y de que Vernoff querría hablar de ello.

—¿De tercera clase? —dijo irritado—. Vamos, el plan era…

—…demasiado complicado —terminé. Se acercó y me tiró los zapatos. Me imaginé que no iba a disparar hasta que yo me los pusiera, y para ese momento estaríamos ya metidos en pleno

debate. Durante ese tiempo yo quizá podría conseguir hacer algo. Estaba a unos tres metros de distancia, o sea que no tenía muchas posibilidades de agarrarle. La mejor solución sería intentar cogerle en un momento en que estuviera distraído con la charla y en medio de una frase yo intentaría llegar hasta la puerta y bajar las escaleras. No sabía cómo me respondería la rodilla, si lo hacía, y me invadió un sentimiento fugaz de satisfacción. Si Vernoff me disparaba por la espalda antes de que alcanzara las escaleras, sería culpa de Phil por haberme machacado la rodilla. Entonces ya no cantaría: «Me alegraré cuando estés muerto, bribón más que bribón».

—¿Qué quiere decir con eso de demasiado complicado? —insistió Vernoff.

Me incorporé y miré a mi alrededor como si me sobrara el tiempo.

—El asesinato de Shatzkin —dije—. ¿Por qué no le mataron simplemente y dijeron que había sido un vagabundo? Eso es lo que me impulsó a pensar en usted. Todos los asesinatos, el de Shatzkin, el de Newcomb y el de Haliburton parecían sacados de la trama de una película de serie B, su especialidad.

Estaba hiriendo a Vernoff, y mis palabras le habían trastornado.

—A la policía le ofrecimos un asesino perfecto para el caso Shatzkin —dijo Vernoff.

—¿Le ofrecimos? ¿Quiere decir usted y la señora Shatzkin? ¿Y qué hay de Newcomb y Haliburton?

—Camile, yo y Newcomb, pero Haliburton no —explicó Vernoff —. Él nunca supo de qué iba la cosa. Era simplemente un enorme perro faldero que descubrió demasiadas cosas.

—Un perro faldero muy activo —dije. Vernoff tembló de celos.

—¿Qué quiere decir?

—Vamos Jerry —dije—. Tiene el argumento en sus archivos. Con un tipo bien parecido como Haliburton ¿cree que su errante Camile no se divirtió nunca en su jardín?

—Ella solamente lo manejaba a su antojo, lo manipulaba —explicó Vernoff.

—Otra vez me está dando un diálogo de serie B, Jerry —dije.

—Y puedo hacerle un buen agujero… —se detuvo en seco.

—Más diálogo B —insistí señalando lo que él ya había

observado—. Ese es su problema.

—Sé escribir —se defendió Vernoff—. Ahora que Camile y yo vamos a tener dinero, controlaremos una gran agencia. Tendré oportunidades. Es lo que hace falta, estar bien relacionado. El talento no es suficiente.

—Creo que Warner Baxter decía eso en *La calle 42* —insistí una vez más.

—Ya está bien, Peters —gritó, y yo me di cuenta de que tenía razón. Tomé otra dirección.

—¿Conoció a Camile Shatzkin cuando era usted cliente de su marido?

—Exacto —dijo calmándose un poco—. Hubo una fiesta en su casa, hablé un rato con ella. Se interesó por mi trabajo y por mi carrera. Una cosa llevó a la otra, y dijo que le gustaría ver algo de lo que había escrito. La invité a pasarse por mi casa cuando quisiera. Así empezó todo.

—¿Cree que ella estaba ya pensando en emplearle para librarse de su marido? —pregunté.

—Fue idea mía, todo fue idea mía —se apuntaba a sí mismo con el dedo y me di cuenta de que Jerry Vernoff estaba perdiendo el control de sí mismo. No le gustaba que le dijeran que él era un personaje y que Camile Shatzkin era el autor.

—Saqué la idea de librarme de Shatzkin de mis archivos directamente —dijo con orgullo—. Thayer Newcomb era un viejo conocido que, como yo, nunca había tenido una oportunidad. Era un buen actor pero tenía una mala reputación porque tenía antecedentes por actos violentos. Él llamó a Shatzkin, dijo que era Faulkner, y quedó con él para comer el miércoles a la una treinta. Entonces llamó a Faulkner, dijo que era Shatzkin y concertó una cita para el mediodía del miércoles. Cuando apareció Faulkner frente a la oficina de Shatzkin, Thayer estaba esperándole en las escaleras. Bajó y se encontró con Faulkner como si acabara de salir de la oficina. Subió a Faulkner a un taxi y le llevó al Restaurante de Berstein. Hizo un buen trabajo.

—Más material de tercera —no pude dejar de decir—. Newcomb no se sabía su papel. Representó a Shatzkin como a un agente charlatán y vociferante. Esa fue una de las primeras cosas que me hicieron sospechar. La secretaria de Shatzkin, que es una mujer muy

seria, me dijo que su jefe era lo más opuesto a lo que Newcomb representó ante Faulkner.

—Bueno… —dijo Vernoff, desconcertado.

—Déjeme seguir —pedí, avanzando un poco hacia la puerta, haciendo como que cambiaba el peso al otro pie—. Dejó a Faulkner de repente y le dijo que volvería, y entonces se fue al restaurante en el que había hecho una reserva y en el que había quedado con Shatzkin. Se puso un bigote falso y representó a Faulkner, evidentemente hizo un trabajo mejor que cuando suplantó a Shatzkin, esta vez consiguió que le invitaran a cenar, ¿cierto?

—Cierto —dijo Vernoff sonriendo al recordar su triunfo como autor y director del crimen.

—Entonces —continué— Newcomb se presentó en casa de los Shatzkin y mató a Jacques, pobre e inocente víctima. Por suerte para su plan, Shatzkin vivió lo suficiente como para identificar realmente a su asaltante como Faulkner, el hombre al que había invitado a cenar y con el que había comido. Camile corroboró encantada esta identificación. Se le olvidó a usted explicar cómo Camile pudo identificar a Faulkner al que no había visto nunca. Identificó, de forma positiva, una foto de Harry James creyendo que era Faulkner.

—Fue un ligero error —confirmó Vernoff—, pero ya me ocupé de eso.

—Seguro que lo hizo —dije, avanzando otro poco—. Ella se asustó y se fue volando a encontrarse con usted en su nidito de amor de Culver City y cuando yo descubrí el sitio, intentó protegerle diciendo que Newcomb era su amante. Más complicaciones.

—Yo no me asusté —dijo Vernoff con suficiencia.

—No inmediatamente —seguí—. En cambio decidió ganar tiempo. Yo le había contado el caso de Bela Lugosi y decidió, junto con Newcomb, intentar hacerme trabajar intensamente en eso y darme algunos golpes para que yo tomara un rumbo equivocado. El mejor papel que Newcomb ha representado en todo este asunto eran los ataques que me propinaba.

—Entonces no estaba actuando —dijo Vernoff—. Ya le he dicho que era un hombre violento.

—¿Por qué metieron a Faulkner en todo esto?

—Estaba a mano —dijo Vernoff, poniéndose a la defensiva.

—Y a usted no le gustaba que tuviera la reputación que quería para sí —le lancé—. Era un gran hombre y un escritor famoso.

—Tal vez hubiera algo de eso —asintió Vernoff.

La vela tembló debido a una ligera corriente, y yo me puse en guardia, dispuesto a irme hacia la puerta, pero no se apagó, y volví a recostarme contra la pared.

—Faulkner es un tipo satisfecho de sí mismo, que se cree superior… Yo no le caigo muy bien, me dejó ver claramente que opinaba que yo era un burro. Le sobran temas.

—Así que —seguí— el viernes por la noche, cuando estuvieron trabajando juntos, usted le dio carrete, se mostró…

—Insoportable —acabó Vernoff.

—Representaba un papel muy fácil —dije. Vernoff movió la cabeza con burlona conmiseración por mi falta de comprensión—. Justo antes de las nueve, usted sugirió que se tomaran un descanso y Faulkner vio el cielo abierto y se fue a tomar una copa. De esa forma usted no podía proporcionarle una coartada. Pero ¿qué ocurriría si alguien más le recordaba?

—Le seguí para estar seguro. Volvió a su habitación cuando se aseguró de que yo me había ido. Resultó perfecto.

La lluvia fue cediendo, se calmó y de repente estalló furiosamente con un enorme chaparrón.

—Está bien —dije—. Volvamos otra vez atrás. Newcomb se dedica a atacarme en aparcamientos y bibliotecas. Llama a Lugosi, lanzando una grave amenaza. Por cierto, ¿tuvo que leer realmente aquella línea de diálogo telefónico? ¿Ni siquiera podía recordarla? Yo la encontré en su cartera.

—Tenía que asegurarme de que decía las palabras exactas —explicó Vernoff.

—Errores, Jerry, esos fueron errores —suspiré—. El hecho de encontrar la tarjeta en su bolsillo al igual que todas las demás tarjetas que vi en su apartamento, me dio ideas. ¿Por qué mató a Newcomb?

—No hay que pensar mucho para averiguarlo —dijo cambiando el revólver de posición para agarrarlo mejor—. Thayer y yo le

seguimos a usted a aquella sala de fiestas en Glendale y nos pusimos de acuerdo para matarlo y hacer que pareciera un accidente. La policía no nos estaba buscando. Era usted quien nos buscaba. Haciéndole desaparecer nos quedaríamos tranquilos.

—Eso fue una equivocación —dije—. La policía hubiera empezado a seguir los mismos pasos, especialmente si yo hubiera tenido un accidente con el coche.

—Esa es su opinión —dijo con impertinencia. Desde luego que lo era, pero estaba basada en mi experiencia y no en ilusiones.

—Pero no me mató y yo he venido a cazarle.

—Sí —dijo Vernoff—, y mientras conducía empezó a pensar. Camile había sugerido que Thayer era su amante. Si Thayer moría, usted se encontraría en un callejón sin salida, especialmente si su muerte aparecía relacionada con el caso Lugosi. Además, ¿quién podía saber si en algún momento no se le ocurriría a Thayer hacernos chantaje, o si le cogían, decir algo que no me habría gustado? Me dirigí al apartamento de Culver City. Aparqué cerca de allí y le disparé. Después le clavé la estaca para tapar el disparo.

—Se deshizo de un buen montón de gente de un solo golpe —dije—. De esa forma no necesitó darle una patada en el trasero ni temer posibles chantajes.

—Yo sabía lo que me hacía —dijo orgullosamente.

Moví la cabeza y pude darme cuenta por el brillo de la vela, que se reflejaba bailando en sus ojos, que no le parecía bien mi falta de reconocimiento.

—A ver ¿qué hice mal?

—Todo lo que hizo para relacionar los dos casos —expliqué—. Todo lo que tuve que hacer fue repasar la lista de personas que sabían que yo trabajaba en los dos casos. Se lo había contado a usted cuando estuvimos charlando sobre los guiones, mientras tomábamos una cerveza. Y la cosa se fue complicando más y más como en un guión cinematográfico. Le dije, Jerry, que hubiera sido mejor disparar simplemente sobre sus víctimas, arrojar el revólver al océano y seguir trabajando como siempre. ¿Qué pasó con Haliburton?

En algún momento, antes del amanecer, Vernoff acabaría de contarme su historia y decidiría entonces dejar otro cadáver más tras de sí. Me hubiera gustado que la puerta estuviera más cerca y

mis probabilidades fueran mejores, pero tenía que conformarme con lo que tenía.

—Usted le hizo marcharse —dijo Vernoff— le metió en la cabeza la idea de que Camile podía ser la responsable de la muerte de su marido y la amiguita de Thayer.

—¿Y no era cierto?

—No en lo que se refería a Thayer —dijo Vernoff—. Voy a tener que tapar todo esto, Peters. No sé de quién es esta casa, pero es posible que vuelvan y no quiero que me encuentren aquí.

—¿Me ha seguido hasta aquí?

—Sí —dijo—. Usted quería saber lo de Haliburton. Él oyó a Camile ayer hablando conmigo por teléfono y se enfrentó a ella, le dijo que sabía lo que estaba pasando y que se iba. Camile me llamó y le retuvo. Se puso al habla conmigo unos minutos después de que yo regresara a casa desde el apartamento de Culver City. Me las arreglé para llegar a Bel Air a tiempo para seguir a Haliburton al Hotel Belvedere.

—Donde se inscribió y representó el papel del señor Mann, completándolo con una máscara de crema de afeitar. ¿De dónde sacó el revólver?

—Era de mi padre. Es cazador. Nunca he sabido para que sirve matar animales inocentes si no se tiene intención de comérselos —dijo.

—¿Y la gente? —pregunté— ¿Los inocentes como Haliburton? —Y yo sin ir más lejos, pero eso no lo dije.

—Eso era diferente —repuso Vernoff sin emoción—. Eso fue una cuestión de supervivencia. O él o yo.

—¿Y Shatzkin? ¿Eso también fue para sobrevivir? Su padre se sentirá orgulloso de usted cuando se entere de este safari. «He cazado a tres de los grandes, papi, y todos humanos».

—Cuatro —gruñó Vernoff—. Se olvida de usted mismo.

—¿Por qué se detiene ahí? —pregunté—. ¿Por qué no mata a Faulkner también? Puede contar más detalles de la reunión que tuvo con el falso Shatzkin. O Camile. No puede decirse que haya sido un modelo de discreción. Y Lugosi ¿por qué no? No hay límite de víctimas posibles con las que un escritor emprendedor con una retorcida imaginación pueda sorprendernos.

—Ya está bien —dijo.

Pero ahora yo quería irme. La supervivencia es algo importante, y Vernoff podía haberse enfadado ahora que ya no podía intercambiar más historias con él. Pero yo también me estaba enfadando. No quería perderme en la lista de víctimas de un guión sacado directamente del archivo de tramas de Vernoff.

—Jerry, no ha hecho nada bien —dije.

—Bueno, tendremos que ver si de ahora en adelante puedo aprender algo de los errores que he cometido —repuso. Levantó el revólver y lo apuntó hacia mí. Prácticamente no tenía ninguna posibilidad de llegar a la puerta sin que me disparara, pero podía errar el tiro, o darme en un sitio que no me hiciera disminuir la velocidad en mi huida, o tal vez no… Ya se había acabado el tiempo de hacer suposiciones y de pensar.

Sonó un crujido, algo como los goznes de la puerta principal; el ruido vino de detrás de la pared que tenía las colgaduras rojas. Vernoff y yo miramos los cortinajes que se movían al tiempo que la vela parpadeó. Drácula apareció. Llevaba su conocido *smoking* y su capa. Se echó la capa sobre la cara para taparse la nariz y la boca. Los ojos le ardían mirando a Vernoff, y levantó su larga mano derecha apuntado con un dedo pálido al hombre que sostenía el revólver.

—Tire el revólver —ordenó—. Tírelo.

Vernoff disparó salvajemente, con los ojos dilatados. El disparo se perdió en el techo y yo salté sobre él antes de que pudiera reponerse. Le cogí rodeándole por la cintura pero no le pude derribar. Era un hombre grande, pero yo luchaba por mi vida. Me golpeó en la espalda con el revólver y yo le di un puñetazo en la ingle. Dejó escapar un quejido y se dobló. El revólver resonó en un oscuro rincón.

A mi espalda y por encima del hombro de quien me abrazaba, vi a Vernoff mirando a la figura de Drácula que avanzaba lentamente hacia él. A pesar de su dolor, Vernoff fue hacia la puerta. No podía moverse de prisa pero a mí me costaba todavía mucho más que a él. Mi revólver estaba lejos, no sabía dónde y él podía encontrarlo, recobrar la calma y darse cuenta de que tenía que acabar lo que había empezado.

Salí tras él por la puerta, pasando junto a Drácula que se quedó inmóvil. Vernoff estaba en lo alto de los escalones con la mano en donde yo le había golpeado. Estaba muy oscuro, pero yo podía verle encogido como Quasimodo. Salté por encima de la barandilla, y caí sobre su espalda y ambos rodamos por la estrecha escalera. Como ya me había sucedido esto más veces, sabía lo que tenía que hacer. Le sujeté fuertemente con los brazos y empecé a darle cabezazos. Se llevó la mayoría de los golpes. Cuando llegamos al descansillo del segundo piso, le solté y Vernoff se dio contra la pared produciendo un ruido sordo.

Parecía que ya no podía más, pero yo no estaba tampoco de humor para aguantar más. Aquello hubiera sido el fin, si yo no hubiera descubierto el revólver muy cerca del alcance de su mano. Él empezó a levantarse, y yo lo intenté pero no estaba seguro de poder hacerlo. Entonces nos sorprendió la luz repentina de un relámpago. Vernoff vio el revólver y empezó a agacharse para cogerlo, pero se paró para volverse hacia el crujido que procedía de las escaleras.

Drácula, envuelto en otro haz de luz, levantó la voz diciendo:

—¡Alto!

Vernoff retrocedió, lo pensó mejor y fue hacia el revólver. Yo me eché hacia delante y mi cabeza chocó directamente contra la suya. El golpe me hizo sentir un calambre desde el cráneo hasta el dedo gordo de mi pie derecho. Vernoff, cuyo cráneo tenía menos experiencia en cuanto al dolor se refiere, cayó tambaleándose hacia atrás con un quejido. Golpeó algo en la oscuridad que crujió y entonces su imagen desapareció.

Apoyé la mano en la pared para sujetarme y otra mano me ayudó a levantarme.

—¿A dónde ha ido? —pregunté, viendo estrellas de todos los colores ante mis ojos.

—Se ha caído por entre los barrotes de la galería —dijo la voz de Lugosi junto a mí.

Me ayudó a acercarme a la barandilla que tenía un hueco por donde Vernoff había caído. Mirando hacia abajo podía verse su silueta en el cuarto de estar. No se movía.

—¿Fue una interpretación eficaz? —preguntó Lugosi.

—Me salvó la vida —repuse.

En el siguiente relámpago pude ver una pequeña sonrisa de satisfacción en el rostro del actor.

Mi descanso fue breve. Observé un movimiento sobre nosotros, que no estaba producido por las ratas. Eran pasos, y recordé la figura que había caído sobre mí cuando empezó el tiroteo.

11

Tenía el revólver en la mano, y me parecía que iba recobrando la normalidad de los sentidos, lo que quería decir que podía ver, oír y sentir casi tan bien como un superviviente de la Guerra Civil.

Volví a subir las escaleras con Lugosi detrás. Esta vez iba despacio, no debido al miedo, sino porque me dolía todo el cuerpo.

—Vaya abajo y llame a la policía. Llame a la comisaría del distrito de Wilshire. Pregunte por el teniente Pevsner o el sargento Seidman —dije—. Si Vernoff no está muerto, llame a una ambulancia y mire a ver si puede encontrar los plomos para poder dar la luz.

—Sí —repuso Lugosi, y bajó las escaleras con la capa ondeando.

Subí sin intentar no hacer ruido. La vela estaba aún encendida. Eso me guió. Entré en la habitación, la cogí y busqué el revólver de Vernoff.

—Billings —grité—, no estoy de humor para esto. Quite su trasero de aquí. Si tengo que buscarle…

Oí trepar algo por encima de mí. Fui al descansillo y encontré una escalerilla de madera que conducía a lo que parecía un desván.

—Billings —grité en la oscuridad—. No quiero saltar, estoy cojo. Deje de chuparse el dedo y baje aquí.

Oí que arriba algo se arrastraba y se movía y me detuve.

—¿Le ayudaría a decidirse que le enviara un par de balas? —preguntó.

La trampilla se abrió. Pude oírlo pero no podía ver nada. La voz de Billings me llegó temblorosa.

—¿Qué quiere?

—Hay un cadáver en su cuarto de estar —dije suavemente—. Y tenemos que hablar de algunas cosas.

—¿Cómo puedo saber que no me va a hacer daño? —preguntó.

—Palabra de honor —dije—. Lo juro. ¿Quiere por favor bajar

aquí antes de que venga la policía? Si tengo que subir ahí en las condiciones que estoy y según tengo el ánimo, nuestra conversación va a distar mucho de ser agradable, así que…

Las luces se encendieron. No puede decirse que el lugar estuviera iluminado como un brillante escenario, pero había luz y yo podía ver la cara pálida de Billings. Empezó a retirarse a su agujero y le grité:

—Oh, no, venga para acá, Conde…

Bajó despacio, humilde y pesadamente. Llevaba su traje de vampiro y parecía asustado. Tenía razón para estarlo.

—Vamos abajo —dije cediéndole el paso. Apagué la vela y la puse en el descansillo.

—Yo no… —empezó en el segundo piso cuando vio la barandilla rota.

—Sí, lo hizo —dije empujándole suavemente con la mano. El lugar de la espalda donde me había golpeado Vernoff me latía violentamente.

En el piso de abajo Billings intentó irse hacia la parte de atrás de la casa, pero yo lo conduje hacia la sala. Vernoff yacía con los ojos abiertos, mirándose la mano, que no escribiría más guiones que su cerebro deshecho no podría ya producir. Billings intentó no mirar el cadáver, pero estaba fascinado y finalmente fijó sus ojos en él.

—Así es un cadáver de verdad, Conde —le dije—. ¿Le parece emocionante? Ah, ah, nada de irse al cuarto de baño. Eres un gran vampiro, ¿verdad? Ibas a poner el cielo y el infierno boca abajo con tus amenazas a Bela Lugosi.

—¿Cómo supo que era yo? —dijo con los ojos fijos aún en el cuerpo de Vernoff.

—Sam —dije—. Tengo que darte una mala noticia. Eres el único de los Caballeros negros que se toma la cosa en serio. Los otros tienen otras obsesiones. Lugosi era la tuya. Me gustaría saber por qué.

Billings se obligó a apartar los ojos de Vernoff y recorrió la habitación con la mirada. Le imité y me di cuenta que había visto aquel sitio antes. Este sentimiento iba creciendo dentro de mí.

—Este es el cuarto de estar del doctor Seward —dijo lentamente

—. Su despacho está en la puerta de al lado.

Lugosi apareció en la puerta detrás de Billings. Iba a hablar, pero también sus ojos observaron la habitación y la reconocieron.

—Es exactamente como las habitaciones de *Drácula* —dijo Billings—. Aquello fue más que una película para mí. Suponía una posibilidad, una posibilidad que no podía ser traicionada ¿no lo ve? No podía dejar a Lugosi, el verdadero Conde, caer en el ridículo.

Billings aún no había visto a Lugosi, que observaba desde la puerta y escuchaba.

—Ya ve —continuó Billings—. No es un verdadero vampiro, pero es una inspiración para todos los que lo somos.

—¿Usted es un verdadero vampiro? —pregunté.

Billings asintió confesándolo.

—¿Duerme en un ataúd y todas esas cosas? —pregunté con incredulidad.

—Sí —repuso Billings—. En el sótano.

—¿Alguna vez ha…? Quiero decir, sangre.

—Todavía no —repuso seriamente—. Pero lo haré muy pronto.

Lugosi avanzó un paso dentro la habitación y Billings se volvió hacia él sorprendido.

—Señor Billings —dijo Lugosi amablemente—, ni usted ni yo somos vampiros. Somos sencillamente hombres con sueños que no se hacen realidad y con los que debemos aprender a vivir.

—No —repuso Billings desafiante. Su próximo «no» fue menos desafiante y más parecía responder a una voz interior que a Lugosi o a mí. Finalmente miró el cadáver de Vernoff y se dejó caer en una silla con los ojos cerrados.

—La policía estará aquí de un momento a otro —dijo Lugosi—, me temo que el señor Vernoff está muerto.

Miré a Lugosi con curiosidad a través de mi dolor, y él bajó la mirada a su traje y sonrió comprensivo.

—Esta noche tengo que aparecer en una proyección de *Drácula* en una gala benéfica del ejército. Tengo preparada una pequeña escena sacada de mi papel de Drácula, y voy a representarla. No es mucho, pero va bien con la película. Usted me dijo que venía para acá, y como le noté preocupado, tomé un taxi y vine también. Encontré el cine cerrado y me acerqué a la casa. La puerta estaba abierta y oí su voz y la del señor Vernoff arriba. Subí y le vi

apuntándole con la pistola; entonces me fui a la habitación de al lado, donde encontré la puerta que daba a la habitación donde estaban. Estuve escuchando y traté de calcular mi entrada para que fuera lo más efectiva y beneficiosa posible.

—Entonces —dije—. ¿Oyó parte de lo que él dijo?

—Lo suficiente como para saber que mató a varias personas —suspiró Lugosi.

—Y este pobre hombre —dijo mirando a Billings—, ¿es el tipo que me envió aquellas notas y el murciélago muerto?

—Todas menos la última llamada, la amenaza de muerte. Esa la hizo nuestro amigo el que está en el suelo. Lo hizo sólo para hacerme ir en la dirección equivocada.

—Sí —suspiró Lugosi—. He servido otra vez de cebo.

—En cierto modo —dije tambaleándome.

—Perdóneme —dijo Lugosi, me ayudó a sentar y buscó un puro.

Nos sentamos los tres en silencio, contemplando el cuerpo de Vernoff durante unos veinte minutos. Lugosi, con la capa doblada sobre el respaldo de la silla, fumaba y dirigía alguna mirada ocasional de piedad o conmiseración a Billings, que no se atrevía a enfrentarse con la mirada de Lugosi.

Cuando llegó Phil acompañado de Seidman, debíamos de parecer seguramente un cuarteto de cadáveres.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Phil con esa mezcla de desconcierto y rabia que eran tan propias de él. Esto quería decir: ¿Qué se habrán inventado esta vez las fuerzas del mal para que mi vida sea un infierno?

—El tipo que está en el suelo es Vernoff —dije.

El nombre debió de sonarle.

—¿El que no podía proporcionarle una coartada a Faulkner? —preguntó Phil.

—No quería hacerlo —dije—. Mató a Shatzkin, a Newcomb y a Haliburton. Estaba metido en esto con la señora Shatzkin. Me lo contó todo y tengo un testigo fiable, el señor Lugosi.

Lugosi levantó la mirada y movió el cigarro, asintiendo.

Phil no sabía qué decir a la figura conocida que iba vestida como un vampiro. También me di cuenta de que Phil había

reconocido la habitación, pero que no podía situarla. Seidman parecía simplemente cansado.

—Esta no es nuestra jurisdicción —dijo Seidman.

—Este es su caso —repuse yo.

—¿Quién es ése? —preguntó Phil señalando a Billings.

—Esta es su casa —expliqué.

—¿Qué tiene que ver con esto y por qué va vestido así? —balbuceó Phil, a punto de saltar de rabia y confusión.

—Es una larga historia —dije, y empecé a contársela mientras Seidman escribía mi declaración. Hablé despacio aunque no tenía por qué hacerlo. Seidman sabía taquigrafía. Lo contaba despacio a beneficio de todos los demás.

Luego Lugosi contó su parte, adornándola con florituras y con su satisfacción.

Todos contemplamos un poco más el cadáver mientras Seidman buscaba un teléfono y llamaba a alguien para que se hiciera cargo de Vernoff y de Billings. Phil parecía como si quisiera darle dos patadas a Vernoff y lo hubiera hecho si no hubiésemos estado allí los demás. Estaba claro que yo me encontraba terriblemente mal debido al golpe en la espalda, a la rodilla y al hecho de haber rodado por las escaleras y Lugosi era demasiado conocido y demasiado famoso para golpearle. Así que sólo quedaba Billings, y me di cuenta de que Phil estaba considerando la posibilidad de darle un buen directo en su rostro blando. Observé cómo el deseo se agolpaba en los ojos de mi hermano, el deseo de golpear algo sólido, pero Billings no era sólido, y Phil renunció a aquel deseo y se sentó enfurecido.

Cawelti fue el siguiente que apareció por la puerta. Nos descubrió a Phil y a mí y dudó. Miró a Vernoff y a Billings y no supo qué hacer. Seidman le dio su cuaderno cuando dos policías de uniforme entraron detrás de él.

—Mis apuntes se lo explicarán —dijo a Cawelti—. Lleve al señor Lugosi donde quiera ir y limpie todo esto.

Cawelti estuvo pensando si protestaba, pero Phil, que seguía buscando una víctima, le miró y se calló.

—Vamos —me ordenó Phil, levantándose de la silla.

Me levanté y Lugosi hizo lo mismo. Tomé la frágil mano de Lugosi y se la estreché.

—Gracias por salvarme la vida —dije.

—Y muchas gracias por un intermedio de lo más interesante —dijo—. Por favor, envíeme la factura por sus servicios.

—Está bien —repuse, y seguí a Seidman y a Phil en la noche. La lluvia se había convertido en llovizna. Sabía adónde íbamos.

—¿Puede conducir? —preguntó Seidman.

Le dije que sí podía y me fui a mi propio coche.

Avanzamos en caravana a través de Los Ángeles. Yo fui escuchando un trozo de un combate de boxeo en la radio para que me hiciera compañía, pero no podía mantener la suficiente atención como para saber quien peleaba o quien iba ganando. Los aplausos del locutor y su falsa y creciente emoción al describir los golpes eran como el amigo que está a tu lado charlando sin parar y al que no estás escuchando, pero que te gusta tener allí.

Cuando llegamos a Bel Air, nadie intentó detenernos. La subida hacia Chalon era ya para mí como una rutina, así que adelanté a Phil y a Seidman y les guié hasta allí.

La casa de los Shatzkin estaba a oscuras, salvo por una luz en la parte de arriba.

Phil iba a golpear la puerta cuando alargué la mano para detenerle. Giró, dispuesto a cogerme por la cabeza y entonces esperó. Llamé suavemente. Después llamé un poco más fuerte. Al poco se oyeron pisadas que bajaban la escalera.

—¿Quién es? —llegó la voz de Camile Shatzkin.

—Jerry —dije.

—¿Jerry?

Manoseó la puerta y siguió hablando. En su voz había un matiz de astucia que ya no podría desilusionar nunca a Jerry Vernoff.

—Creí que te ibas a mantener alejado —murmuró—. ¿Qué ha pasado? ¿Peters ha…?

La puerta se abrió de repente y reveló al flamante trío de Peters, Pevsner y Seidman. Un grupo que habría acobardado a una persona inocente, cuanto más a alguien tan culpable como Camile Shatzkin.

—¿Pares o nones? —pregunté.

Casi se desmaya, pero Seidman se adelantó para sujetarla y evitarlo.

—Creí que era un paquete que estaba esperando —dijo recobrándose.

—¿Suele desmayarse cuando llega el recadero? —dije.

Phil me agarró el brazo y me pellizcó tan fuerte como para hacerme comprender que quería que me callara.

Camile Shatzkin, con una bata roja resplandeciente y el pelo oscuro suelto, parecía una cantante de ópera cuando va a interpretar el aria principal.

—He estado bajo el efecto de una impresión muy fuerte —explicó, soltándose del apoyo de Seidman.

—Esa gran impresión le ha durado casi una semana —dije—. Ahora va a tener que inventarse otra excusa.

—¿Por qué están aquí? —preguntó.

—¿Quiere invitarnos a pasar, o prefiere vestirse ahora mismo y venir con nosotros? —preguntó Phil cansadamente.

Camile Shatzkin enrojeció de indignación. Los tres esperábamos que dijera «¿Cómo se atreve a hablarme de esta forma?», pero nos desilusionó, su nariz aleteó de ira y retrocedió para dejarnos pasar y conducirnos a la sala. Ya habíamos estado allí antes y no nos impresionó.

La señora Shatzkin se sentó en el sofá después de encender algunas luces y dobló los brazos sobre su regazo, dispuesta a cualquier cosa. Me miró brevemente, intentando leer alguna respuesta en mi rostro, pero en mi cara no había ninguna. Mi rostro era un signo de interrogación fatigado. Pero la ventaja estaba de mi parte. Era más fácil mirarla a ella que a mí y yo podía leer en ella sin problema alguno.

—Jerry Vernoff ha confesado ante dos testigos fiables que él mató a su marido, a Thayer Newcomb y a Haliburton —dijo Seidman—. También ha dicho que usted conspiró con él para cometer esos asesinatos.

Me senté sin quitar los ojos de Camile Shatzkin, y Phil echó un vistazo a la habitación, simulando aburrimiento, actuando como si aquello fuera una parte de la rutina de un caso que ya estaba resuelto. No había nada que leer ni en la cara ni en la voz de Seidman. Estaba simplemente dando y reservándose información. No le dijo que Vernoff estaba muerto y que seguramente ya estaría en el depósito. No le dijo que le bastaría con no decir nada para

mantenerse fuera del caso, y conservar así toda su fortuna. No había pruebas contra ella, solamente la acusación de un hombre muerto, un hombre que había cometido tres asesinatos.

—¿Cómo pudo decir eso? —dijo, temblando—. No creo que él… Opino que me está mintiendo y creo que voy a tener que pedirles que se vayan y llamar a mi abogado.

—Me parece que vamos a tener que detenerla y llevarla a la ciudad —dijo Phil, examinando un cuadro de un paisaje francés que había en una de las paredes.

Camile Shatzkin no dijo nada.

—Él está muerto —disparé.

Phil giró la cabeza hacia mí y Seidman movió la suya.

La señora Shatzkin me miró pero no demostró nada. Casi todos los «él» de su vida estaban muertos. Tenía que precisar un poco más.

—Jerry Vernoff, está muerto —dije—. Tiene el cuello partido y ahora estará en el depósito de cadáveres. Uno más en la lista y se habrá cargado un equipo completo de baloncesto.

—¿Jerry está…? —sonrió con un toque de locura y movió la cabeza—. No, esto es otro truco.

—No hay ningún truco —dijo Seidman siguiendo el relato ya que no había otra cosa que hacer. Phil estaba a mi lado. Confié en que no decidiera golpearme en la espalda que tenía dolorida si le daba por atizarme. Pero detectó un ligero quebranto en Camile Shatzkin y se quedó de pie esperando.

—Mire —dijo Phil—. ¿Por qué nos estamos molestando? Tenemos la confesión y el testimonio de un moribundo. Esto es suficiente para colgarla. Si no quiere decir nada, déjala que se calle.

Estaba claro que Phil sabía manejar bien las palabras. Todos miramos a Camile, la viuda, y esperamos a ver cómo reaccionaba. Si le decía a Phil que se fuera al cuerno, aquello sería el final. Si hubiera habido un reloj en marcha se hubiera podido escuchar el tictac, pero no lo había. Afortunadamente a nadie le sonaron las tripas.

—Yo le quería —dijo muy bajo.

—¿Qué? —gruñó Phil.

Camile Shatzkin levantó la mirada, los ojos estaban empezando a llenársele de lágrimas.

—Le quería…

—¿A Jerry Vernoff? —dijo Seidman.

—A Darryl —repuso ella.

—¿Darryl? —preguntó Phil mirándonos a Seidman y a mí—. ¿Quién demonios es Darryl?

—Darryl Haliburton —dijo ella con los ojos enrojecidos—. No sabía que iba a matar a Darryl. No me había dado cuenta de lo mucho que le quería, que le necesitaba.

—Vernoff dijo que fue idea de usted desembarazarse de su marido —dijo Seidman.

—Fue suya —repuso ella, sacándose un pañuelo de la bata; su pecho se estremeció con un suspiro.

—¿Y usted cómo le ayudó? —pregunté.

Aquella era la pregunta clave, pero ella no lo sabía.

—No tuve que hacer nada, solamente dejé entrar a Newcomb, observé cómo disparaba contra Jacques y no hice ningún esfuerzo por seguirle. Luego todo lo que tuve que hacer fue identificar a William Faulkner como el asesino.

—¿Esto deja libre de responsabilidad a mi hombre? —pregunté.

Phil asintió.

Seidman subió arriba con la señora Shatzkin para registrar su habitación y asegurarse de que no tenía ningún arma o cualquier otro instrumento de autodestrucción. Mientras se vestía, Phil y yo nos sentamos en la sala, ignorándonos mutuamente.

—Tengo la pierna mejor —dije, sentándome.

Phil refunfuñó. Y eso fue todo lo que nos dijimos aquella noche.

12

De cómo un famoso escritor regresa a su casa, y este oscuro detective privado descubre que la seguridad financiera es difícil de conseguir incluso en los mejores tiempos.

Serían bastante más de las dos de la madrugada cuando soltaron a Faulkner. Me sorprendía no tener demasiado sueño, aunque estaba muy cansado. Había trabajado un montón de noches desde que empecé a ocuparme de los dos casos. Faulkner parecía sereno, aunque creí detectar bajo ese exterior frío y terco una gruesa capa de ira controlada. Recogió sus pertenencias y hay que reconocer que no lanzó la amenaza normal en estos casos de que demandaría al departamento de policía de Los Ángeles por arresto indebido.

—¿Puedo llevarle hasta el hotel? —le pregunté intentando encontrarme el sitio de la espalda donde Vernoff me había golpeado con su pistola.

Faulkner aceptó y durante el camino fue sentado mirando por la ventana, escuchando silenciosamente y fumando su pipa mientras yo le contaba toda la historia.

—El que Vernoff pudiera sentir ese rencor hacia mí me sugiere una perspectiva estremecedora de que otros puedan abrigar semejantes sentimientos acerca de cada uno de nosotros sin nuestro conocimiento —susurró.

La mayoría de mis enemigos no eran tan sutiles, pero asentí como si estuviera de acuerdo. Nos detuvimos en un disco rojo y observamos a un borracho que estaba junto a una puerta y que intentaba ponerse de pie pero era incapaz de hacerlo. Faulkner y yo, en silencio, le animábamos a hacerlo y se me olvidó arrancar cuando el disco se puso verde. Un chaval que había en el coche de atrás hizo sonar su claxon y me hizo volver a lo que se cree que es la realidad.

—Le he informado al señor Leib que le pagaré el adelanto que le

dio a usted —dijo Faulkner sin mirarme—. Le agradecería mucho que me enviara a Oxford el resto de su minuta. No quiero tener ninguna deuda con la Warner Brothers ni con Leib.

—Está bien —dije.

—Pasarán algunas semanas o más hasta que pueda enviarle esa cantidad, pero llegará. —Era evidente que a Faulkner le costaba un gran trabajo aquella explicación y se rió sin ganas—. Durante años he estado escribiendo acerca del honor, de la verdad, de la piedad, del valor, y de la capacidad de soportar el dolor y la desgracia y la injusticia y volver a soportarlos en términos de los individuos, que reconocen estos principios, no con vistas a unas recompensas sino por la virtud en sí misma, para poder vivir y morir en paz consigo mismos; pero no se pueden negar las exigencias del cuerpo. La virtud romántica está constantemente acechada por nuestro animalismo.

—Eso tiene sentido para mí —mentí—. ¿Entonces no se va a quedar en Los Ángeles? —cambié de tema rápidamente.

—No —suspiró—. Le dejaré a mi agente que intente negociar algo aquí. Me necesitan en Oxford. Soy jefe del sistema local de alarma aérea, aunque veo pocas posibilidades o razones para un ataque aéreo en las regiones del interior de Mississippi. De hecho, tengo una oficina encima de una droguería donde estoy reclutando observadores. A mi hija Jill le gusta. Siempre se está quejando de que no sabe qué poner para explicar en los formularios del colegio lo que hace su papá. Cree que yo no trabajo, pero ahora ya puede poner que soy encargado de la defensa aérea.

—Ya es algo —dije girando hacia abajo en la manzana frente al Hotel Hollywood.

Faulkner se inclinó para darme la mano cuando nos detuvimos frente al hotel. Hacía años que no había estado en el Hollywood y no me había dado cuenta de lo rápidamente que se había convertido en una ruina casi gótica.

—Si alguna vez va por casualidad a Mississippi, señor Peters, estaría encantado si nos visitara a mí y a mi familia en Oxford. Podríamos reunimos con unos cuantos amigos en una cacería de mapaches o de ardillas y podemos pasar una noche en el bosque junto a un lago tomando un guisado típico, y mojándolo con montones de *bourbon* mientras jugamos al póquer.

—No me lo perderé —sonreí maliciosamente.

Faulkner salió rápidamente del coche y entró apresuradamente en el hotel sin mirar atrás. Llevaba la chaqueta gris tremendamente arrugada y al moverse parecía algo frágil, pero su espalda se mantenía erguida gracias a una dignidad que yo sabía que nunca podría perder.

El tiempo ya no tenía mucho sentido. Puse la radio y volvieron a decirme que un general japonés había dicho que la invasión de California era una cosa fácil y que Pat Kelly se había enfrentado con el peso pesado Jim Londos con gran éxito. Mientras Jean Sablon cantaba «Solo pasaba por allí», descubrí una cafetería que estaba abierta durante toda la noche donde ya había estado antes. Era pequeña y estaba justo en el límite de Sunset donde se pasaba de la clase a la clase obrera, y donde siempre había un grupo de tipos que parecían camioneros sentados ante el mostrador y en las mesas tomando café y arreglando los problemas del mundo. Nunca veía camiones en la calle, por lo tanto nunca había sabido lo que aquellos hombres eran o hacían realmente. A lo mejor eran productores cinematográficos viajando de incógnito y buscando talentos. No quería que me descubrieran, por lo tanto no me preocupé de mostrar mi irresistible sonrisa cuando entré y busqué un taburete tapizado de rojo que estuviera libre en el mostrador.

—¿Qué va a ser? —dijo el tipo que estaba detrás del mostrador mientras limpiaba un montón de migas frente a mí. Estaba todo cubierto de pelo por los brazos y el cuello y parecía capaz de derribar al mismo Londos. Me preguntaba si Jeremy Butler había luchado alguna vez contra Londos o Pat Kelly.

Pedí una tortilla de queso, no muy hecha, un tazón de cereales y café. En una mesa que había en un rincón estaban tres tipos enormes discutiendo, pero no pude interesarme en lo que decían. La tortilla estaba buena, los cereales estaban tostados y el café era fuerte. Iba recobrando la sensación de que era un ser humano. Podía haberme detenido en el Hospital del Condado antes de volver a casa para que me hicieran una radiografía de la espalda, simplemente para ver si tenía algo roto o astillado, pero no estando allí el doctor Parry, el lugar no tenía ningún atractivo.

Llegué a casa antes del amanecer y encontré un sitio para aparcar justo enfrente de los apartamentos Heliotrope. Nadie me molestó cuando entré y subí arriba. No había nadie en mi habitación cuando encendí la luz y cerré la puerta con el pequeño candado que me había dado la señora Plaut. Mi sobrina Lucy, que tenía un año, hubiera podido forzar la puerta sin esforzarse.

Puse el traje sobre una silla, y vi que tenía un montón de hojas manuscritas sobre la mesa. Parecía que había miles de hojas. A lo mejor eran papeles que yo tenía que rellenar para obtener una disculpa de Hacienda por haberme estado atosigando cuando no tenía ingresos. Resultó ser el manuscrito de la señora Plaut.

Miré la primera página del capítulo décimo cuarto, en la parte de arriba decía: «¿Qué podía hacer Seymour? Los indios han destruido el pianoforte y se han vuelto contra él y su hermana. Despachó a los indígenas con su arma». No mencionaba qué arma tenía. Tal vez, en lugar de mandarle una factura a Faulkner, podía enviarle el manuscrito de la señora Plaut y pedirle que me lo comentara para aconsejarla, pero decidí que no lo haría. Una simple factura sería menos cruel.

Mi sueño fue el sueño del satisfecho y el desempleado. A las pocas horas me levantaría, iría a mi oficina, extendería mis facturas y esperaría a que me surgiera un trabajo. No tuve sueños de mujeres vampiro, ni casas encantadas, el Viejo Sur o Cincinnati. Simplemente dormí.

Cuando me desperté, mi reloj me informó de que eran las dos, pero no sabía qué dos eran. El reloj de pared me dijo que eran las tres y el sol me dijo que era de día. Considerando el ritmo de trabajo que llevaba resultaría bastante razonable invertir en un nuevo reloj. En la Compañía Slaviek de Joyería, en la Séptima Avenida tenían un Elgin de dieciocho rubíes por 33,75 dólares. Me daban doce meses para pagarlo, pero sabía que lo consideraría como una traición al regalo que me había hecho mi padre.

Gunther no estaba y le dejé una nota sobre su escritorio explicándole que el mundo estaba otra vez en su sitio y dándole las gracias por sus esfuerzos al descubrir el escondite de Culver City. Después me tomé un café, y me paré en un puesto ambulante para

tomarme un par de perritos calientes con chiles y me fui hacia mi oficina.

Cuando llegué, Jeremy Butler acompañaba a un borracho a la puerta principal del Edificio Farraday. El sitio aquel parecía la Meca de los canallas y borrachos del vecindario. Era como si los borrachos criaran. Jeremy sujetaba al hombre gentilmente por debajo del brazo, y el tipo flaco se lo tomaba con tranquilidad y filosofía.

—Ya he terminado todo —le dije a Butler—. Lugosi está bien.

—Fenómeno, he estado preparando una serie de poemas relacionados con el vampirismo —dijo Butler. Al borracho pareció interesarle.

—Me gustaría leerlos cuando estén preparados —mentí.

Jeremy asintió y depositó su carga fuera de la puerta.

Shelly estaba sentado en el sillón de la clínica cuando yo entré. No tenía ningún paciente y estaba leyendo el periódico.

—Sabes, Toby —dijo, sujetándose las gafas en la nariz— no puedo decidir a quién le voy a enviar el artículo sobre los dientes de los vampiros, no sé si a una revista o a *Collier's*.

—No creo que *Collier's* esté interesado —dije, y me dirigí hacia mi oficina.

—Pero pagan —dijo razonablemente—. Las revistas especializadas en odontología no pagan nada.

—Creía que lo que te interesaba era el prestigio —le recordé.

Shelly se encogió de hombros, se limpió la frente sudorosa con la manga sucia de su chaqueta blanca, y añadió:

—Puede que consiga ambas cosas.

—Puede —dije, abriendo mi puerta—. Pero creo que tendrás que arreglarte con lo que tienes sobre el tema. No creo que Sam Billings vuelva a dejarse ver por aquí. Y hay muchas posibilidades de que renuncie también a los colmillos.

—Creí que le había convencido —dijo Shelly, encendiendo un puro fresco.

—Eres muy persuasivo, Shel —dije a punto de encerrarme en la tumba con ventanas que me servía de oficina.

—¡Eh! —gritó, pasando unas cuantas hojas—. Has tenido una llamada.

—¿De quién?

—No lo sé, yo no la cogí. Jeremy lo apuntó en uno de tus sobres.

Miré el correo, pero no encontré ningún mensaje, y no me apetecía abrir las cartas. Parecía que había un montón de facturas y nada de posibles trabajos. Una de las facturas era del doctor Hogdon por lo de la pierna.

La tarea más urgente era preparar mis facturas, pero eso no me llenaba de entusiasmo. Faulkner no tenía dinero y Lugosi acababa de salir de un período en el que había vivido de la beneficencia. Les escribí pulcramente unas cartas a máquina explicándoles que mis gastos habían sido mínimos y que me debían una cantidad correspondiente a tres días de trabajo, puesto que ambos me habían pagado dos días por adelantado. Los dos adelantos de dos días casi se me habían terminado. La factura de Faulkner sumaba poco más de cien dólares y no me la pagaría hasta dentro de algún tiempo. Había muchas posibilidades de que en una o dos semanas estuviera dando vueltas, intentando encontrar alguna suplencia de los detectives de hotel que conocía y que se fueran de vacaciones.

Me metí el correo en el bolsillo de la chaqueta justo en el momento en que oí abrirse la puerta de fuera de la consulta del dentista. Cuando apagué la luz y llegué a la puerta, la señora Lee estaba de nuevo en la silla.

—¿Recuerdas a la señora Lee? —me dijo Shelly.

Los ojos asustados de la señora Lee tenían problemas para enfocarme. Mientras estrujaba contra su pecho un monedero de lana como si fuera un osito de trapo.

—Hoy tenemos algo especial para nuestra paciente favorita —dijo Shelly en un tono cariñoso y divertido a la vez, dándole golpecitos a la señora gorda con la mano derecha mientras que con la izquierda buscaba entre los periódicos de su mesa de trabajo.

—Hoy —prosiguió— vamos a trabajar en los bicúspides de la señora Lee, que si no fuera por la guerra, saldrían en las primeras páginas de los periódicos; ¿Se encuentra usted bien, señora Lee?

La pobre movía la cabeza en varias direcciones al mismo tiempo.

—Buenas tardes, Shel —dije—. Hasta luego, señora Lee.

La señora Lee estaba practicando su quejido característico, cuando cerré la puerta exterior y salí al vestíbulo. La espalda me

dolía, pero era un dolor que podía reconocer y que me decía que se me iría con el tiempo. Podía levantar la pierna sólo con un ligero recuerdo de lo que había pasado, y el dolor que tenía en la cabeza, a consecuencia del ataque de Newcomb en el aparcamiento del restaurante chino, formaba una parte imperceptible de la frenética pesadilla que había sufrido mi cráneo. Me sentía bien.

Cuando llegué al vestíbulo, me quedé frío. Una figura que reconocí estaba leyendo el panel informativo que había en la pared, lo cual, resultaba difícil porque las luces estaban apagadas y tenía que aprovechar el reflejo del sol, que entraba de fuera.

—Le voy a evitar la molestia —dije.

Cawelti, el policía, me miró, y los dos escuchamos resonar mis pasos en las baldosas.

Retrocedió con las manos en los bolsillos del abrigo y una sonrisa artificial en los labios. Estaba tratando de borrar la humillación que yo había presenciado, cuando Phil por poco lo estrangula. Podía leerlo en su rostro. Debía haber tomado ejemplo de Faulkner y de Lugosi para aprender cómo hay que aceptar una humillación, pero mucho me temía que no iba a aceptar ningún consejo que yo le diera.

Me fui directamente hacia él, violando su espacio vital todo lo que pude para no tener que oler su tónico capilar.

—¿Vamos a tener un encontronazo en el vestíbulo?

Se echó a reír forzadamente, debía de estar a punto de estallar.

—Nadie se escapa con lo que me hiciste, Peters —dijo con los dientes apretados—. Hermano o no hermano voy a saltar sobre ti. Te has ganado un mal enemigo.

—¿Es que los hay buenos? —pregunté.

—Alguna vez, en algún sitio —dijo poniéndome un dedo en el pecho—, vas a tener que darme una satisfacción.

—Mira —dije, sacando mi cuaderno—, dame simplemente tu dirección y tu nombre y te pondré en mi lista. Todos mis enemigos están en ella. Tengo un diario en el que apunto todas mis afrentas, mi vida personal y mi trabajo.

Me quitó el cuaderno de la mano de un golpe, y yo le lancé un directo al estómago lo más fuerte que pude. Podía haber conseguido un golpe más efectivo si hubiera estado un poco más separado, pero estuvo bien. Chocó contra la pared del vestíbulo.

—Esto es un asalto a un policía —jadeó.

Busqué mi cuaderno en un oscuro rincón y vi a Jeremy Butler que venía hacia mí, con él en la mano.

—Nadie le ha pegado —dijo Butler a Cawelti—, yo estaba allí limpiando. Usted se cayó.

Cawelti se enfrentó a nosotros, pasando la mirada del uno al otro.

—Yo… —comenzó, y entonces sin más palabras se dio la vuelta y salió.

—Tiene complejo de víctima —dijo Butler apoyando las manos en sus amplias caderas—, y el ego de un niño mal educado.

Una combinación psicológica muy pobre.

—Es policía —expliqué.

Butler asintió, se volvió y desapareció en la oscuridad del edificio, para continuar atacando la porquería y el deterioro. Yo, a mi vez, salí y me interné en el atardecer, no vi a Cawelti y me fui con el coche, a Griffith Park a contemplar cómo un par de marineros, que parecían una docena, echaban cacahuetes a un camello.

Durante una milésima de segundo, consideré la posibilidad de ponerme a la cola, detrás de Tony Zale, Hank Greenberg y Tony Martin para alistarme en el ejército o en la marina, pero era demasiado viejo y estaba demasiado gastado, y ese sentimiento se disipó.

Encontré un cine en Hollywood donde ponían *El halcón maltés* que había visto ya tres veces. Me senté a verla por cuarta vez, lo cual me hizo sentirme mejor. Cuando salí era casi de noche. Me fui a casa a descansar un poco antes de ir a recoger a Carmen.

No tuve suerte al aparcar. Alguien tenía una radio puesta a todo trapo y la gente se reía. Tenían una fiesta a la que yo no había sido invitado. Cuando encontré un lugar libre donde tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de que me pusieran una multa, miré hacia arriba, a la casa de apartamentos de la señora Plaut. La luz de mi habitación estaba encendida. Podía haber sido Gunther que estaría esperándome mientras tomaba una taza de té, o sería la señora Plaut que estaría ansiosa de oír mis comentarios sobre su

inmensa obra literaria. También podía ser Cawelti movido por su ansia de venganza o Ana, mi primera mujer, que había decidido abandonar su vida de cordura mental. Pero no eran ninguno de los anteriores. Me apoyé contra la verja de hierro y miré hacia la ventana. Una figura se dejó ver pasando de un lado a otro y entonces se volvió. Se paró ante la ventana y miró hacia abajo. Nuestros ojos se encontraron. Era Bedelia Sue Frye con su traje de vampira.

Pensé en las posibilidades y las opciones; sopesé las recompensas y los sufrimientos que aquello representaba y la saludé con la mano antes de volver a meterme en el coche. Me estuvo mirando mientras arrancaba y me alejaba. Puedo resistir muchos castigos, pero el lado oscuro de Bedelia Sue Frye era una consumación sin la que podía pasarme.

No sería la primera vez que pasaba la noche en el sillón de Shelly, el dentista. Seguramente tampoco sería la última. Si podía echarlo hacia atrás pasando el punto que tenía oxidado, quedaría casi horizontal. Por supuesto, siempre cabría la posibilidad de que Carmen me dejara quedarme con ella, pero eso nunca había ocurrido, y no esperaba que lo hiciera. Me quité la chaqueta, me cepillé los dientes con el cepillo que tenía de reserva en un cajón, me afeité y decidí tratar con la Bedelia de día, a la mañana siguiente.

Los sobres inservibles de mi correo se me cayeron del bolsillo y los cogí. La solapa de uno de ellos se abrió y pude ver una nota manuscrita con el fino pulso de Jeremy. Me restregué la cara suave y recién afeitada, bostecé bastante, lo suficientemente fuerte como para hacer temblar la Avenida Hoover, y leí el mensaje. Había un número de teléfono y decía:

Llama a Gary Cooper. Urgente.

Volví a poner el sobre en mi chaqueta, me acomodé en el sillón del dentista, apoyé bien la espalda para no tener que echarme sobre la parte dolorida, y me dormí a pesar del tráfico, de las guerras y de los sueños sobre muertos que subían flotando de la calle, atravesando las paredes y envolviéndome como un manto.

Colección *Círculo del crimen*

Nº	TÍTULO	AUTOR
1	Llamada para el muerto	John Le Carré
2	El tercer hombre	Graham Greene
3	Un policía anda suelto	Mickey Spillane
4	Jamás te cruces con un vampiro	Stuart Kaminsky
5	Los cuatro hombres justos	Edgar Wallace
6	La cara del asesino	Fredric Brown
7	Mundo oscuro	Robert Bloch
8	La piscina mortal (La piscina de los ahogados)	Ross MacDonald
9	Un crimen en Holanda	Georges Simenon
10	El plazo expira al amanecer	William Irish
11	El caso de la secretaria insistente	Erle Stanley Gardner
12	Trampa para Cenicienta	Sebastien Japrisot
13	Al final del arco iris	James M. Cain
14	Fantasmas	Ed McBain
15	El misterio de las cerillas	Ellery Queen
16	Por favor, pase el acusado	Rex Stout
17	Estado de sitio	Eric Ambler
18	Amor en Amsterdam	Nicolas Freeling
19	No des la espalda a la paloma	Juan Ibáñez
20	La lista de Adrian Messenger	Philip MacDonald
21	Rafferty, teniente de homicidios	Bill Ballinger
22	Un trago de veneno	Charlotte Armstrong
23	El hombre del casco de oro	Peter Chambers
24	El asesino está a bordo	Quentin Patrick
25	El detective negro	Ed Lacy
26	El misterio de la casa roja	A. A. Milne
27	La muerte y el lacayo bailarín	Ngaio Marsh
28	Súbita muerte de mi dama favorita	Stanton Forbes
29	Calle siniestra	Wade Miller
30	El hombre de Londres	Georges Simenon
31	El color del asesinato	Julian Symons
32	El octavo círculo	Stanley Ellin
33	Desde Rusia con amor	Ian Fleming
34	La banda de los musulmanes	Chester Himes
35	Un personaje imaginario	Doris Miles Disney
36	Asesino espía	Mickey Spillane
37	La sombra de Fu-Manchú	Sax Rohmer
38	La gran redada	William P. McGivern
39	La quinta mujer	María Fagyas
40	Jugando con la muerte	John Curtis
41	El montacargas	Frédéric Dard

42 El segundo más largo
Bill Ballinger
43 La llave escondida
George Harmon Coxe
44 Todo por la pasta
Ed McBain
45 Me casé con un muerto
William Irish
46 El caso de la coqueta indiferente
Jonathan Craig
47 La muerte va a la escuela
Quentin Patrick
48 Rififí [illegible]
Auguste Le Breton
49 El perro chino
Tobias Wells
50 El Santo contra el Tigre
Leslie Charteris
51 Los muertos no pueden Amar
Judson Philips
52 La cita fatal
Thomas B. Dewey
53 Semejante a un ángel
Margaret Millar
54 El hombre misterioso
Philip MacDonald
55 Los muertos no hablan
James Hadley Chase
56 Cuatro balazos
Richard Sale
57 Las [illegible] de Bolonia
Charles Exbrayat
58 Tiempo de matar
Donald Westlake
59 El vicio del asesino
Burt Hirschfeld
60 Oculta a todas las miradas
Hugh Pentecost
61 La sonrisa de marfil
Ross MacDonald
62 El diente y la uña
Bill Ballinger
63 Seis hombres muertos
S.A. Steeman
64 Quisiera estar en tus zapatos
William Irish
65 La década prodigiosa
Ellery Queen
66 Días de angustia
Bruno Fischer
67 El signo de los cuatro
Arthur Conan Doyle
68 Un loco asesinato
Chester Himes
69 El reposo de Baco
Pierre Boileau
70 El vuelo de las 12,30
Freeman Wills Crofts
71 Octavo azul
John Blackburn
72 [illegible] se revuelve
Albert Simonin
73 [illegible]
Bruce Hamilton
74 El rapto de las sabinas
Francisco García Pavón
75 El testimonio del acusado
Roderic Jeffries
76 La bestia se acerca
Margaret Millar
77 La cólera del dragón
George Bagby
78 La sombra de un hombre
Doris Miles Disney
79 El enigma de la banderilla azul
Stuart Palmer
80 Un bonito asesinato
Anthony Gilbert
81 Siete votos para morir
Bill Bannister
82 La muerte ronda a la princesa
Robert Bernard
83 La cara del hombre de Saturno
Harry Stephen Keeler
84 Carambolas
Fred Kassak
85 La gran noche
Stanley Ellin
86 ¡Buena suerte, querida!
Peter Cheyney
87 El gran robo del tren
Michael Crichton
88 El momento de la verdad
Ed Lacy
89 Óscar para el asesino
John Hayes

90 Vientos de medianoche
John Blackburn
91 Castillo de naipes
Stanley Ellin
92 Operación terror
The Gordons
93 La joya de siete estrellas
Bram Stoker
94 Ángel
Carter Brown
95 Asesinato en Cantón
Robert Van Gulik
96 El misterio del Big Bow
Israel Zangwill
97 Un arrendamiento de muerte
Ruth Rendell
98 Homicidio justificado
[illegible]
99 Aquella noche de lluvia
Hillary Waugh
100 Poco tiempo para vivir
James Hadley Chase
101 La banda de la rana
Edgar Wallace
102 Estudio en escarlata
Arthur Conan Doyle
103 ¡Cuidado con las curvas!
A. A. Fair
104 La pista del crimen
Wilkie Collins
105 La monja sin rostro
Antonia Fraser
106 El lirio del muerto
J. S. Fletcher
107 Costa Bárbara
Ross Macdonald
108 Extraña confesión
Antón Chejov
109 El secuestro de Litmore
Henry Wade
110 Raffles, ladrón por afición
E. W. Hornung
111 Operación Colmillo
Peter O’Donnell
112 El vengador
Edgar Wallace
113 La aguja hueca
Maurice Leblanc
114 Muerte a cuenta
Margaret Yorke
115 La mañana encadenada
Alistair Maclean
116 Hielo
Ed McBain
117 [illegible]
Ed McBain
118 Crimen y castigo I
Fëdor Dostoievski
119 Crimen y castigo II
Fëdor Dostoievski
120 Los archivos de Sherlock Holmes
Arthur Conan Doyle



STUART M. KAMINSKY. Nació el 29 de septiembre de 1934 en Chicago, Illinois. Licenciado en periodismo y literatura inglesa en la universidad de su estado natal, colaboró en diversas revistas especializadas en cine, y escribió ensayos sobre personajes como son Don Siegel, Clint Eastwood, Ingmar Bergman, John Huston, etc.

Inició la serie de Toby Peters, en 1977, con *Disparen contra Errol Flynn*, y la continuó con las obras *Judy* (1977), *Los hermanos Marx en apuros* (1978), *The Howard Hughes Affair* (1979), *Jamás te cruces con un vampiro* (1980), hasta completar los 24 libros con Toby Peters como protagonista.

De la serie Rostnikov ha escrito 16 novelas hasta el momento: *Death of a dissident* (1981), *Black Night on the Red Square* (1983) y la última, *Camaleón rojo*.

Otras personajes creados por Kaminsky son Abe Lieberman, un policía de Chicago a punto de jubilarse, y Lew Fonesca, un abogado que trabaja en Florida.

Es autor también del guión de la película *Erase una vez América*, de Sergio Leone.